3-22-2010

Develando Memorias Olvidadas: El Ensayo Feminista Caribeño Durante El Siglo XIX Y Principios Del XX

Ivelisse Collazo
Florida State University

Follow this and additional works at: <http://diginole.lib.fsu.edu/etd>

Recommended Citation

Collazo, Ivelisse, "Develando Memorias Olvidadas: El Ensayo Feminista Caribeño Durante El Siglo XIX Y Principios Del XX" (2010). *Electronic Theses, Treatises and Dissertations*. Paper 3563.

This Dissertation - Open Access is brought to you for free and open access by the The Graduate School at DigiNole Commons. It has been accepted for inclusion in Electronic Theses, Treatises and Dissertations by an authorized administrator of DigiNole Commons. For more information, please contact lib-ir@fsu.edu.

THE FLORIDA STATE UNIVERSITY
COLLEGE OF ARTS AND SCIENCES

DEVELANDO MEMORIAS OLVIDADAS: EL ENSAYO FEMINISTA CARIBEÑO
DURANTE EL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX

By

IVELISSE COLLAZO

A Dissertation submitted to the
Department of Modern Languages and Linguistics
in partial fulfillment of the
requirements for the degree of
Doctor of Philosophy

Degree Awarded:
Spring Semester, 2010

The members of the committee approve the dissertation of Ivelisse Collazo defended on March 22, 2010.

Delia Poey
Professor Directing Dissertation

Virgil Suárez
University Representative

Roberto G. Fernández
Committee Member

Brenda Cappuccio
Committee Member

Approved:

William J. Cloonan, Chair, Department of Modern Languages and Linguistics

The Graduate School has verified and approved the above-named committee members.

I dedicated this to my beloved parents, Lú and my love, Sonny.

ACKNOWLEDGEMENTS

I would like to express my deepest appreciation and gratitude to all the members of my dissertation committee: Delia Poey, Roberto G. Fernández, Brenda Cappuccio, and Virgil Suárez for all your support, time, guidance, suggestions and critical reading of my manuscript stages. It was an immense privilege to know each of you and to take Latin America literature classes as a graduate student with each of you.

In addition to my committee, I thank José Gomáriz for letting me attend his courses on nineteenth century Latin American literature. I learned how literature enriches knowledge and lets men and women from the nineteenth century contribute history with their thoughts, feelings and experiences.

I also thank Santa Arias for encouraging me and for teaching me how to love colonial Latin American literature.

I owe thanks to all the members of the Department of Modern Languages and Linguistics and all my professors at Florida State University. I express gratitude to all the librarians from Interlibrary Loan, Scholars Commons and Circulation at Florida State University library for assisting me in my graduate research.

On a personal note, I wish to recognize all the support provided by my close friends, past professors at the University of Puerto Rico, Mayagüez Campus, and my new family throughout the process.

My greatest debt is to Lucía Malavé, whose loving support, listening and criticizing my work, friendship, and kind words have carried me through this important stage of my life. I also express thanks to Reinaldo Reyes Jr. who encouraged and supported me in my last year in graduate school.

Finally, I must acknowledge my parents, Jenaro Collazo and Ramonita Rivera, for always believing on me, and for being there for me spiritually even though they are any longer on Earth.

TABLE OF CONTENTS

Abstract	vi
INTRODUCCIÓN	1
1. EL ORIGEN DEL ENSAYO FEMENINO EN EL CARIBE HISPANO	19
2. LA MUJER ANTE LA POLÍTICA DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX	43
3. LA EDUCACIÓN: CONTRIBUCIÓN IMPORTANTE EN EL DESARROLLO DEL PENSAMIENTO DE LAS MUJERES	74
4. LA POLÍTICA Y LA EDUCACIÓN DENTRO DE LA ENSAYÍSTICA CARIBEÑA DE SEIS ESCRITORAS	100
CONCLUSIÓN	127
NOTAS	141
BIBLIOGRAFÍA	150
BIOGRAPHICAL SKETCH	170

ABSTRACT

Este trabajo de investigación presenta un rescate de seis escritoras caribeñas, del siglo XIX Gertrudis Gómez de Avellaneda, “La mujer” y “Luisa Molina,” Salomé Ureña de Henríquez, “Palabras” y “Palabras,” y Lola Rodríguez de Tió, “La influencia de la mujer en la civilización” y “La educación de la mujer”, y principios del XX Dulce María Borrero de Luján, “El magisterio y el porvenir de Cuba” y “La fiesta intelectual de la mujer. Su actual significado; su misión ulterior,” Camila Henríquez Ureña, “Feminismo” y “La mujer y la cultura,” y Luisa Capetillo, “La mujer en la época primitiva” y “La mujer en el hogar, en la familia, en el gobierno.” Ellas utilizan el ensayo como una denuncia social tanto de su realidad histórica como sociopolítica.

Por medio del ensayo las escritoras se apropian del formato del discurso masculino para promover sus ideas e incorporar sus formas de pensar, de ver el mundo y la vida que les delimita. De esta forma, el ensayo les permite examinar el espacio doméstico, en relación a los roles (papeles) fijados al género por la sociedad, y con ello debatir el mundo y la vida.

Por tanto, es preciso evaluar el propósito de éstas al utilizar un género literario cuya producción fue mayormente masculina. En suma, el objetivo de este trabajo de investigación es investigar, interpretar y reflexionar a través de una metodología feminista sobre la presencia, contribución y experiencias de las mujeres en los espacios de la política y la educación, dentro del contexto histórico de los siglos XIX y principios del XX en el Caribe.

INTRODUCCIÓN

El Caribe, una región entrelazada por varios nexos de sangre y de cultura, es una región del mundo que ha experimentado un periodo histórico singular en el que se ha vivido explotaciones y opresiones características del colonialismo y del imperialismo.¹ A partir del descubrimiento de América, conquista y colonización española, las Antillas hispanas han tenido cambios en su fisonomía social, cultural y racial, y en sus instituciones políticas. Esa época del colonialismo europeo iniciada por España fue igualmente compartida por otros imperios, Inglaterra, Francia y Holanda. Siglos más tarde, los Estados Unidos igualmente desencadenaron su imperialismo en la misma región. No diferente a su historia, las Antillas hispanas poseen una vida social y político-cultural, y una literatura que reflejan todo cuanto han experimentado, o sea es una personificación de las Antillas. Su riqueza, su complejidad de texturas y su cultura caribeña son peculiares porque expresan la colectividad e individualidad de sus habitantes. En otras palabras, el Caribe es un complejo conjunto de aspectos que conforman acervos cognitivos, ideológicos y culturales que subrayan una complejidad de modos de pensar y sentir, una personalidad propia.

Dentro de la diversidad de matices, parecidos y correspondencias históricas, sociales y culturales, entre las islas de Cuba, la República Dominicana y Puerto Rico, de entre ellas la República Dominicana forma la base de una de las regiones más análogas y un tanto dejadas de lado en la enseñanza de las letras hispanoamericanas. El caso de Cuba es un poco distinto debido a la difusión de su producción literaria y al estudio de la misma. Este vacío de cultura literaria caribeña, respecto a la mezcla de similitudes y diferencias entre las tres islas, crea la necesidad acuciante de propiciar un estudio crítico, de discusión abierta y transparente del sentimiento literario caribeño hispánico. Entre los géneros literarios, el más desatendido es el ensayo, el cual es vasto y variado.² Al respecto, Doris Meyer indica que “[the essay] has traditionally been considered a marginal genre, lacking the rigor of academic discourse as well as the allure of creative fiction” (1).

El cultivo del ensayo como género tuvo esplendor durante el siglo XIX aunque el acopio cultural y lingüístico de estas antillas hispánicas comenzó tres siglos después de

sus respectivos descubrimientos. Dentro de la producción literaria predominó grandemente la creación masculina, acaparando el espectro nacional de la literatura. Cabe destacar que durante esos siglos surgieron de igual manera escritos por mujeres. Sin embargo, la ausencia de la mención de éstas constituye una nueva posibilidad interpretativa de la lucha femenina en la vida social y cultural caribeña.

De manera genuina y humanista, las ensayistas caribeñas, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Dulce María Borrero de Luján, Salomé Ureña de Henríquez, Camila Henríquez Ureña, Lola Rodríguez de Tió y Luisa Capetillo, se han dedicado a distintas vertientes como por ejemplo la política, la pedagógica, la literaria y la sociológica. Su intención de querer plantear los problemas desde otras perspectivas ha encaminado a las mujeres a una gran erudición. Su reescritura de la intra-historia del Caribe hispano, desde su experiencia, es una respuesta a los cánones determinados por los hombres. No obstante, la ensayística desarrollada por las mujeres proyecta una defensa de la esencia humana. Con gran determinismo ellas abogan por la igualdad de derecho a la educación, a participar en la política, a formar parte de círculos literarios y, en definitiva, el derecho como mujeres a optar cualquier tipo de metas. Fue así como en el siglo XIX las mujeres se inclinaron hacia una nueva vertiente literaria no antes realizada, el quehacer ensayístico. Con el ensayo, las mujeres incorporaron sus formas de pensar, de ver el mundo y la vida que les rodeaba. Asimismo, el ensayo les permitió analizar el espacio doméstico, en referencia a los roles (papeles) asignados al género por la sociedad, y con ello cuestionar el mundo y la vida.

Debido a la naturaleza de los temas en los ensayos, este estudio se concentra en el aspecto de la política y la educación en dos ensayos de cada escritora dentro de la producción literaria hispanoamericana. De la isla de Cuba estudiaré dos ensayos de Gómez de Avellaneda, “La mujer” y “Luisa Molina,” Borrero de Luján, “El magisterio y el porvenir de Cuba” y “La fiesta intelectual de la mujer. Su actual significado; su misión ulterior”; de la República Dominicana, Ureña de Henríquez, “Palabras” y “Palabras,” y Henríquez Ureña, “Feminismo” y “La mujer y la cultura”; de Puerto Rico, Rodríguez de Tió, “La influencia de la mujer en la civilización” y “La educación de la mujer”, y Capetillo, “La mujer en la época primitiva” y “La mujer en el hogar, en la familia, en el gobierno.”

Para aproximarme al estudio sobre la presencia de las mujeres, o mejor dicho, la ausencia de las mujeres en la literatura caribeña del siglo XIX y principios del XX es necesario dar a conocer un contexto que explique su marginación como sujeto histórico. Ruth Burgos Sasscer en *La mujer marginada por la historia* comenta al respecto,

Los libros de historia se han escrito como si los hombres hubieran sido los únicos responsables de los hechos y los únicos afectados por éstos. De vez en cuando se ha mencionado alguna mujer sobresaliente, pero, hasta hace poco, la mención se limita a unas líneas breves o a una nota al calce. Para poder tener un cuadro realista de la participación femenina en los acontecimientos históricos, hay que buscar cuidadosamente en los libros de la historia, escudriñar sus páginas y leer entre líneas. (11)

Esta exclusión de las mujeres en las páginas de la historia se debe en muchos casos a la distinción sociocultural y religiosa que se ha hecho respecto al concepto de la sexualidad (o sea el género). Se ha señalado que la denominación de “débil” y la función reproductiva relacionados a las mujeres contribuyen a su marginación y, por ende, se les desalienta a que formen parte de la vida pública.

Esto se debe a que el Caribe posee una gran influencia de la sociedad española y, por ende, de sus costumbres. Debido a la situación de pasividad que tradicionalmente se ha presentado a las mujeres, para algunas mujeres el matrimonio era el camino por el cual éstas podían tener una posición en la sociedad, si éstas pertenecían a la clase burguesa (noble) o adinerada. Por ende, el matrimonio en algunos casos les daba a las mujeres emancipación económica, si se casaba con alguien pudiente. Hay que igualmente recordar que durante esa época había matrimonios por conveniencia, pese a lo que pensarán los involucrados. Todo esto se debía a los códigos sociales vigentes. En cambio, si las mujeres eran campesinas ocurría todo lo contrario. Éstas igual que sus esposos debían trabajar para obtener el sustento. Pero en ambos casos, las mujeres ricas y las mujeres campesinas o pobres eran consideradas las perfectas casadas. Debían permanecer en la casa (más dado a las mujeres ricas), guardar silencio, porque Dios las había creado no para que pensarán o infirieran cosas, sino para servir y hacer feliz a su esposo, tener y criar

hijos. En otras palabras, tanto su papel de esposa y de madre les ayudaba a sentirse protegidas y respetadas. Por lo cual debían cumplir con las cualidades estereotípicas de su contraparte masculina, las de mujer ángel, y no la del monstruo. Si alguna de ellas se decidía a no casarse o a ser madre eran observadas como una amenaza a la sociedad. Por lo que en última instancia optaba por el camino religioso. Este estereotipo era el que se esperaba igualmente en la sociedad caribeña. Las mujeres eran las responsables de perpetuar las costumbres religiosas y mantener la imagen de respeto en la familia. Contrario a esta situación de subordinación, hubo algunas mujeres que lucharon por obtener derechos tanto en la educación como a participar dentro de las funciones administrativas del gobierno.

La intervención política para las mujeres contenía en sí un ejercicio de ciudadanía y, a un mismo tiempo, les proveía identidad. Como ciudadanas, las mujeres podían obtener derechos humanos de libertad e igualdad igual a los hombres. Es por ende, que la adquisición de esos derechos, les permite a las mujeres lidiar con problemas no resueltos en los espacios privados y públicos, los derechos sexuales. En otras palabras, con su participación dentro de los espacios públicos de las respectivas islas, las mujeres podían solucionar y transformar las situaciones relacionadas con éstas y construir su identidad.

En cuanto a la educación, estas mujeres escritoras pedían que se les diera la oportunidad a las mujeres de poder ingresar a las escuelas para adquirir instrucción. Inicialmente, su propósito educativo estaba dirigido a reforzar la función principal de las mujeres en el espacio del hogar, o sea el de reproductoras de la ciudadanía y como transmisoras de la cultura. En otras palabras las mujeres tomaron aquellos precedentes estereotípicos masculinos para poder tener derecho a la educación. De ahí, las maestras, las mujeres ilustradas en esos sistemas educativos iniciaron la reforma educativa. Ya transformada la educación, un grupo de mujeres con experiencia, pertenecientes normalmente a la clase media, o burguesa, tornaron su atención hacia su propia libertad, reclamando el lugar que les pertenecía en el desarrollo del Caribe hispano antillano. Debido a que sólo un grupo de mujeres se privilegiaba de la educación, se tiene en cuenta la intervención de otras condiciones estereotípicas, raza y clase. Por tanto, género, raza y clase se entrelazan en una mayor subordinación de

las mujeres, que debido a una diferencia sexual se ha situado históricamente en una posición desigual respecto al otro. En otras palabras, la subordinación de las mujeres está condicionada por los elementos socioeconómicos, y en este caso los grupos más desprotegidos, las mujeres campesinas, las cuales tienen menos posibilidades de obtener educación. Pero son las mujeres con escasa o ninguna alfabetización las que han estado integradas al trabajo, y dependiendo de su integración en el campo laboral pueden o no combatir el analfabetismo y mejorar su estatuto social. Entonces estas nociones de raza, clase y género, incorporadas en la vida cotidiana reflejan y mantienen jerarquías que limitan el acceso a la igualdad social.

Los ensayos de estas escritoras se escriben dentro de este marco de razones históricas, económicas y políticas, que demuestran la necesidad de incluir un grupo silenciado, las mujeres. Argumentan contra las nociones culturales relacionadas con el cuerpo y el trabajo sexual, regulados por el gobierno, la sociedad y la religión. Aunque las autoras escriben en distintas épocas (siglo XIX y principios del XX), clases (unas pertenecientes a la clase burguesa y una, Capetillo, a la clase obrera), lugares de procedencia, se acercan a la literatura como práctica social, como espacio de contradicción y de lucha para interpretar el contexto cultural en el que viven. Y a un mismo tiempo evidencian el debate cultural que gira en torno a la raza, las clases sociales y el género. Su aporte ya no representaba iniciativas exclusivamente individuales, ni de un grupo en particular, sino actividades y esfuerzos colectivos, alianzas entre grupos conformados. Las intersecciones entre género, raza y clase social dan además dinamismo y complejidad a las luchas de las mujeres contemporáneas, que manifiestan la fuerza y creatividad de su diversidad cultural.

Durante el siglo XIX aparece una figura femenina conocida, no sólo en el Caribe hispano sino también en España, por algunos como Tula o la Avellaneda, Gertrudis Gómez de Avellaneda³. Su nombre completo fue María Gertrudis de los Dolores Gómez de Avellaneda y de Arteaga. La autora nació en Puerto Príncipe, Cuba (hoy Camagüey) en 1814, hija de doña Francisca de Arteaga y Betancourt, criolla, descendiente de una familia española distinguida en la región y de don Manuel de Avellaneda, un español descendiente de familia real en Navarra y de la alta aristocracia de Vizcaya. En su *Autobiografía y epistolarios de amor*, Gómez de Avellaneda describe

su inclinación por la literatura (52). Para el año 1836 compuso su soneto “Al partir” debido a la súbita partida de su familia a España. Su primera novela y más conocida *Sab* (1841) es una crítica de la esclavitud en Cuba. Presenta, igualmente, las opresiones y represiones que vivían las mujeres a causa del materialismo y el matrimonio.

Entre sus publicaciones sobresale en 1860, el *Álbum cubano de lo bueno y de lo bello: Revista quincenal, de moral, literatura, bellas artes y modas*. En dicha revista Gómez de Avellaneda incluyó una serie de artículos sobre las cualidades femeninas y la superioridad moral de las mujeres. De entre sus artículos más reconocidos y estudiados está “La mujer,” el cual es parte de este trabajo de investigación. Con el transcurso de los años, ocurrió un levantamiento revolucionario en 1868, “La Gloriosa” o “La septembrina,” que provocó la renuncia y el exilio de la reina Isabel II, y afectó los lazos de Gómez de Avellaneda con la familia real. De regreso a Madrid, la autora murió en 1873 debilitada por la diabetes, la tristeza y la situación política española.

Durante su vida obtuvo grandes logros en los campos de la narrativa, la lírica y el drama, cosa que no fue acertada en su vida tanto como esposa y madre. Sus escritos han develado una crítica a la sociedad de aquel entonces por la manera represiva de tratar a las mujeres. Por ende, sus escritos transgredían los parámetros de la esfera pública de los hombres. Ante las investigaciones realizadas hasta el momento demuestran que se ha escrito mucho sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda, escritora cubana de principios del siglo XIX. En particular, las investigaciones han centrado atención a su obra novelística y poética, como por ejemplo *Sab*, novela romántica, y su *Autobiografía y epistolarios de amor* por investigadores como Concha Meléndez, Alexander Roselló-Selimov, Nelly Santos, Hugh Harter, entre otros.

Asimismo, el sinnúmero de artículos que Gómez de Avellaneda escribió en varias publicaciones de la época, entre ellos *La América* y *Álbum cubano de lo bueno y de lo bello: Revista quincenal de moral, literatura, bellas artes y modas* sobrepasan los parámetros socioculturales en los que se subyugaba en los espacios domésticos a las mujeres. Como resultado, en sus escritos se percibe su experiencia como mujer y un empeño de realización que reafirma la marginalidad que las mujeres han vivido socialmente. Desde las jerarquías que establecen la sumisión, Gómez de Avellaneda

utiliza un razonamiento alterno para reanimar, proteger y postergar la representación femenina en un mundo de hombres. Para ello, la escritora cuestiona sexual, social y culturalmente las tretas masculinas que justifican el dominio masculino en la sociedad.

Como se mencionó antes, a finales del siglo XIX, Gertrudis Gómez de Avellaneda publicó en 1860 el ensayo “La mujer”⁴ en la revista quincenal *Álbum cubano de lo bueno y lo bello*. En este ensayo la autora afirma que el aspecto que distingue a la mujer es el sentimiento. A través de esta capacidad las mujeres pueden participar en las diferentes áreas de las ciencias, las artes, la política y la religión. Igualmente, la autora plantea un argumento a favor de la igualdad intelectual de ambos sexos. Comenta que los hombres no les permiten a las mujeres sobresalir. No obstante, el “exclusivismo varonil” (260) y su dominio en las “academias barbudas” (261) no han podido evitar el desarrollo intelectual de la mujer. Igualmente presenta una defensa de la educación para las mujeres ya que con la instrucción éstas pueden desligarse de la ideología dominante de la época. Por lo que con la educación, revisan su posición dentro de la sociedad como sujetos sociales, como agentes de la historia y pensadoras. En otras palabras, la autora se posesiona del discurso hegemónico para discutir determinados conceptos históricos respecto a la situación previa de la mujer. Alude a la fuerza del corazón, de los sentimientos como un instrumento de creación con el cuál la mujer puede ser invencible y distinguirse en la historia.

De igual manera se manifiesta en su artículo “Luisa Molina,”⁵ publicado en 1857. En el mismo, Gómez de Avellaneda presenta a una joven poeta del mismo nombre del ensayo, “una existencia oscura, ignorada, humilde [debido a] perenne privación de todas las ventajas sociales” (365). Ella es “una pobre niña del pueblo” (365) que entre las faenas agrícolas aprendió a leer y a escribir. También, ha escrito algunos poemas y en cuyo corazón viven aspiraciones literarias sin poseer estudios. Por medio del reconocimiento del talento de Luisa, presenta la posibilidad de agudizar el espíritu creador desde la experiencia. Instiga a las mujeres a revelar su ingenio y sentimiento, pero no a través de los libros escritos por los hombres sino por medio de la naturaleza, de la experiencia misma. Por ello, Gómez de Avellaneda le aconseja a Molina que no se intimide por los poetas masculinos. Igualmente le dice que tampoco se deje influenciar por “los pobres libros de los hombres” (369). Según la autora Molina puede

adquirir mejores conocimientos en la naturaleza en la que ella vive que en cualquier libro e ideología masculinos. Con esto vemos que Gómez de Avellaneda plantea otras posibilidades para agudizar el espíritu creador y, a su vez, como rebelde ante los valores establecidos, hostiga a las mujeres creadoras a desnudar sus experiencias en la escritura para incorporarse en la sociedad gobernada por los hombres.

En el mismo siglo aparece la figura de la dominicana, Salomé Ureña de Henríquez⁶, a la cual se le conoce más como poeta y pedagoga. Nació en Santo Domingo en 1850. Fue una gran poeta de mediados del siglo XIX e innovadora en la educación para las mujeres en la República Dominicana. Fundó el Instituto de señoritas en 1881 con el respaldo de su esposo, Francisco Henríquez y Carvajal, y “estimulada por las ideas educativas positivistas del educador puertorriqueño Eugenio María de Hostos” (Gutiérrez 175). Sin abandonar los versos, los cuales van desde la ternura hasta lo patriótico, escribió varios discursos para los eventos curriculares del “Instituto.” Murió en 1897 de tuberculosis. Algunos investigadores como Silveria R. de Rodríguez Demorizi, Diógenes Céspedes, Santiago Castro Ventura, Emilio Rodríguez Demorizi han estudiado a Ureña de Henríquez como la propulsora de la educación para las mujeres en la República Dominicana.

De entre sus discursos está “Palabras,”⁷ publicado en 1888. En el mismo presenta la educación como un “deber sagrado” (198) el cual debe ser justo tanto al hombre como a la mujer. Añade, además, que sólo prevalece en el mundo “la cicuta y la cruz” (198) para aquellos que desean reformar el mundo y que sólo la esperanza puede enarbolar el porvenir. Otro aspecto que la autora resalta es que tanto las mujeres como las madres deben “fortalecerse [...] con la posesión de la verdad y de la moral científica, para preparar y fortalecer a su vez [...] la conciencia de las generaciones del futuro” (198). Es decir, hay una esperanza para dignificar la civilización si se permite que las mujeres estudien (199).

Más adelante, en 1893, publicó otro discurso con el mismo título, “Palabras,” pero esta vez con motivo de la graduación de las nuevas maestras que impartirán la enseñanza en el país. En éste Ureña de Henríquez plantea la gran injusticia que acarrea en la sociedad dominicana al proveerle primordialmente la educación a los hombres y no a las mujeres siendo éstas el mentor de nuevas generaciones. Por ello,

la autora critica la gran injusticia de la sociedad al no proveerles educación a las mujeres y sí a los hombres. Igualmente, cuestiona la educación que ha de tener el niño cuya madre no ha sido educada porque vive en las tinieblas del razonamiento.

Contemporánea a las dos anteriores aparece Lola Rodríguez de Tió⁸, se le conoce en su tierra, Puerto Rico, por su danza revolucionaria “La Borinqueña” y por el gran lirismo que evocan sus poemas. Nació en San Germán, Puerto Rico en 1843. Junto a su esposo Bonicio Tió Segarra declaró las injusticias del gobierno colonial en Puerto Rico. Debido a sus afiliaciones separatistas, fue perseguida y proscrita en varias ocasiones junto a su esposo, primero a Venezuela y luego a Cuba, país que lo consideró como su segunda patria dedicándole el libro *Mi libro de Cuba* en 1893 de donde se destaca el poema “A Cuba.” Entre sus poemas se destaca “A Cuba” de *Mi libro de Cuba* (1893) en el que hermana a las islas de Puerto Rico y Cuba, “Cuba y Puerto Rico son / de un pájaro las dos alas, / reciben flores o balas / sobre el mismo corazón...”. Murió en Cuba en 1924 (Negrón Hernández “Lola Rodríguez de Tió. Una vida dedicada a la patria”).

Además de luchar por la defensa de su patria, A Rodríguez de Tió también se le ha considerado una pionera como defensora de los derechos de la mujer por lo que escribió varios artículos en los que no se cansaba de denunciar las injusticias sociales. Respecto a investigaciones sobre sus obras, tenemos que se ha hablado más sobre su legado poético. Algunos estudiosos que han realizado un acercamiento a su personalidad poética son Manuel Menéndez y Pelayo, Cesáreo Rosa-Nieves, Concha Meléndez, y Josefina Toledo Bénédict. En cuanto a su historiografía política, muchos la han estudiado para tratar de desentrañar la complejidad de su vida revolucionaria, como es el caso de Emilio del Toro Cuebas, Germán Delgado Pasapera, Mario R. Cancel, entre otros.

De manera no muy distinta Lola Rodríguez de Tió⁹ publica en 1873 su ensayo “La influencia de la mujer en la civilización”. Para sustentar la importancia de las mujeres en la sociedad inicia su ensayo “La influencia de la mujer en la civilización” con una alusión a un abate, el cuál dice que “el amor [...] es [...] lo que únicamente [convertirá] los pueblos en una sola familia donde empezará la fraternidad” (81). Con esta cita presenta la importancia de transformar los pueblos por medio del amor y que

las mujeres están capacitadas para gobernar la sociedad. Para lograrlo es necesario que se eleve su espíritu y se les permita formar parte de la sociedad. Debido a este gran sentimiento, las mujeres son las más capacitadas para gobernar el mundo, pero injustamente los hombres les han cortado las alas, las han privado y las han condenado a ser ignorantes. En otras palabras, los hombres son los causantes principales de que las mujeres sean vistas como débiles e incapaces de perfección moral e intelectual. Ante esto Rodríguez de Tió muestra que para que las mujeres pierdan la dependencia, la educación es el elemento primordial para que las mujeres se independicen y restauren la humanidad. Para destacar esta idea culmina este ensayo con una cita bíblica en la que alude a la unidad de los hombres y las mujeres. Con dicha unidad sólo “cantará el himno de triunfo de las nuevas ideas” (84) y la sociedad alcanzará el progreso. Igual a las dos escritoras anteriores, pide educación para las mujeres para que perfeccionen su moral y destaquen su intelectualidad.

Siguiendo la misma línea de la enseñanza, en su otro ensayo “La educación de la mujer” (1866) Rodríguez de Tió señala que “uno de los principales motores del progreso moral [...] es la educación de la mujer” (135). Escrito con motivo de celebración por el puesto de dirección de Albéniz de Ruiz, Rodríguez de Tió alude a la urgente necesidad de educar a las mujeres. Dirigida al público que la escucha, afirma que “De [la] ignorancia o de [la] ilustración [de la mujer] dependerá siempre el menor o mayor apogeo de las sociedades, la suerte o la desventura del hogar, la ruina o el engrandecimiento de la patria” (135). Por tanto, depende cómo se le eduque a la mujer la sociedad progresará o caerá en el abismo más desdichado. Alude a momentos en la historia en los que la mujer estuvo en completa barbarie engendrando sólo tiranía y esclavitud contrario a la mujer que gozó de respeto en donde la civilización y el heroísmo fueron los que abundaron.

Igual a las escritoras antes mencionadas hubo otras que hablaron sobre la presencia, participación y experiencias de las mujeres en los espacios públicos a principios del siglo XX. Este es el caso de Dulce María Borrero de Luján¹⁰ que nació en Cuba en 1849, hermana menor de la poeta Juana Borrero (Davies 16). Fue poeta, bibliógrafa y maestra. Según K. Lynn Stoner, Borrero de Luján fue una poeta laureada y conocida feminista que junto a otras mujeres luchó en Cuba por los derechos de las

mujeres (62, 176). Ésta apoyó el divorcio y argumentó “that family was most secure when women could rid themselves and their children of philandering, abusive, and nonproductive husbands” (Stoner 49). Curiosamente, este es una de los tantos asuntos que igualmente Luisa Capetillo abogó para las mujeres. Otro dato interesante es que la misma escritora “suggested that women were responsible for the degeneration of the Cuban spirit because of their insulation from public life. From the home, they were unable to contribute knowledgeably or constructively to the building of a nation” (Stoner 62). También creyó que los hijos ilegítimos tenían derechos a tener un lugar donde vivir, a una herencia y que sus madres fueran protegidas a pesar de su condición social (Stoner 69). Otro derecho por el que Borrero de Luján luchó incansablemente junto a otras feministas fue la ayuda de servicios médicos y lugares donde vivir a las madres trabajadoras y embarazadas (Stoner 171, 177). En otras palabras, “Dulce María was ‘the most outstanding female figure in the Cuban intellectual world [...] her poetry surpasses that of all contemporary Cuban women poets’” (Davies 16). Murió en 1945.

Dulce María Borrero de Luján¹¹ en su discurso “La fiesta intelectual de la mujer. Su actual significado; su misión ulterior” (1935) señala la urgencia de oírse a sí mismos para adquirir y emplear las decisiones correctas en la vida. Con esto se revalora la condición del ser humano y no sucumbe ante los estragos del pasado. Pero es necesario no tener miedo al cambio y, por ende, es importante darles participación a las mujeres dentro de la sociedad. Ellas son las que pueden cuestionar los hechos históricos y crear nuevas estrategias sociales. En otras palabras, según afirma Catherine Davies, “[Borrero de Luján] declared that Cuba needed women to take part in its national reconstruction otherwise they were doing society a disservice because the nation would decline” (16). Por otro lado, en “El magisterio y el porvenir de Cuba” (1935) alude a dos grandes fuerzas, la verdad y la fe. Con ellas se protege la vida de vicisitudes, pero para ello es necesario educar al pueblo, y entre ellos, a las mujeres. Con la enseñanza, se restaura el pueblo y se devuelve la esperanza. Por consiguiente, se crean mujeres y hombres de bien con ideas nuevas, ideas de libertad.

En el caso de Camila Henríquez Ureña¹², ésta siguió los pasos de su madre Salomé Ureña de Henríquez. La participación de Henríquez Ureña en el desarrollo cultural de la República Dominicana y Cuba hizo que ésta luchara en la defensa de los

derechos de las mujeres para la educación. Nació en Santo Domingo en 1894 de dos figuras prominentes, Salomé Ureña y Francisco Henríquez y Carvajal. Se le conoció como ensayista, educadora y crítica literaria (Gutiérrez 87). Se le reconoce además por su defensa de la mujer al quehacer intelectual. “Fundó las agrupaciones femeninas Hispano-Cubana de Cultura y Lyceum, ambas en La Habana” (Gutiérrez 88). La difusión de su obra en la República Dominicana se inició después de su muerte en 1973 (Gutiérrez 88). Particularmente varios pensadores se han dedicado a estudiar a la maestra y filósofa que luchó incansablemente por los derechos de las progenitoras. Entre algunos tenemos a Daisy Cocco De Filippis, Mirta Yáñez, Ana María Portugal y Mercedes Santos Moray.

En su ensayo “Feminismo” de 1939, Camila Henríquez Ureña examina la situación de inferioridad que las mujeres han vivido debido a las condiciones establecidas por la sociedad (8). Alude a la necesidad de que las mujeres tomen las riendas gubernamentales para así restablecer la sociedad en la que viven. Para apoyar sus ideas propone que se revise la historia para que de ahí enaltezcan a las mujeres por transformar de manera positiva la sociedad. Pero para que las mujeres logren el reconocimiento de sus actos fue necesario, según Henríquez Ureña, de la creación del feminismo. Pide, también, libertad para la mujer para que pueda organizar su vida sexual, pero para ello hay que transformar las costumbres y la actitud mental (34). Destaca que dentro de la condición subordinada de la mujer, ésta ha evolucionado desde un estado de esclavitud a uno de estimación como ser humano (12).

En “La mujer y la cultura” (1982) la autora expone que las mujeres deben integrarse en labores culturales. Denuncia el estado de esclavitud que ha vivido la mujer y le recomienda a éstas que se especialicen en algún campo no dirigido a la cocina. Además, menciona que es imperioso que la mujer desarrolle su carácter para que tenga valor y se enfrente a los cambios. En adición, les dice a las mujeres que es necesario que adquieran libertad moral e intelectual para así consagrarse a “alcanzar la excelencia individual” (101) y transmitir su legado a la cultura. He aquí la aportación de las mujeres, la cual es salir de la inferioridad mental y buscar su posición dentro de la sociedad que éstas viven.

En el caso de Luisa Capetillo¹³, ésta se ha visto como “militante anarquista de principios del siglo XX en Puerto Rico” (Guzzo 165). Nació en Arecibo, Puerto Rico en 1879 de una pareja de inmigrantes llegados a Puerto Rico, Luis Capetillo, español, y Luisa Margarita Perone, francesa. “[She] was recognized in her lifetime as an important labor and feminist pioneer in the Americas” (Matos Rodríguez xii). Trabajó en las fábricas de costura y de tabaco en Puerto Rico como lectora. Estuvo afiliada a la Federación Libre de Trabajadores por lo que viajó por la isla organizando a los trabajadores dentro de la unión. “She [defended] women’s suffrage and the organization of women into labor unions” (Valle-Ferrer 83). También se le conoce por ser la primera mujer en usar pantalones (1915), por lo que fue encarcelada. Desde muy joven, vio la situación política de Puerto Rico a través de su experiencia como puertorriqueña aunque su visión fuese una internacionalista. Luchó junto a las organizaciones obreras a principios de las décadas del siglo XX. Igualmente, trabajó por los derechos de las mujeres. Dentro del movimiento anarquista fue precursora del sindicalismo y del feminismo. Murió en 1922. La investigadora y escritora Norma Valle-Ferrer es la biógrafa principal de Capetillo. De igual manera Julio Ramos ha reeditado e investigado algunos de los textos de ésta.

Capetillo por medio de la escritura articula su posición ante la sociedad y reta los espacios patriarcales de los intelectuales. Cuestionó a la sociedad para que les otorgara la emancipación a las mujeres y mejorara las condiciones de trabajo de la clase obrera. Instiga y cuestiona a pensar el porqué no se valoriza el lugar dado a la madre en la sociedad. Propone que se eduquen a las mujeres para que aporten a las generaciones futuras. Igualmente fustiga la vida política y social establecida en la que se subordina a aquellos que carecen de educación. Por ende, denunció el doble criterio de aquellas instituciones públicas y religiosas que explotaban la clase obrera y a las mujeres. Al hacer esto, la escritora incorporó en sus escritos un análisis de clase desde su perspectiva femenina y yendo más allá que las demás escritoras respecto al discurso de la maternidad social, reprendió las ideas estereotípicas de la sociedad basadas en la división de clases y dominación contra los pobres por parte de las mujeres de la clase media o burguesa. En comparación con las otras escritoras aquí seleccionadas que sólo buscaban preservar el hogar y la familia de acuerdo a su propio

modelo, Capetillo manifestó un pensamiento orientado a métodos morales y legales que intentaban mejorar las condiciones de los pobres. Y su actitud era de inclusión de las mujeres de todas las clases sociales.

En “La mujer en la edad primitiva” explora nuevamente las fronteras impuestas a las mujeres. Traslada sus reclamos a la edad primitiva en la que las mujeres eran menospreciadas, pero que aún, a instancias de este discurso, las mujeres viven los mismos desaires sociales. Capetillo comienza aludiendo que la mujer ha sido desvalorizada como ser humano. Apunta que la mujer siempre ha estado destinada al servicio doméstico desde el cual paulatinamente ha revelado sus esencias como ser humano. Lo curioso del caso es que Capetillo subraya que la mujer aún sigue siendo esclava por su sexo aunque se le hayan concedido ciertos privilegios, como por ejemplo trabajar fuera de los límites y/o las paredes del hogar.

En cuanto a “La mujer en el hogar, en la familia, en el gobierno” Capetillo esboza la importancia de la mujer dentro del ambiente familiar y social. Con gran ánimo y estridencia lingüística, Capetillo critica tanto al hombre como a la mujer dentro de la sociedad. Primeramente para ella, la mujer “debe saber hacerlo todo, tanto en la parte intelectual como manual” (134). Indica que según el trato social que se dé a los seres humanos ése es el modo que estos reaccionan. Por lo tanto, la mujer debe deshacer los males de la humanidad desde el núcleo familiar y desplegarlos en el ámbito público. Igualmente, la mujer tiene el derecho a aspirar puestos públicos porque ésta puede ocuparse de distintas tareas sin olvidar o desdeñar una tarea por otra. De modo que la mujer, según Capetillo, tiene la capacidad de comprender, razonar y trabajar en todos los planos sociales sin miedo a equivocaciones si ésta así se lo propone. Por otra parte, la autora señala otros problemas que hay que cambiar en la sociedad para que ésta no decaiga. Entre ellos mencionó la violencia doméstica de mujeres y niños, y el adulterio.

En fin, todas estas escritoras, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Dulce María Borrero de Luján, Salomé Ureña de Henríquez, Camila Henríquez Ureña, Lola Rodríguez de Tió y Luisa Capetillo, enfatizan que la mujer socialmente ha sido una esclava. Por medio de sus ensayos intentan reivindicar a las mujeres para que puedan participar en los espacios públicos de la educación y la política. Esta condición se debe

a los contratiempos a los que la mujer se ha enfrentado por generaciones y a su sexo que la ha mantenido reprimida.

A pesar de los nuevos estudios en torno a la situación y a la condición de las mujeres dentro de la sociedad caribeña hispana, no se ha tomado una gran consideración de las mujeres escritoras como sujetos femeninos en la construcción de la sociedad en la que viven. Aunque han sido objeto de un estudio pormenorizado no se ha hecho un estricto análisis desde fuentes documentales, textos literarios, u otros recursos, sobre cuál fue y ha sido la mayor aportación pública de las mujeres dentro de la sociedad del Caribe hispano. Por esto, este trabajo de investigación intenta sobrevolar la figura de la mujer literata, escritora durante el siglo XIX y principios del XX, para enseñar por medio de sus ensayos la figura de las mujeres como personas, como sujetos dentro del espacio público del Caribe.

Para lograr esto es necesario examinar realidades históricas que influyeron en la relativa presencia o ausencia de las escritoras caribeñas durante el siglo XIX y principios del XX a través de una metodología feminista sin apropiarnos de una crítica o un nombre en particular. También es oportuno recalcar que estas seis escritoras, representantes de las demás mujeres en el Caribe hispano, develan el andamiaje oculto de una estructura patriarcal que no sólo ha originado limitaciones visibles, sino también un sistema de conocimiento que metódicamente ha prescindido a las mujeres. En este sistema se introduce la distinción de los conceptos de nación e identidad.

Este discurso, en donde la nación como colectivo humano e históricamente constituido con sus respectivas raíces culturales y una identidad como sentimiento de pertenencia, es el que las escritoras, Gómez de Avellaneda, Borrero de Luján, Ureña de Henríquez, Henríquez Ureña, Rodríguez de Tió y Capetillo, han retomado en sus ensayos. Ellas analizan la preocupación social de las mujeres en el Caribe hispano del siglo XIX y principios del XX y apelan a la conciencia de los lectores para que piensen sobre los valores establecidos que subyugan a la mujer en una sociedad patriarcal. Conforme a esto, Nelly Richard en *Masculine / Feminine: Practices of Difference(s)* distingue que el lenguaje ha sido institucionalizado y limita la comunicación socialmente (21). En donde “language and writing are in/different to gender-sexual difference reinforces the established power by continuing to cover up the techniques through

which a hegemonic masculinity disguises as neutral – as im/personal – its habit of personalizing the universal” (21). Tomando en cuenta esto se ve que la escritura opera como asexual para condicionar al que lo utiliza. Es decir, el lenguaje tiene la capacidad de recrear discursos dominantes que son reelaborados de forma individual, y son marcados por la voz que lo manipula. Es por ello que Richard alude a Josefina Ludmer quien “affirms that ‘feminine writing does not exist as a category because writing is asexual, bisexual, omnisexual’” (21). Añade, además, Richard que la palabra crea la ruptura y, con ello, el texto escrito toma la experiencia de quién lo utiliza.

Por consiguiente, la reorientación activista de estas escritoras asume una postura social de vanguardia. Ellas pretenden reconstruir la dimensión cultural a través de sus escritos para integrar al denominado elemento “débil” en la sociedad. Durante los siglos XIX y principios del XX en que éstas presentan su preocupación social hay un sinnúmero de transformaciones históricas. Estos cambios se deben al avance del capitalismo occidental, los cambios político-sociales e ideológicos, los progresos en las condiciones de vida y trabajos. Todo esto no fue distintivo del Caribe, sino uno internacional por lo que es necesario estudiar estas escritoras desde una perspectiva caribeña con miras a la totalidad de la cual forman parte. Por ende, los ensayos de estas autoras caribeñas son producto del contexto hegemónico patriarcal en donde se emplea la retórica aprendida de los hombres para autodefinirse. Es por esto que este trabajo de investigación es necesario para develar la identidad femenina del sujeto subordinado que converge con la identidad nacional de la tierra conquistada. En suma, se distinguirá la relación de los ensayos y cómo estas escritoras protestan contra la sociedad, y se imponen a lo establecido, ya sean las instituciones o los valores sociales caribeños para poder participar con igualdad de derechos que los hombres en los espacios públicos de la política y la educación.

Para lograr esta investigación, este proyecto estará dividido en cuatro capítulos con su respectiva introducción y conclusión en los cuales veremos cómo las escritoras Gertrudis Gómez de Avellaneda, Dulce María Borrero de Luján, Salomé Ureña de Henríquez, Camila Henríquez Ureña, Lola Rodríguez de Tió y Luisa Capetillo utilizan su voz para infundir su preocupación social para surgir entre los márgenes impuestos por la sociedad. Igualmente es necesario enfatizar las motivaciones que han llevado a las

mujeres a escribir, y cómo representan sus interrogantes sobre lo que ha pasado y viene pasando con la ausencia de las mujeres tanto en la historia como en la literatura del Caribe hispano.

En el capítulo I estudiaré el desarrollo histórico del ensayo escrito por la mujer en el Caribe hispánico y cómo la mujer ha tenido que enfrentar la tradición literaria. Además, realizaré una aproximación teórica al lenguaje como vehículo de expresión femenina para desmitificar los preconceptos generalizados sobre la ausencia de las féminas en la literatura. Se enfatiza además que el lenguaje es el instrumento para denunciar directamente las condiciones opresivas de la sociedad patriarcal. Éste es el método por el cual las mujeres pueden cambiar su posición y destino en el mundo, y que su instrumento, el ensayo, les permite rescatar las voces que han estado en el olvido, pero sobre todo en silencio. En otras palabras, este primer capítulo recoge las aportaciones de las mujeres que nos acerca a un mundo complejo y poco conocido.

En el capítulo II comenzaré con el análisis de uno de los temas, la política, en los ensayos que así lo enuncien. Para ello, veré en este capítulo cómo y por qué las escritoras a través de sus escritos sostienen que los hombres han excluido a las mujeres del sistema político. Estudiaré el origen de la exclusión de las féminas en el Caribe dentro de las relaciones de poder, tomando en cuenta razones históricas y los argumentos establecidos por las ensayistas. A la vez, distinguiremos la construcción del hablante que cuestiona la construcción del yo en la sociedad caribeña hispana y cómo a través de sus experiencias presenta las vicisitudes que enfrentan las mujeres durante el siglo XIX y principios del XX.

Una vez logrado el análisis de la política, en el capítulo III hablaré sobre el derecho a la educación como fortaleza de la mujer. En este capítulo demostraré por qué el discurso de las escritoras ilustra que el verdadero fin a la verdad es por medio de la enseñanza y, que éste es la encadenación de ideas que sostienen la regeneración de la humanidad. Por lo que en este capítulo es importante señalar cómo la mujer por medio de la educación puede condicionar su voz y construirse socialmente para ser ejemplo a nuevas generaciones.

En el cuarto capítulo tendré la unificación de estos dos temas principales, la política y la educación, dentro de la ensayística de estas escritoras. En particular,

expondré cómo las mujeres dedicadas a las letras rompen los espacios sociales por medio del discurso ensayístico. Indicaré el valor de presencia y ausencia de la mujer dentro del campo de la política y la educación y cómo ésta se ha construido socialmente dentro de la sociedad del Caribe. A su vez, acordaré la ruptura de la retórica de los ensayos y distinguiré los efectos de su incorporación en las esferas literarias.

Por último, tendré la conclusión en la cual daré un resumen de los hallazgos de este trabajo de investigación. Concluiré que con este estudio la literatura caribeña hispánica ha adquirido autonomía tras dar origen a obras escritas por mujeres de indiscutible calidad en el marco de la literatura hispanoamericana. Finalmente, mencionaré posibles direcciones o estudios que amplíen esta investigación al estudio de los géneros literarios.

CAPÍTULO I

EL ORIGEN DEL ENSAYO FEMENINO EN EL CARIBE HISPANO Y UNA APROXIMACIÓN A LA PARTICIPACIÓN FÉMINA EN LA LITERATURA

Dentro del Caribe hispánico antillano encontramos que las islas de Cuba, La Española y Puerto Rico gozan de una diversidad cultural, pero agrupan una realidad común dentro de la historia literaria. Todas ellas parten de un mismo hecho histórico que dio paso al colonialismo ibérico en América y con ello la importación e imposición de la vida ibérica con sus respectivas variantes culturales tradicionalistas. En ellas se vincula una experiencia común como territorio colonial, pero distinto en el ambiente social, cultural y político como consecuencia de los acontecimientos históricos que se suscitaron en las tres islas. Esta realidad hace que las islas sean protagonistas de la evolución de sus culturas, y la literatura se convierta en un desahogo didáctico y de libertad de pensamiento. Con el florecimiento de la literatura, las mujeres igualmente deciden trascender en el mundo de las palabras para dar a conocer su experiencia histórica. Irrumpen en el pensamiento masculino primeramente como poetas, pero más adelante incursionan en la narrativa y acaparan, de igual manera, el género ensayístico¹⁴. De ahí, comprometidas consigo mismas, utilizan la escritura como instrumento intelectual en el que buscan un nuevo significado de sí mismas. Consiguen, con esto, una dignidad intelectual mayor a la que se le había otorgado y reformulan el lugar subordinado al que se les ha impuesto. Por medio de su rebeldía desde una representación simbólica de sujeto-autor reinventan la historia y utilizan el ensayo como mecanismo de filiación, ya que fomentan los vínculos humanos. Antes de ver cómo estas escritoras muestran su preocupación social respecto a la mujer y cómo es señalada por los valores, creencias y vivencias de un mundo predominantemente masculino, cabe destacar el origen de la literatura en el Caribe hispánico para consignar los antecedentes de la producción femenina.

La literatura caribeña hispánica data desde los primeros contactos con la vida colonial porque los primeros habitantes de las islas carecían de escritura. Sólo

transmitían su historia por medio de la tradición oral. Como resultado de esto, la idea de vida de estas islas comienza con los diarios marítimos y las cartas del conquistador de América, Cristóbal Colón. A través de esos escritos describió el Nuevo Mundo desde una manera apreciativa, un imaginario utópico, un paraíso para recibir favores por parte de los Reyes Católicos de España. Joaquín Balaguer afirma en *Historia de la literatura dominicana* que “la historia de la literatura dominicana se inicia con el nombre de Colón que nos dejó, en su diario marítimo y en sus cartas, las primeras descripciones sobre la naturaleza de la isla y que supo sentir y expresar como nadie los encantos del paisaje nacional y aún transmitirnos sobre él una visión poética y a veces sobremanera literaria” (11). Esta idea discordante se antepone a lo que fue la conquista y colonización de América. La misma se conoce como la destrucción de las Indias y no como una expresión de encanto y presunción. Así Hilaire Kallendorf lo afirma en “A Myth Rejected: The Noble Savage in Dominican Dystopia” cuando dice

The Taínos were anything but Noble Savages for the Admiral Christopher Columbus, whose descriptions of them provide us with the first accounts of their world view and way of life. From his perspective, these unromantic, unexotic ‘other’ *peoples* did not fit into his ideal *place*, the ‘utopia’ which he sought in the newly discovered lands. In his paradisiacal delirium, he was unable or unwilling to separate the New World from its original inhabitants. His preconceptions permitted him to create a utopian vision without taking into account the native culture of this perfect place. (450-51)

Igualmente, hubo otras figuras que describieron tanto a Santo Domingo¹⁵ como a las demás islas como el conquistador, por ejemplo Diego Álvarez Chanca, que vino con Colón en su segundo viaje. Más adelante aparece la figura de Fray Bartolomé de las Casas, el cuál según Balaguer escribió “con más intensidad el sentimiento de la naturaleza americana” (20). Paradójicamente, De las Casas es conocido como el que criticó la conquista de las Islas por la gran destrucción, los problemas de la colonia y el exterminio de los habitantes en América. Tanto su participación en las “Leyes Nuevas, que ofrecían protección al indio de los desafueros de la Encomienda” (Benítez-Rojo 261), como su publicación en 1552 la *Brevísima relación de la destrucción de Indias*, demuestran su oposición contra la conquista española. Pero más que nada, fue “la

Brevísima relación [...] el texto generador por excelencia de la ‘leyenda negra’ contra la empresa colonial española” (Benítez-Rojo 261) que dio paso a la idea del noble salvaje. Subsecuentemente surgieron otros historiadores que de igual manera hablaron a favor o en contra de la conquista española.

En cuanto a la cultura, tenemos que algunos críticos que favorecen la conquista española comentan que ésta empezó con la llegada de los frailes de la Orden de San Francisco en 1502 a la República Dominicana y que más adelante continuaron los misioneros de la Orden de Santo Domingo en 1510, creando éstos la Universidad de Santo Tomás de Aquino de la cual sobresalieron grandes humanistas. Por lo que para ellos, “los civilizadores de la isla, como de toda América, fueron [...] los hombres que llegaron a las tierras recién descubiertas vistiendo el hábito religioso” (Balaguer 35); siendo tres órdenes religiosas, la de San Francisco, Santo Domingo y de la Merced, las que cristianizaron el Nuevo Mundo. Desafortunadamente esto no fue así. Tal vez el desarrollo de la población aborígen en el Caribe no era como el de las otras culturas precolombinas (Delorme 206, 222), pero ya existía una cultura previa a la conquista y colonización en América, y muchas familias taínas poblaban el territorio caribeño. Éstos, los taínos, se dedicaban a la agricultura, la pesca y la alfarería; también tenían religión y hablaban en aruaco. Con el proceso de conquista y colonización se dio paso primero a la aculturación (desprendimiento de la cultura taína) y, más adelante o a un mismo tiempo, la transculturación (la imposición de la nueva cultura) (Sued Badillo 1). No obstante, todavía hay historiadores que tanto desde finales del siglo XIX hasta nuestros días

se [han] convertido en apólogos de la España amenazada [...]. En esta tarea pretendieron fortalecer la lealtad a la metrópolis reviviendo las antiguas justificaciones de la conquista. Entre aquellos viejos argumentos figuraron prominentemente los que sostenían la supuesta superioridad moral y cultural de España frente a la inferioridad y la barbarie de lo aborígen. (Sued Badillo 4-5)

En otras palabras, para los conquistadores, las primeras sociedades asentadas en el Caribe no poseían el mismo nivel de conocimiento que éstos por lo que fueron considerados inferiores. Dentro de la historia caribeña, la cristianización se dio para subyugar a los taínos e incorporarlos a la vida española.

De entre esta crónica colombina a otras de condición un tanto similar, las Antillas hispánicas sufrieron de un decaimiento durante los primeros años de colonización debido a ataques de piratas, insurrecciones de los indígenas y, más adelante, de los esclavos, y restricciones comerciales (Olivera 7). Más adelante en el siglo XVI, la ciudad de Santo Domingo, ciudad inicial dentro del descubrimiento, se convierte en el centro en donde se establece la primera Audiencia (1511) y se creó una corte literaria en la cual participaron poetas y escritores peninsulares llegados a América (Olivera 8). Por otra parte, el contacto con la nueva civilización estimuló el deseo literario de un grupo de nativos (criollos). Durante el siglo XVII Santo Domingo pasó a un segundo término debido al hallazgo de los imperios del Perú y de la Nueva España. En adición, Balaguer expone “la división de la isla en dos porciones dominadas por razas y por culturas diferentes” (71). He aquí otro punto de contradicción del crítico. La isla La Española no estuvo dividida por razas distintas. La isla se dividió en dos países, Haití y la República Dominicana, los cuales viven culturas diferentes debido a sus países conquistadores, uno a manos de Francia y el otro de España. Esto hizo que ambos países, que comparten una misma isla sean distintos culturalmente, pero no por la raza. La raza es un concepto de origen árabe que “sirvió al colonialismo portugués y español, para denominar y denigrar a ‘los otros’, los africanos y amerindios, justificando ideológicamente su dominación y exterminio, debido a sus supuestas inferioridades biológicas y culturales” (Marín Gonzáles 107). Por tanto, esta denominación racial a la que Balaguer se refiere no existe y sólo denigra, oprime al otro, en este caso al pueblo contiguo, Haití. Es lo que creó el racismo colonial (Marín Gonzáles 107).

A pesar de la división política de la isla La Española como Haití y la República Dominicana, esta última siguió en el siglo XVIII como centro de la cultura continental. Sobresalieron durante este periodo grandes figuras masculinas y entre éstas la figura de Tomasina de Leiva y Mosquera. De Leiva y Mosquera, nacida tal vez en 1663 según indica Balaguer, escribió poemas, unos en romance y otros en lengua latina. Hoy día se conservan sólo algunas estrofas.

Con la llegada de la imprenta a mediados del siglo XVIII se facilitaron las publicaciones y afloraron más escritores criollos, que en relación con los escritores de la época no logran “la categoría de los anteriores y muy pocas de sus producciones se

conservan” (Olivera 8). Entre los primeros cultivadores poetas se destacan las figuras de Diego y Juan de Guzmán, Arce de Quirós, el canónigo Francisco de Liendo, Luis Angulo (alguacil mayor), Francisco Tostado de la Peña, y las escritoras, Elvira de Mendoza y Leonor de Ovando (Balaguer 67). En la prosa, aparece la figura de Cristóbal de Llerena quién escribió un entremés y es considerado “el más antiguo autor antillano de quien se conserva obra teatral” (Olivera 16). Igualmente, la introducción de la imprenta en Cuba en 1723 y en Puerto Rico en 1806, cohesiona la expresión literaria de la época (Olivera 18). Lo cierto es que la República Dominicana entró en una decadencia debido a los constantes ataques de contrabandistas, luchas territoriales por parte de los haitianos y la entrega de la misma a Francia por el tratado de Basilea en 1795 (Olivera 9). Por tanto, se subraya que a finales del siglo XVIII predominaba la poesía de escritores peninsulares en la República Dominicana y la de algunos poetas criollos.

Durante el siglo XIX la situación en la República Dominicana no fue tan distinta a la del siglo anterior; muchos sucesos acaecieron en la isla, tanto que fue considerada por Pedro Mosén Margarite como “la isla de las vicisitudes” (Balaguer 87). Este siglo, según Balaguer puede dividirse en cinco periodos. Los mismos son “a) el de la entrega a Francia, hasta el retorno a España, en 1809; b) el de la Reconquista, hasta el fin de la ‘España Boba’, en 1821; c) el de la ocupación haitiana; d) el de la Independencia, hasta la reanexión a España, en 1861, y, e) el de la Restauración, hasta la muerte de Ulises Heureaux, en 1899” (88). En estos periodos se destacaron varias figuras literarias.

En el primer periodo gran parte de los escritores nativos emigraron debido a las leyes españolas establecidas en este tiempo. Surgen las figuras de José Francisco Heredia, Domingo Heredia y Mieses (padre del poeta José María Heredia), Jesús del Monte y Mena, Francisco Muñoz del Monte, Esteban Pichardo y Tapia, Gaspar de Arredondo y Pichardo, José Antonio Bernal y Muñoz, José Gregorio Quintanó y Valera, y Juan de Mata Tejada. En el segundo algunos de los dominicanos desterrados volvieron a Santo Domingo “[...] favoreciendo] las actividades intelectuales y [creando] un clima propicio para la reapertura de la Universidad de Santo Tomás de Aquino, reinstalada en 1815, y para la fundación de los primeros periódicos dominicanos” (Balaguer 92). Este adelanto corresponde con la ayuda de Pedro Valera y Jiménez al

“hacerse cargo del arzobispado” (Balaguer 92). Los escritores que más se distinguen, según Balaguer, son José Núñez de Cáceres y Bernardo Correa y Cidrón (93).

Ya entrada la tercera fase, ocurre la ocupación haitiana. Nuevamente son desterrados algunos escritores dominicanos los cuales se refugiaron entre Venezuela, España, Puerto Rico y Cuba¹⁶. Hubo otros que permanecieron en la isla, como José Joaquín del Monte y Maldonado, Manuel Joaquín del Monte, José María Caminero, y Tomás Bobadilla y Birones. A estos escritores se le añaden otros que también sufrieron de las vicisitudes y que inspirados por el terror y la devastación de un terremoto ocurrido en 1842 se dedicaron a la creación poética de tono satírico y de proclama patriótica. He aquí las figuras de Ana de Osorio, Marcos Cabral y Aybar, José Román Her, Manuela Rodríguez, Juan de Dios Correa Cruzado, Elías Rodríguez y Ortiz, y Pablo Francisco de Amézquita.

En el cuarto periodo se logra la independencia de Santo Domingo de manos haitianas gracias a la obra de Juan Pablo Duarte, considerado como el Padre de la Patria (Balaguer 103, 106). A más de esto, Balaguer afirma que la pasión de Duarte por el patriotismo lo consumió hasta el punto de no dedicarse a otras actividades humanas, pero cuando escribía sus escritos revelan “la sublimidad de su espíritu” (105). En este momento, la hermana del Padre de la Patria, Rosa Duarte “escribió unos *Apuntes para la historia de la isla de Santo Domingo, y para la biografía del general dominicano Juan Pablo Duarte y Díez* (106). Igualmente, sobresalieron las figuras de Félix María del Monte, Manuel María Valencia, Javier Angulo Guridi, Félix Mota, Nicolás Ureña de Mendoza, y Alejandro Angulo Guridi.

Durante el último periodo del siglo XIX, ocurre “la restauración de la independencia nacional en 1865” (Balaguer 117). “Dos grandes poetas, los más excelsos del parnaso dominicano, recogieron las esperanzas esparcidas en la atmósfera de su época y se hicieron intérpretes de ese estado de conciencia nacional: José Joaquín Pérez, cantor de la raza indígena, y Salomé Ureña, que en vez de situar en el pasado, como su antecesor, situó en el porvenir la edad de oro dominicana” (Balaguer 117). Se crean asociaciones literarias y teatro de aficionados (Balaguer 117). He aquí el florecimiento de escritores masculinos y femeninos. Entre las féminas

surgen las figuras de la poeta Josefa Antonia Perdomo y Heredia, la prosista y la poeta Virginia Elena Ortea, y la novelista Amelia Francasci¹⁷ (Balaguer 118).

Indistintamente, Puerto Rico se encontraba en un momento de decadencia y no es hasta el siglo XIX que aparecen pruebas de textos literarios. Los textos que prevalecían antes del siglo XIX eran aquellos escritos por los cronistas españoles Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Tomás de la Torre y Fray Bartolomé de las Casas. También hubo manifestaciones orales en formas de coplas y décimas. Pero no es hasta 1849 que se publica la primera novela puertorriqueña *El gíbaro* de Manuel Alonso. De ahí en adelante, surgen otros grandes escritores. Entre los poetas que más se destacan son José Gautier Benítez, José Gualberto Padilla, Francisco Gonzalo Marín (Pachín Marín), José de Jesús Domínguez, y Lola Rodríguez de Tió. Otras figuras prominentes son Ramón Emeterio Betances, Salvador Brau, Eugenio María de Hostos, José de Diego, Luis Muñoz Rivera y Manuel Zeno Gandía, conocido como el mejor novelista de Puerto Rico.

Entrado ya el siglo XIX, sigue la proliferación de escritores de gran importancia los cuales publican en las revistas literarias de la época, *El Carnaval*, *Juan Bobo* y *La Revista de las Antillas* con una gran influencia modernista (Colón Olivieri xxi). De entre las figuras masculinas sobresalen algunas féminas, como es el caso de Berta María Talart, Trina Padilla (conocida como La hija del Caribe), y Resedad (Colón Olivieri 62, 63, 64). En cuanto a la cuentística, hubo un mayor cultivo en la Isla en relación con los otros géneros literarios. Se destacan las figuras de Mariano Abril, Eugenio Astol, Trina Padilla, María Cadilla de Martínez (cuyo seudónimo fue Liana), Pedro C. Timothee, Rosita Silva de Muñoz, Ana Roqué de Duprey, entre otros (Colón Olivieri 85, 88, 89). Respecto a la novelística, ésta no tuvo mucho ímpetu. Es a finales del siglo XIX que aparecen las novelas *La charca* de Manuel Zeno Gandía (1894, denominada como naturalista) y *La muñeca* de Carmen Eulate Sanjurjo (1895, novela de transición del romanticismo al realismo) (Colón Olivieri 101). Consecuentemente, el inicio del siglo XIX resulta igual o menos inhóspito respecto a la producción modernista debido a que en las primeras dos décadas no existen novelas modernistas según Colón Olivieri (99). Pero entrado el año de 1933 “aparece *La Venus del Patio*, de Manuel A. Martínez

Dávila, [logrando] la plenitud narrativa del modernismo en la narrativa puertorriqueña” (Colón Olivieri 99).

Por otra parte, Cuba se diferenci6 en su producci6n cultural al favorecerse con la independencia de los Estados Unidos (1783) y la insurrecci6n de los esclavos en Hait6 (1792)¹⁸ (Olivera 18). De sus inicios literarios s6lo se conoce un poema narrativo escrito en octavas, el *Espejo de paciencia* de 1608, pero a finales del siglo XVIII comienza la producci6n literaria que ser6 el modelo para las otras islas.

En Cuba aparece primeramente la figura de fray Jos6 Rodr6guez y, m6s adelante, Manuel del Socorro Rodr6guez, qu6n “fue superior a [los otros debido a] su poes6a m6s equilibrada y clasicista” (Olivera 13). En adici6n, durante el siglo XVIII surge *Papel peri6dico de la Havana* (1790 – 1805) en el que se publicaron poemas de “tendencias renovadoras, l6ricas y de acento local, en las letras de Cuba” (Olivera 13). Otra muestra literaria que se destaca durante esta 6poca es el teatro. El mismo naci6 durante el siglo XVI por estar ligado a las festividades religiosas, pero al independizarse de la Iglesia dio paso a la creaci6n de obras profanas. Se conocen dos escritores isle6os, Crist6bal de Llerena en Santo Domingo y Santiago Pita en Cuba.

Despu6s de la segunda mitad del siglo XVIII, se puede ver un progreso hist6rico en cada una de las islas trayendo consigo la producci6n literaria. Predomina la poes6a l6rica y 6pica. En la primera mitad del siglo XIX hay una iniciaci6n rom6ntica a trav6s de la poes6a y la novela (costumbrista, antiesclavista e hist6rica). Respecto al costumbrismo, 6ste fue m6s cultivado en Cuba y Puerto Rico con una vertiente en lo aleg6rico-filos6fico. Esta actitud realista y filos6fica es la que ha de prevalecer en el ensayo, el cual tiene una finalidad moral y pol6tica. Las figuras m6s distintivas, seg6n Olivera, son Jos6 Antonio Saco (1797-1879) en Cuba y Eugenio Mar6a de Hostos (1839-1903) en Puerto Rico. Igualmente hubo otras figuras masculinas, por ejemplo en Cuba Jos6 Mar6a Heredia, Domingo del Monte, Juan Clemente Zenea, Antonio Bachiller y Morales, y Ram6n Zambrana. En Puerto Rico, aparecen figuras como Alejandro Tapia y Rivera, Manuel Alonso, Jos6 Juli6n Acosta, Jos6 Pablo Morales y Francisco Mariano Qui6ones. Hubo, indistintamente, algunos autores en la Rep6blica Dominicana que se dedicaron m6s a la cr6tica, como Alejandro Angulo Guridi, Jos6 Joaqu6n P6rez y Manuel de Jes6s Galv6n (Olivera 59). De esta manera naci6 el acopio

cultural y lingüístico de las islas. Cabe destacar que igual a las otras islas durante los primeros siglos la escritura predominante fue la masculina, aunque hubo mujeres que se dedicaron a la poesía, en primera instancia y, más adelante, a la novela. Dentro de la producción masculina aparecen más figuras femeninas dentro de la plenitud del romanticismo que señalan el temperamento apasionado de las mujeres por la escritura a través de la poesía. Entre éstas aparece en Cuba Gertrudis Gómez de Avellaneda, Luisa Pérez de Zambrana, Úrsula Céspedes, Aurelia Castillo de González, Mercedes Matamoros y Nieves Xenes, en Puerto Rico Lola Rodríguez de Tió, Alejandrina Benítez y Arce de Gautier, y en la República Dominicana Salomé Ureña de Henríquez y Josefa Antonia Perdomo. Igualmente, algunas de estas escritoras caracterizaron la crítica social por medio de la prosa. Este es el caso de Gertrudis Gómez de Avellaneda y Salomé Ureña de Henríquez. Sin embargo, la ausencia de la alusión de éstas en las tres islas establece una nueva posibilidad interpretativa de la lucha femenina en la vida social y cultural caribeña.

Durante el siglo XIX y principios del XX la literatura hispanoamericana expone dos tendencias literarias, el romanticismo y el naturalismo. Según Cedomil Goic en *Historia de la literatura hispanoamericana*, la tendencia del romanticismo va desde 1845 a 1890 y el naturalismo de 1890 a 1934 respectivamente (23). Cabe destacar, que aún así hubo características de cada tendencia de una dentro de la otra. Por ende, es difícil establecer fechas concretas y proponer características intelectuales particulares para cada tendencia. Siguiendo el estudio de Goic, nos indica que tanto el romanticismo como el naturalismo tenían ambiciones contrarias respecto a la “búsqueda de la identidad y afirmación nacional, por un lado, y de europeización y modernización al mismo tiempo, por otro” (24). Todo esto estableció posición e importancia para las letras al hacer un “retorno al pasado indígena [...], [presentar] las luchas por la independencia [y forjar] un nuevo orden [...] ligad[o] a la idea del progreso en la novela decimonónica, así como en la ideología política” (Goic 24).

Asimismo, se visualizan estas tendencias en las islas caribeñas hispánicas, pero con una tendencia política de significación local y por la intervención de los Estados Unidos¹⁹ en Cuba y Puerto Rico (Olivera 67). Estas dos islas tuvieron un común empeño por superar el dominio colonial en el que se vislumbra un sentir de frustración

y de ideal isleño orientado hacia la independencia y la autonomía correspondientemente (Olivera 67).

Las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX son un periodo de transición en el que hay grandes cambios políticos e intervención del ejército de los Estados Unidos. Es aquí cuando Cuba semeja/ iguala su condición política a la de la República Dominicana por la gran inestabilidad política y por la amenaza de la entrada de las tropas estadounidenses. Las islas de Cuba y Puerto Rico vuelcan hacia su pueblo, hacia la tierra un sentir de infortunio y desengaño que se orienta hacia la independencia y la autonomía correspondientemente. La intervención estadounidense durante la Guerra de Independencia o Guerra Hispanoamericana durante los años de 1895 a 1898 hizo que Cuba surgiera prontamente como república en 1902 sin la gran formación necesaria. Todo esto, según Olivera, hará que “el país se [hundea] progresivamente en la desilusión, el cinismo y la desintegración del espíritu ciudadano” (68).

Por otro lado, Puerto Rico es dado a los Estados Unidos como un botín de guerra a través del Tratado de París de 1898. Como consecuencia, Puerto Rico cambió de una soberanía española a una estadounidense. En cuanto a la República Dominicana, ésta estaba bajo dos dominios gubernamentales, uno de dictadura local y el otro de ocupación militar estadounidense (Olivera 68). Junto a estos gobiernos, se le añaden deudas extranjeras. En fin, las tres islas poseen un ambiente saturado de represiones políticas y sociales que “absorbe[n] gran parte de la producción literaria antillana” (Olivera 69).

En el ámbito hispanoamericano, la producción literaria está atraída hacia la corriente del modernismo. Esta corriente trasciende de forma breve en las islas, dando a conocer algunas figuras. Según Otto Olivera, en el caso “se exceptúan algunas figuras, o fases personales aisladas, [pero] en estas islas no parecen darse más que precursores, postmodernistas o escritores de transición que no son ni lo uno ni lo otro” (69). Distinto a Cuba, República Dominicana y Puerto Rico persisten en las corrientes del siglo XIX, sobre todo el romanticismo, y muy pobremente se vislumbran “reflejos modernistas” (Olivera 69). Pero esto no fue así, hubo grandes escritores caribeños que se distinguieron durante el modernismo. Por mencionar a algunos de los escritores

durante ese movimiento están Valentín Giró y Osvaldo Bazil en la República Dominicana; Luis Lloréns Torres, Manuel A. Martínez Dávila en Puerto Rico; José Martí y Julián del Casal en Cuba. Pero hay carencia de nombres femeninos que hayan participado de este movimiento literario. Regresando nuevamente al caso de Puerto Rico, Rafael Colón Olivieri en la Introducción a *La prosa modernista en Puerto Rico* afirma que hubo “trascendencia del arte modernista en la prosa [puertorriqueña]” (xv). Además, asevera que la temática de las primeras dos décadas del siglo XX reúne “los temas y las formas del preciosismo con temas de intención político-social y cultural” (Colón Olivieri xviii) pertenecientes a Puerto Rico. De igual manera Olivera ratifica que los escritos de los escritores cubanos visualizan de igual manera la revisión de la historia junto a la intención político-social (69). A nuestro modo de ver, esta persistencia sigue los modelos de grandes literatos modernistas europeos junto a la influencia del drama social que originan los temas regionales donde se denuncian los vicios sociales y censuran los sistemas políticos.

En cuanto al género del ensayo y la crítica, los escritores caribeños conquistan la producción literaria. A su vez, muestran “la modalidad subjetiva y lírica del miniaturismo o del impresionismo crítico y el análisis metódico de la crítica literaria moderna” (Olivera 70). Durante este momento histórico literario surgieron escritores, mencionados antes, que presentan una nueva modalidad literaria, el modernismo. Entre las figuras cubanas están José Martí y Julián del Casal²⁰. En particular, Raquel Romeu reconoce que hay una larga historia que cubre tanto “la ensayística escrita por mujeres y la lucha por los derechos de la mujer” en la literatura cubana (15). Para Romeu, María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo (1789-1852), conocida como la Condesa de Merlín, fue una de las iniciadoras de este género. En cuanto a Gertrudis Gómez de Avellaneda comenta que ésta les facilitó “a las cubanas los ejemplos y el vehículo que las alentarían en el reclamo de sus derechos” (15) a través de su ensayo “La mujer”. Igualmente, Romeu menciona a otra cubana que reclamó los derechos de la mujer, Ana Betancourt de Mora, la cual “se considera [como] la primera feminista cubana” (16). Hubo indistintamente otras mujeres que lucharon socialmente, como la antes mencionada Ana Betancourt de Mora, y como educadoras María Luisa Dolz y María Corominas. Según Romeu, éstas últimas “fomentaron la educación como medio

de liberación de la mujer e hicieron posible el surgimiento de nuevas voces” (16). Además de esto, Romeu señala que a partir de 1898, muchas jóvenes cubanas partieron hacia “los Estados Unidos para recibir una rápida formación como maestras” (16) y, debido a esto, estuvieron en contacto con los movimientos sufragistas de las mujeres norteamericanas. Esto dio paso a la organización de grupos feministas en Cuba. Ejemplos de esto son el Partido Nacional Sufragista (1915) y el Club Femenino de Cuba (1918), que fundó la Federación Nacional de Organizaciones Femeninas, y que promovió el Primer Congreso Nacional de Mujeres en 1923, siendo el primer congreso de mujeres en Hispanoamérica. Por consiguiente, en 1934 se otorgó el derecho al voto a las mujeres por Decreto-Ley número 13 (Freire Ashbaugh 16). En general, “las ensayistas cubanas no sólo dirigieron sus inquietudes intelectuales al estudio económico, histórico y social de las mujeres y la familia, sus preocupaciones, como no podía ser de otra manera, cubrieron también otros espacios de la plural sociedad cubana” (Freire Ashbaugh 17). Contemporáneamente, Romeu menciona a tres ensayistas, Ileana Fuentes, Emma Álvarez Tabío y Madeline Cámara.

En el caso de Puerto Rico, algunos críticos mencionan que el ensayo no trasciende como en el resto de Hispanoamérica. No obstante, Colón Olivieri afirma que hubo una presencia ensayística en Puerto Rico, la cual haciendo referencia a José Olivio Jiménez “constituyó [...] una gran diversidad temática que va desde la formulación teorizante sobre el arte modernista en la literatura hasta los temas existenciales, sociales y políticos más amplios” (26). De igual manera, Anne Freire Ashbaugh reitera que “el ensayo ha sido el espacio literario más recorrido por escritoras del Caribe hispano parlante” (135). Los temas que predominan en la ensayística puertorriqueña son “las múltiples facetas de los problemas nacionales, preferentemente los que se deben al impacto de la invasión de Norteamérica en los diversos renglones de la vida puertorriqueña; los temas del arte y del artista creador de la sociedad; y la crítica artística en general” (Colón Olivieri xx). Estos rasgos se vislumbran en escritos de Carlos del Monte, Josefina Esparolini Carrión, Juan Braschi, Félix Matos Bernier. De igual manera, Anne Freire Ashbaugh afirma que con el ensayo la mujer puertorriqueña presenta sus ideas “sobre la condición humana, la situación social, la opresión política, y la carencia económica” (135). Por tanto, el ensayo es para

las escritoras una forma de “desnudar la realidad ante el pueblo para [así] transformarla” (135). Hay ensayistas que despliegan en sus escritos surcos lingüísticos haciéndolo informal para invitar a todas las mujeres. Por medio del ensayo, las mujeres capturan multiplicidad de voces y de preocupaciones de la sociedad puertorriqueña. Algunos de los temas que Freire Ashbaugh observa en la ensayística femenina son el tema del vernáculo y de la enseñanza del inglés, elemento problemático de la colonización. Es más, Freire Ashbaugh afirma que por medio del ensayo las mujeres “pueden romper con la jerarquía tradicional de autoridad masculina para funcionar como vehículo de liberación y de mejora” (135). Dos ejemplos son Luisa Capetillo y Ethel Ríos. Ambas utilizan la ensayística para destapar (descubrir) nuevos campos en momentos en que las mujeres no gozan de buena suerte. Por tanto, utilizan todo tipo de medio para expresar, comunicar y dar a conocer sus ideas incorporando varios géneros. Freire Ashbaugh indica que la ensayística puertorriqueña escrita por mujer deja en descubierto un yo compartido que en ocasiones presenta “la situación de los oprimidos políticos, pero siempre forjado a la luz de una subjetividad opuesta a perpetuar los patrones opresivos de la colonización” (135-36). Actualmente se destacan figuras como Ana Lydia Vega, Magali García Ramis, Carmen Lugo Filipi, etc.

Respecto a la República Dominicana, el movimiento modernista es tardío. Aparece en los poemas *Ave única* (1898) de Bartolomé Olegario Pérez; *Ars nova scribendi* (1897) de Gastón Fernando Deligne; y en algunos textos de José Joaquín Pérez, publicados en *Contornos y relieves* en 1899 (Gutiérrez n.pag.). Sin embargo, “se le atribuye a Pedro Henríquez Ureña la autoría del primer poema realmente modernista difundido en la República Dominicana, Flores de otoño (1901)” (Gutiérrez n.pag.). Igualmente, se reconocen tres escritores del modernismo dominicano Valentín Giró, Osvaldo Bazil y Ricardo Pérez Alfonseca (Gutiérrez n.pag.). Por otra parte, en cuanto al ensayo Lourdes Rojas comenta que las ensayistas dominicanas interponen “voces conocidas con otras apenas conocidas en el género” (Freire Ashbaugh 205) y los temas varían según las inquietudes que éstas tengan. Predominan temas como “el racismo, el papel de la escritora en la sociedad [y] las experiencias de las escritoras en la diáspora dominicana” (Freire Ashbaugh 205). Sus ensayos manifiestan que “la escritora dominicana ha participado en forma constante y original en la creación de un

discurso nacional de preocupaciones sociales, culturales, educativas y políticas” (Rojas 205). Dentro de la antología *Mujeres ensayistas del Caribe hispano. Hilvanando el silencio* Rojas habla sobre Camila Henríquez Ureña, y comenta que su ensayo “Palabras sobre Salomé Ureña de Henríquez” “ofrece, no sólo una visión de Salomé Ureña de Henríquez desde su perspectiva de hija, sino también desde su posición de mujer pensante cuyas reflexiones ponen de manifiesto el alto valor humanístico de la gran poeta” (205). De manera distintiva, Rojas menciona a otras escritoras dominicanas que contribuyen con la concepción histórica del racismo. Éstas son Andrea Checo, Carmen Durán Jourdain y Alejandra Liriano. En cuanto al panorama actual, Rojas menciona a Chiqui Vicioso, Ángela Hernández y Daisy Cocco de Filippis. Según la editora, el género ensayístico sirve “como hilo unificador [que] propicia una visión fundamentalmente integradora de la sociedad dominicana y de su historia” (Rojas 205). Por tanto, estos ensayos rescatan las voces postergadas y son “clave necesaria para entender la vinculación de la República Dominicana con el resto de América Latina” (Rojas 205).

Dentro de la corriente modernista aparecen las figuras del cubano Federico Uribach (poeta), y del dominicano Osvaldo Bazil (poeta). Otros literatos de la época demostraron un romanticismo rezagado dirigido hacia el modernismo. Ese es el caso de los cubanos Esteban Borrero Echevarría (poeta y narrador satírico), Enrique José Varona (poeta, crítico y ensayista), Bonifacio Byrne (poeta), de los puertorriqueños Luis Muñoz Rivera (poeta y prosista), José de Diego (orador, poeta), Virgilio Dávila (poeta), José de Jesús Esteves (poeta) y de los dominicanos Enrique Henríquez (poeta), Gastón Fernando Deligne (poeta psicológico), Rafael Alfredo Deligne (poeta), Fabio Fiallo (poeta), Apolinar Perdomo (poeta) y Arturo Bautista Pellerano Castro (conocido como “Byron;” poeta, dramaturgo y crítico).

Igualmente dentro de la poesía aparecen algunas figuras femeninas. Entre ellas están las cubanas Aurelia Castillo de González, Mercedes Matamoros, A Nieves Xenos y Juana Borrero, la dominicana Altagracia Saviñón. En cuanto a la prosa, dentro de la novelística sentimental y psicológica, tenemos en la República Dominicana a Amelia Francisca Marchena de Leyba, conocida como Amelia Francasci (Olivera 98). En cuanto a la valorización crítica hubo un sinnúmero de escritores masculinos

reconocidos en las tres islas. Algunos de ellos en Cuba son Enrique Piñeyro, Enrique José Varona, José Martí; en Puerto Rico, Manuel Fernández Juncos, Luis Bonafoux (“Aramís”), Luis Muñoz Rivera; y en la República Dominicana, Nicolás Heredia, César Nicolás Pensón, Federico García Godoy.

Ya entrado el periodo contemporáneo (principios del siglo XX) hay un afán por reafirmar lo propio como una reacción contra el imperialismo estadounidense (Olivera 117). Otto Olivera afirma que en Cuba tuvieron el propósito de instaurar la República, pero la crisis económica y el militarismo llevaron a “hombres e ideales en sucesión inacabable” (117). En cuanto a Puerto Rico, siguió la misma historia política. La aspiración a la independencia sucumbió a finales de la década del cuarenta con la formulación del Estado Libre Asociado (1952), que hoy día sigue vigente. Por otro lado, la República Dominicana tuvo intervenciones políticas norteamericanas, regímenes militares y dictaduras que han hecho del país de lenta reestructuración (Olivera 118).

Respecto a la literatura, hay un avance hacia el postmodernismo en el que se impone lo social, lo revolucionario y nativista (Olivera 118). La insistencia de los “ismos” provoca una renovación literaria. En Cuba permea el tema antiimperialista; en Puerto Rico hay una conexión con lo criollista y patriótico que oscilan un cierto deseo de independencia política y cultural. Por tanto, aparecen ensayos de actitud nacionalista de J.A. Daubón, Celso de los Ríos, F. del Valle, Félix Matos Bernier, Luis Lloréns Torres (poeta y prosista modernista), entre otros. Igualmente, hay un desarrollo de la crónica modernista en Puerto Rico. La misma muestra los temas “sociales, acontecimientos acaecidos en cualquier parte del mundo, nuevos libros u obras de arte, retratos o semblanzas de personajes conocidos, [...] la defensa del hispanismo frente al poder avasallador de Estados Unidos sobre la Isla, problemas socio-culturales puertorriqueños, alabanza de la mujer puertorriqueña y del paisaje isleño” (Colón Olivieri 45). Se repiten algunos escritores antes mencionados, como Félix Matos Bernier y J.A. Daubón. Igualmente surgen otros cronistas a partir de 1907, de los cuáles se destaca J. E. Levis (Colón Olivieri 57). En la República Dominicana prevalece el sentir humanitario (Olivera 194). Igualmente, hay una “general transformación del proceso lírico [e] interés por las culturas negras” (Olivera 119).

Dentro del ensayo y la crítica, en Cuba aparecen las figuras masculinas de Regino E. Boti, José Antonio Ramos, José Manuel Poveda, Luis Felipe Rodríguez, José María Chacón y Calvo, Enrique Labrador Ruiz, José Lezama Lima; en Puerto Rico, Evaristo Ribera Chevremont, Antonio S. Pedreira, Emilio S. Belaval; en la República Dominicana, Pedro Henríquez Ureña, Max Henríquez Ureña, Juan Bosch, Héctor Incháustegui Cabral. Igualmente hubo mujeres que sobresalieron. Ese es el caso de las puertorriqueñas Concha Meléndez, Margot Arce de Vázquez.

Respecto a la República Dominicana, Balaguer asevera que el siglo XX puede dividirse en dos épocas, la anterior al 1930 y la que nace durante la “Era de Trujillo” (237). Dentro de esas dos épocas aparecen las figuras de Gastón F. Deligne y Pedro Henríquez Ureña, el primero dentro de la poesía y el segundo en la crítica literaria. En el periodo anterior a 1930 aparece otra figura predominante, Emilio Prud’homme cuya obra maestra fue el himno nacional de la República Dominicana. En adición, hubo otras figuras masculinas y femeninas que no han sido reconocidas, pero cuyos escritos son notables y merecedores de estudios. De entre éstas se encuentran las poetas Altagracia Saviñón y Amada Nivar de Pittaluga (Balaguer 270, 279). En el periodo que sigue la figura de Henríquez Ureña encontramos a escritores que exteriorizan el proceso histórico del pueblo dominicano tanto en sus novelas, ensayos, cuentos como en la poesía y la crítica literaria. De entre las figuras aparecen algunas féminas, como es el caso de Flérida de Nolasco, Abigaíl Mejía de Fernández, Jesusa Alfau y Galván (Balaguer 295, 297, 298). Es durante la “era de Trujillo” que se da a conocer con mayor ahínco la investigación histórica y se perfeccionan las letras dominicanas. En lo que corresponde a la poesía surgen dos movimientos poéticos, el postumismo y la poesía sorprendida²¹. De entre las figuras que importan mencionar está Manuel del Cabral, quien cultivó la poesía negroide (Balaguer 333). En el campo de la investigación histórica aparecen otras figuras; de entre éstas se encuentran las féminas Martha María Lamarche, Livia Veloz, Ernestina Gómez de Reade, Delia Weber, María Ibarra de Victoria, Melba Marrerro de Munné, Virginia de Peña, Hilma Contreras, y Esthervina Matos (Balaguer 337). De entre las escritoras féminas, María Martínez de Trujillo se distinguió en “el ensayo escrito con una finalidad exclusivamente moralizadora”

(Balaguer 337). Martínez de Trujillo escribió fundamentalmente ensayos didácticos y reflexiones para el sexo femenino (Balaguer 338).

Al hacer una aproximación teórica al lenguaje como vehículo de expresión femenina, vemos que la mujer siempre ha estado sujeta a los sistemas desiguales lo mismo raciales, sexuales como sociales. Su posición en la sociedad hispanoamericana, y por ende, caribeña, se ha organizado a través del ritmo patriarcal de la cultura occidental. Dentro de la producción literaria predominó grandemente la creación masculina, acaparando el espectro nacional de la literatura hispanoamericana. Por esto, los textos literarios estaban determinados bajo el punto de vista masculino. Pero, cabe enfatizar que durante los inicios literarios surgieron de igual manera escritos por mujeres. Los mismos instituyen una nueva posibilidad interpretativa de la lucha femenina en la vida social y cultural caribeña. Para refutar el contexto social, en especial, los espacios públicos, las mujeres escritoras caribeñas se dedican a distintas vertientes como la política, la pedagógica, la literaria y la sociológica. Éstas deshacen la racionalidad absoluta y, con ello, sus representaciones simbólicas que trastornan las normas establecidas y el discurso institucional.

Por tanto, es necesario trasladar la construcción del sujeto feminista caribeño a la discusión a plantearse, en términos de la construcción de ellas, como sujeto de la teoría y práctica feminista. Dentro de la ensayística feminista caribeña las mujeres proyectan una defensa de la esencia humana. Con gran determinismo ellas abogan por la igualdad de derecho a la educación, a participar en la política, a formar parte de círculos literarios y, en definitiva, el derecho como mujeres a optar cualquier tipo de metas. Por consiguiente, predominan los términos políticos junto a la necesidad de una construcción social a través de la educación. Igualmente, las mujeres analizan por medio del quehacer ensayístico el espacio doméstico, en referencia a los roles asignados al género por la sociedad y, con ello, cuestionan el mundo y la vida.

Otro aspecto importante es que las escritoras apuntan estrategias viables que explican la situación de las mujeres en el Caribe respecto a su posición social. Consecuentemente, debaten cómo las mujeres dentro del contexto de la política y la educación pueden participar activamente para obtener cambios en su vida. Para ello es importante comprender el contexto histórico que las escritoras viven junto a su posición

social para considerar las desigualdades entre ellas. En otras palabras, hay que plantear la relación de las escritoras como objeto-sujeto para definir el “objeto” de estudio.

Por consiguiente, el sujeto es aquél que representa/ escribe y se enfrenta abiertamente a los espacios públicos y al discurso institucional establecido por el hombre. Entonces, partiendo de la dicotomía sujeto/ objeto vemos que el sujeto (occidente/ Caribe/ escritora) defiende un objeto (colonia/ mujer). Contradictoriamente, el objeto defendido es igualmente el sujeto transformándose en los que tienen voz. Partiendo de la inversión de la dicotomía, ahora objeto/ sujeto, se interpreta a la mujer como parte misma del suceso histórico-social y no por lo que no es ni se interpreta al otro (sujeto) respecto al objeto (mujer). Ambas, la mujer y la escritora, están relacionadas dentro de la misma cultura para así organizar medios de supervivencia. De igual manera, si uno de los elementos de esta relación sujeto/ objeto omite o prescinde del otro ya sea por cualquier motivo, ambos van a estar centrados dentro de la misma representación. Con esto, tenemos que se sitúan a las escritoras/ sujetos como entes sociales que producen textos desde el campo de la intertextualidad o la intersubjetividad.

Su representación desafía la literatura tradicional sobre cómo se debe leer y escribir, y provee nuevas formas de escribir a la cultura dominante. Durante el siglo XIX, la literatura caribeña representaba la idea de destino nacional, la cual era vista desde una perspectiva únicamente masculina. Así que el hombre dirige al mundo que le rodea. En cuanto a la figura de la mujer, ésta era el símbolo de la integridad del pasado, la madre, o sea, el objeto que conserva los recuerdos a una persona, una circunstancia, un suceso. Debido a esto, las mujeres son el resguardo de la nación. En otras palabras, fueron y siguen siendo importantes en el asentamiento de la cultura y las costumbres a las nuevas generaciones. Desde lo cotidiano persuadían los movimientos políticos ya fuese detrás de la figura del marido, del padre, de un hermano o de cualquier otra figura masculina que ellas apoyasen. En suma, son las que incorporan la historia desde el hogar para que la cultura, las costumbres y las ideas perduren y trasciendan fronteras.

Es de conocimiento general que la familia es la institución en donde prevalece el orden social e histórico-cultural. Por ende, de esta base se reconocen las cualidades de cada miembro respecto a la posición que han de formar cada uno en la sociedad. Por tanto, es dentro del núcleo familiar que cada uno se descubre, revela sus valores e se interrelaciona con su entorno social. Y, como es de esperarse, la familia es la base fundamental de la educación de las nuevas generaciones. Es aquí que la madre es parte indispensable en la formación de los roles sociales. Es, por ende, una realidad que la mujer exterioriza un papel protagónico o coprotagonista en la sociedad. Por esta razón se cuestiona la omnipresencia del otro (objeto) frente a la del sujeto colonial.

He aquí la razón de este trabajo de investigación. En primer lugar, hay que escrudiñar con diligencia y gran cuidado si los ensayos seleccionados vencen los obstáculos del eurocentrismo, que están dados en el discurso tradicionalista caribeño. Es decir, hay que centrarse en el propósito de encontrar nuevas definiciones y representación de lo “propio”. A un mismo tiempo, hay que evitar que la voz hablante dentro del ensayo nos envuelva y unidos al sujeto circunscribamos al otro y a un mismo tiempo lo controlemos por medio de la escritura. Esto se da como resultado de que nuestra idea de pensar, transferir ideas y de escribir está contenida bajo el contexto tradicional patriarcalista. Por tanto, es necesario analizar el contexto caribeño y de ahí concentrarnos en la afinidad de éste con los ensayos escritos por las escritoras caribeñas seleccionadas para este estudio.

Recordemos primeramente que el siglo XIX y principios del XX son momentos cruciales en el desarrollo socio-cultural del Caribe hispano. Son momentos en los que se está formando la idea de nación y pertenencia de la patria. Por medio de las guerras de independencia, las mujeres logran emerger entre el resto de la población como entes importantes de las nuevas sociedades. Ya no se limitan a la esfera doméstica, sino que adquieren un espacio dentro de los proyectos nacionales. Es en este momento que la invisibilidad, la discreción y el silencio, antes considerados como atributos femeninos, les permiten a las mujeres caribeñas el entender su circunstancia y adquieren un nivel superior de pensamiento. La reivindicación de igualdad en la educación y de participación en el ámbito de la política fueron aspectos cruciales para

asemejar las oportunidades entre mujeres y hombres en la sociedad patriarcal del Caribe.

Con el análisis se restablece la identidad por parte de las ex-colonias. En otras palabras, hay que formular cómo las ex-colonias enuncian su otredad respecto a la de los colonizadores dado desde el momento en que ocurrió la colonización hasta nuestros días. Por tanto, se construye un “contra-discurso” en contra del ente dominador. Con esto en mente, vemos que hay dos grupos los cuales convergen el uno con el otro, uno desde el margen y el otro desde el centro. Dentro del discurso “colonial,” el centro es visto como la figura primordial, el ejemplo donde se fragua toda esencia y toda norma que se ha de seguir. Contrario a éste está el margen que es visto como dependiente, colonial, sumiso, y, por ende, debe estar suscrito al silencio.

He aquí que la escritura se convierte en un poderoso aliado para autodefinir a aquellos que se han quedado rezagados, en este caso las mujeres, las denominadas inferiores por su contraparte masculina. Por medio de la escritura, se abren caminos inhóspitos en donde se liberan secretos y tabúes. Pero esto a su vez instituye una problemática de identidad y de representación porque al no haber un control sobre lo que se dice, el centro pierde el control. Entonces, ¿quién personifica a quién? ¿Quién es el subordinado y quién no lo es? ¿Existe un control del discurso del yo sobre el otro? Esta es la disyuntiva que prevalece, por un lado la figura dominante representada en este caso por los hombres, se convierte en el dominante y por otro lado, tenemos a las mujeres, ente dominado, la colonia. Esta condición significativa de dominante/ dominado se auto-contradice cuando el dominado toma la palabra y la utiliza en contra del dominante. Pero, ¿realmente el poder es menos controlado por la figura dominante o no?

Hasta cierto punto sí, porque suscita lo que algunos denominan como el antagonismo y la representación, los cuales a su vez son necesarios para crear otros puntos antagónicos y nuevas representaciones. Por medio de este antagonismo se crean nuevas enunciaciones y el nuevo sujeto prorrumpo, se autodefine fuera del binomio dominante/ dominado.

Para analizar y reflexionar lo construido, es necesario tener en cuenta las raíces históricas de adaptación cultural y civilización que se dan con el proceso de

colonización, y que buscan definir la cultura. Igualmente, se debe discutir el significado de esa cultura adquirida y cuál es el resultado de la misma ante el significado. Por consiguiente, no sólo se deconstruye la ex-colonia por el simple hecho de pertenecer al margen sino también a los marginados (mujeres, negros, etc.) y no se limita a una nación colonial, sino en vías de desarrollo.

Ahora, si enfocamos estas ideas dentro de una metodología feminista, vemos que se concentran en aquellos discursos que presentan ideas raciales, de colonialismo, de resistencia, género, etc. Distintivamente, observan discrepancias respecto a las ex-colonias y cómo persisten las ideologías patriarcales en relación a la mujer y a los demás grupos marginados. Dentro de la crítica cultural y literaria, la metodología feminista es importante para la transformación social de las ex-colonias. Tres ideas que sobresalen en esta metodología son la deconstrucción del sujeto, la deconstrucción de la historia y la transformación social.

Tomando primeramente el sujeto, se deshace analíticamente el sujeto patriarcal. Es este sujeto patriarcal el ente que niega y que mantiene en silencio a la mujer. A su vez, ejerce autoridad sobre ésta para que esté en plena sumisión. Igualmente, desde una postura de inferioridad, las mujeres deconstruyen el sujeto dominante (los hombres) al tomar su discurso hegemónico patriarcal para hablar de sus experiencias vividas en el espacio doméstico. El sujeto, sea uno patriarcal o con poder, niega la afirmación del otro y lo transfiere al margen, al silencio. Teóricamente, tanto la metodología feminista manifiesta un compromiso de cambio en el que a través de la escritura pretende denunciar la cultura dominante. A su vez, anhela entender las prácticas sociales desde la deconstrucción de las relaciones de género para buscar posibles soluciones al alienamiento. Este es el caso de la literatura escrita por las ensayistas caribeñas del siglo XIX y principios del XX. Ellas a través de sus escritos utilizan sus experiencias como discurso para cuestionar desde adentro la historia.

De igual manera, en el discurso de sus ensayos las autoras subrayan la alteridad y la posición del otro, subordinado / lo femenino. Es por ello, que las escritoras utilizan la lengua de los opresores como defensa de la adecuación histórica y cultural. Y, a su vez, resisten a la autoridad y el poder patriarcal que se nutre por medio del

canon establecido, sin olvidar la relación del texto (historia) y el contexto (la experiencia vivida).

En cuanto a los conceptos de lenguaje y cuerpo, tenemos que se despliegan a las formas más sutiles de colonización mental, la representación, y la voz versus el silencio. Con esto en mente, vemos la necesidad de estudiar el discurso para auscultar el significado de las ideas y ver su contexto como producto. Pero, unido a la representación está el análisis del cuerpo, imagen simbólica oculta en el discurso. La idea de un cuerpo sexuado, racial o histórico oculto en la escritura plantea otros aportes a la lectura haciendo el análisis uno particular. Por lo que es necesario un análisis de las ideas suprimidas, que subsisten a través del lenguaje desde su momento histórico y social. Esta escritura de referente histórico obtiene matices de género en manos de las mujeres, al ser un grupo doblemente subordinado, porque no sólo viven la experiencia sino que incorporan otros factores para denunciar su silencio. Por tanto, el diálogo que hace el lector con el discurso produce nuevas formas de ver el mundo, y le hace consciente de que hay otros textos/ ideas entrelazadas. Esto hace posible que se vean las diferencias entre las mujeres en sus variados contextos sociales y culturales.

Precisamente, al haber una gama de conexiones entre el margen y el centro, y viceversa, cada uno de los que viven tal materia son cómplices, unos por no oponerse con la fuerza necesaria y otros por tomar ventaja de las ideas establecidas por siglos, que ha hecho que haya grupos que dominen u opriman a otros. El hecho de querer escribir y de teorizar no es uno ingenuo. Por tanto, establece un intento de usurpar a otros lo que tienen o de ejercer preponderancia sobre lo ajeno. He ahí la gran divergencia entre un “hablar sobre” y un “hablar desde” el contexto caribeño. En este sentido, se condiciona la lectura sobre el sujeto callado, el otro, para que obtenga voz. De ello se cuestiona el discurso de la mirada dominante, del que históricamente ha generado autoridad, el hombre.

Conforme a esto, Nelly Richard en *Masculine / Feminine: Practices of Difference(s)* distingue que el lenguaje ha sido institucionalizado y limita la comunicación socialmente (21). En donde “language and writing are in/different to gender-sexual difference reinforces the established power by continuing to cover up the

techniques through which a hegemonic masculinity disguises as neutral – as im/personal – its habit of personalizing the universal” (21). Tomando en cuenta, se ve que la escritura opera como asexual para condicionar al que lo utiliza. Es decir, el lenguaje tiene la capacidad de recrear discursos dominantes que son reelaborados de forma individual, y son marcados por la voz que lo manipula. Es por ello, que Richard alude a Josefina Ludmer quien “affirms that ‘feminine writing does not exist as a category because writing is asexual, bisexual, omnisexual’” (21). Añade, además, Richard que la palabra crea la ruptura y, con ello, el texto escrito toma la experiencia de quién lo utiliza. Por esta razón, las mujeres pretenden reconstruir la dimensión cultural a través de sus escritos para integrar al denominado elemento “débil” en la sociedad.

Tomando en cuenta lo antes mencionado, las escritoras examinadas en este trabajo de investigación, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Dulce María Borrero de Luján, Salomé Ureña de Henríquez, Camila Henríquez Ureña, Lola Rodríguez de Tió y Luisa Capetillo, apelan la conciencia de los lectores y hacen que piensen sobre los valores establecidos que subyugan a la mujer en una sociedad patriarcal. Ellas, sujetos subordinados, y denominados inferiores, durante los siglos XIX y principios del XX, presentan su preocupación social a través de su experiencia en el sinnúmero de transformaciones históricas de dichas épocas. Estos cambios se deben al avance del capitalismo occidental, los cambios político-sociales e ideológicos, los progresos en las condiciones de vida y trabajos. Por otra parte, todo esto no fue distintivo del Caribe, sino uno internacional por lo que es necesario estudiar estas escritoras desde una perspectiva caribeña con miras a la totalidad de la cual forman parte.

En fin, en los próximos capítulos se distinguirá la relación de los ensayos y cómo estas escritoras siguen sus normas para protestar contra la sociedad, y así imponerse a lo establecido, ya sean las instituciones o los valores sociales caribeños. Igualmente, se analizarán los ensayos sin transformar el discurso no para desautorizar al que anteriormente había tenido el poder, sino para construir una nueva forma de pensar desde el otro, desde la alteridad. Por consiguiente, veré cómo las mujeres, antes espectadoras y sometidas a la hegemonía patriarcal, ahora sujetos, toman del poder de una lengua dominante para hacerse presente dentro de la multiplicidad. Es importante que a través del estudio investigativo se reconozca la voz que procura libertad (vista a

través de los límites socioeconómicos y raciales que eran parte de la diversidad existente), y que se vea como grito de protesta contra la brutal dominación patriarcal. Pero es trascendental reconocer que la voz de estas mujeres no se desmorone ante los prejuicios, ni se oriente por lo intuitivo para que no sufra nuevamente de la mordaza de los silenciados.

CAPÍTULO II

LA MUJER ANTE LA POLÍTICA DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX

“no es que las mujeres fueran inactivas o estuvieran ausentes de los acontecimientos históricos, sino que fueron sistemáticamente omitidas de los registros oficiales.”

“Familias, mujeres y servidumbres,” Dora Dávila

Desde siempre se ha hablado de política en el mundo y en el Caribe no ha sido una excepción. Por medio de la política, los individuos interactúan, ocurre un proceso de socialización, y se intenta mantener un orden social aceptable. Dentro de las necesidades naturales está la reproducción y se establece el grupo social. Ya como grupo hay que garantizar el bien de todos, de manera moral e intelectual. Por consiguiente se establecen relaciones de unos con otros respecto a la posición asignada dentro de la comunidad existente. He ahí que se deduce la preeminencia de los hombres sobre las mujeres, la de los padres sobre los hijos, entre otras más. Para ejercer poder sobre los otros su capacidad de lenguaje es el que le otorga su carácter político. Por ello la sociedad se forma bajo leyes que dan forma, permiten y prohíben. Ante esta realidad sólo unos pocos constituían las leyes y excluían a los otros. A pesar que intentaban resolver conflictos, no existía una plena realización de la naturaleza humana. Sólo los hombres libres, intelectuales, de clase alta o burguesa estaban involucrados en el gobierno. Por ende, los nombres que permeaban en los titulares eran de hombres y había una ausencia de la otra parte de la sociedad. ¿Por qué se da esto? ¿Por qué aún en nuestros días ocurre esto? ¿Cómo se puede explicar este desbalance en la vida política respecto al género y las clases sociales?

Esto fue igualmente una pregunta que las mujeres durante el siglo XIX y principios del XX se cuestionaron. Durante ese tiempo el género fue una categoría imprescindible en la ideología occidental. Así lo subraya Catharina Vallejo, “A partir de una independencia tan duramente obtenida, los intelectuales hispanoamericanos del siglo XIX sentían la necesidad de definir lo que eran y, sobre todo, lo que debían ser las

nuevas naciones” (9). Es igualmente durante este tiempo que las mujeres se sienten parte de ese conglomerado y se descubren a sí mismas dentro de esa identidad nacional que está en desarrollo. Pero, sobre todas las cosas, las mujeres se levantaron de entre los estereotipos tradicionales formulados. En este respecto, las mujeres optaron por salir del espacio privado (doméstico) para participar en el espacio público de la política. Asimismo, se insertan en el discurso oficial incorporando lo “propio,” su experiencia. Tomando en cuenta esto, es necesario revisar detalladamente los ensayos de Gertrudis Gómez Avellaneda, Dulce María Borrero de Luján, Lola Rodríguez de Tió, Luisa Capetillo y Camila Henríquez Ureña para así ver cómo estas escritoras configuran la identidad nacional dentro del panorama del Caribe a través de su realidad histórica.

Primeramente, hay que definir el término política desde su forma comprensiva de pensamiento. Por consiguiente, es necesario relacionar este término con las ideas planteadas por Aristóteles en *Politics*. De ahí, tomando en cuenta que Aristóteles vivió en un mundo diferente al que se vive hoy día, ver que ideas prevalecen dentro del contexto político del siglo XIX y principios del XX en relación, primeramente, con la potencia colonizadora y, segundo, con las colonias. Partiendo de los hallazgos, ver el impacto sobre los ciudadanos (ya sean éstos hombres y/ o mujeres).

Para los que tengan conocimiento sobre los pensamientos filosóficos de Aristóteles, para éste todo estado está formado por la comunión de familias, las cuales desarrollan un bien común, que en base a su política es hacer lo que les parece bueno. De esta premisa aristotélica tenemos que cada estado es un hecho natural en el que en las familias las reglas se dan por asociación. Dicha asociación, de tipo natural, se mueve entre el señor y el esclavo, el esposo y la mujer, el padre y el hijo, en la cual hay seres que mandan y otros que obedecen. Con esto entonces es que la naturaleza le atribuye al hombre la dicha de la palabra, con la cual decide el bien del mal y lo justo de lo injusto. Aunque Aristóteles plantea como se debe construir el estado ideal, exhibe una preferencia dialéctica de lo noble a lo esclavo, de lo masculino sobre lo que es femenino cuando se refiere a la asociación natural. Esta asociación predominada por la superioridad de los hombres sobre los demás, presenta que tanto los esclavos como las mujeres son seres humanos que carecen de capacidad de obrar por sí mismos y, a

la vez, son deficientes. Por este motivo, para Aristóteles dentro de lo natural existente bajo la familia o el servicio del amo/ esclavo hay una relación recíproca de dominante/ inferior que hoy día es cuestionada, debatida. Primero, no puede haber o no debe existir superioridad de unos sobre otros porque todos, como seres humanos, forman el gobierno naciente. Por otro lado, su idea o ciencia política absolutiza el conocimiento sólo de parte de los hombres y esto no es así. El conocimiento es uno amplio, sin fronteras, y es un bien compartido, independiente, sin ataduras. Cualquier ser humano tiene la potencialidad de dilucidar, de tener la capacidad de proyectarse y adquirir una cultura. Por ello, al Aristóteles atribuirle por completo la palabra a los hombres interrumpe el desarrollo de las naciones porque aísla a los demás. En efecto cuando esos grupos inferiores (mujeres, esclavos) tomar la virtud de la palabra se constituye un mejor estado, aspecto que las escritoras aquí mencionadas expresan en sus ensayos. Esto prueba claramente que la unión de todos los individuos resulta en una necesidad social en donde la palabra debe ser utilizada, concedida a todos por igual para que expresen el bien y el mal.

En cuanto al poder que según Aristóteles se le confiere al hombre, con esto él tiene / puede adquirir bienes y gobernar a aquellos seres que le son inferiores a su condición de hombre. He aquí donde se plantea la inferioridad de la mujer respecto al hombre. Para Aristóteles, la mujer no es una esclava, pero al ésta ejercer tareas domésticas como los esclavos está en la misma condición del esclavo, la de obedecer (*The Politics* 142). En otras palabras, la mujer que pertenece a las naciones bárbaras, naciones que por naturaleza son esclavas, carece de respeto y de libertad, y, por ende, es esclava (*The Politics* 142). No obstante, Aristóteles reconoce que la “woman is not nearly so far below man as the natural slave is below his master” (*The Politics* 142). Pero esto no cambia el hecho de que la mujer siempre esté subordinada al hombre, porque ante sus ojos la mujer es inferior y debe obedecer al que constituye las leyes. Debido a esta inferioridad designada a las mujeres y que más adelante es igualmente planteada por la iglesia se les limita a éstas. Descritas como débiles a causa de su sexo, para los hombres carecían de confianza y eran incapaces de pensar lógicamente. Es por ello que no podían ejercer ningún cargo político, no podían tener bienes y estaban inmersas contextualmente en el grupo de los esclavos, y los niños. Y

como cosa natural, según Aristóteles, las mujeres debían servir a los hombres y a los hijos.

Consecuentemente, en las leyes monárquicas o gubernamentales, las mujeres poseen como derecho de ser las historiadoras, de comentar las hazañas de su esposo (Aristóteles *Politics* 219). Por lo que la ley respecto esposo a esposa es una constitucional, aunque ésta sea más sabia o prudente. Lo que difiere entre estos es el alma (the soul) y cómo estos hacen uso de su parte espiritual y de sus deseos. En este respecto tenemos que el alma posee tres partes, una que es la parte racional o pensadora, la segunda que es la apetitiva y la última que es la nutritiva o vegetativa (Aristóteles *The Politics* 159). La primera pertenece a los hombres, la segunda y la tercera corresponden a los animales y la tercera a las plantas. Dentro de la parte racional hay otras dos partes, la cognoscitiva y la que reflexiona u opina, en donde la parte especulativa tiene un conocimiento breve y sin importancia (Aristóteles *The Politics* 159). Con esto en cuenta, tenemos que el hombre es el que tiene la primera parte del alma, la cognoscitiva y los otros seres (mujeres, niños y esclavos) poseen la especulativa. Aunque la mujer según Aristóteles tiene la facultad de deliberación, ésta no tiene la misma autoridad y los niños igualmente la tienen, pero de forma ignorante (Aristóteles *Politics* 35). Por tal motivo, estos deben obedecer al hombre porque posee los valores éticos y morales que constituyen el sistema gubernamental. En fin, “One kind of courage is concerned with ruling, the other with serving” (Aristóteles *Politics* 36).

Si tomamos en cuenta la filosofía aristotélica, vemos que ésta no ha cambiado para nada en el siglo XIX en el Caribe hispánico. El hombre gobierna sobre toda criatura inferior y establece las leyes respecto a la tierra que administra. La mujer no posee derechos, sólo obligaciones ante el hombre. Y en cuanto a la política, aún hoy día, las mujeres siguen marginadas y con poco acceso, o ninguno, para influir sobre la política de sus respectivos lugares de procedencia. Se les ha adjudicado roles que la limitan al espacio doméstico. Se les silencia y margina, pero éstas con muchos años de lucha y sacrificio han conseguido cierta igualdad y derechos. Como resultado, muchas de ellas pueden estudiar, votar y trabajar asalariadamente. Con su liderato contribuyen al resto de la sociedad. Pero, ¿cómo pudieron las mujeres salir de la marginalidad colonial? ¿Le ha sido fácil ser líder en el mundo caribeño? Son muchas las respuestas

y son insuficientes las fuentes sobre esto. Para sacarlas del anonimato, veamos por islas los acontecimientos que acaecieron las mujeres. De ahí ver en los ensayos de las escritoras seleccionadas para rehacer sus conocimientos del momento histórico que vivieron.

Para hacer un recuento de la participación de las mujeres en la política dentro del panorama de la isla de Cuba, éste se remonta a la era precolombina en el que las mujeres taínas, descendientes de los aruacos y que habitaban las tres islas, formaban una parte esencial de sus tribus. Según Lourdes S. Domínguez, éstas recibían el derecho a gobernar debido a que el poder político era transmitido por herencia. A más de esto, añade que según investigaciones de Sued Badillo “En la vida económica fue predominante su actividad ya que tuvo a su cargo tareas imprescindibles en la producción, sobre todo en las faenas agrícolas [y además] la mujer aruaca [fue] considerada como un segmento del poder tribal” (Domínguez N. pag.). Por consiguiente, la sociedad caribeña de aquel entonces era una matrilineal. Se desconoce cuáles dominaron la isla de Cuba, aunque en la mitología aborígen cubana se menciona a Guanaroca (madre de los primeros hombres) y Jagua (madre de las primeras mujeres). En cuanto a la República Dominicana como en Puerto Rico, hay constancia de aquellas que tuvieron un fuerte carácter político.

Entrada ya la época colonial en la isla de Cuba, históricamente, las mujeres que eran parte de las clases privilegiadas tenían una vida distinta a aquéllas que eran menos afortunadas. Así lo afirma Teresa Prados Torreira al mencionar que las cubanas de familias adineradas “tenían esclavos y criados que se ocupaban de las tareas domésticas” (249). En este caso se presenta la diversidad que había en aquel entonces que se manifiesta a través de la raza, clase, condición socioeconómica, entre otros. Las mujeres adineradas o denominadas como mujeres de clase noble tenían privilegios de tipo cultural frente a las otras mujeres de clases inferiores. Las mujeres nobles o burguesa estaban alejadas del espacio público de la política (aunque hay ciertas excepciones históricas), pero se les permitía tener en el menor de los casos un tutor, aprender a leer y a escribir, y a acercarse a la nueva cultura. En muchos casos éstas escribían poemas, cartas, pero los otros géneros literarios eran dados más a los hombres. Con esto se acentuaban las diferencias sexuales porque las mujeres sólo

estaban capacitadas para ejercitar un poco su conocimiento, pero no del todo para que no aspiraran otras cosas que no fueran el ser madre, esposa y mujer abnegada. En cuanto a las mujeres de las clases inferiores, fueran éstas campesinas u obreras eran completamente despojadas del saber, del derecho a adquirir educación. Por ello, carecían del todo o poseían un grado ínfimo sobre las letras. Su única ley de vida era la de mantener el bienestar del hogar, cuidar de sus esposos e hijos, y, cuando se le permitía, trabajar como doméstica en alguna casa de alguna de las mujeres nobles. Pero al llegar el momento de la revolución no hubo distinción entre las mujeres, y las cubanas adineradas participaron junto a las mujeres obreras y campesinas “a pesar de su marginalización política” (Prados Torreira 249).

El protagonismo de la mujer en la lucha por la libertad se remonta a siglos pasados en la Cuba colonial. Si pensamos en el siglo XVI, en los albores de la conquista y colonización española, hubo revueltas indígenas cuyo fin primordial era la libertad y la independencia. Exterminados los indígenas, fueron sustituidos por los esclavos negros de África. Muchos de éstos igualmente lucharon por su libertad y en muchos de los casos huyeron a las montañas por no seguir en la esclavitud. De este grupo, formado tanto por hombres como por mujeres, surgen los denominados negros cimarrones de entre los cuales había hombres y mujeres. Una de ellas, según Acela Caner Román en su artículo “Mujeres cubanas y el largo camino hacia la libertad...”, “Carlota [...] se sublevó el 5 de noviembre de 1843 [y] dirigió la rebelión que logró extenderse por la provincia de Matanzas a las dotaciones de los ingenios Ácana, Concepción, San Lorenzo y San Miguel y numerosos cafetales y fincas ganaderas.”

Aunque muchas veces las revueltas no tuvieron resultado, las esperanzas de libertad siguieron con el pasar de los años y fueron más fuertes durante el siglo XIX. Las mujeres, como siempre, sólo podían expresarse limitadamente. Éstas para poder participar activamente tuvieron que enfrentarse a los reglamentos establecidos por el gobierno. Acela Caner Román afirma que entre las ordenanzas el Gobierno Superior de la Isla de Cuba se apelaba que

La mujer debía conocer y realizar todos los quehaceres domésticos, por mucho que las favoreciera la fortuna y después de la observancia de las reglas de la moral, debían de ser estas las ocupaciones más imperiosas de la mujer. Esta

debía ser inculcada desde las primeras épocas de la vida y todo lo que aprendieran las niñas en otras ramas de la enseñanza, debía presentárseles como adornos más o menos agradables.

Estando en contra de esta ley, en 1820 Enriqueta Faver cambió su nombre a Enrique Faver para ejercer su posición de médico cirujano, pero “se le retiró deshonorosamente su condición de médico al comprobarse que era mujer” (Caner Román). Igualmente, hubo otras mujeres que tuvieron tutores particulares o fueron autodidactas porque se les negaba su asistencia a las escuelas, como fue el caso de Gertrudis Gómez de Avellaneda y Luisa Pérez de Zambrana (Caner Román). En conformidad con lo antes mencionado Caner Román señala que la doctora María Dolores Ortiz realizó una investigación en la que ilustra que las mujeres no tenían libertad durante la etapa colonial y, por ende, no disfrutaban del derecho a la educación, aspecto que hablaremos con mayor detenimiento en el próximo capítulo.

En cuanto a la participación de la mujer cubana en los enfrentamientos por la independencia ocurridos en 1868, tenemos que “por primera vez en Cuba, se escuchó una exigencia de derechos para las mujeres cuando se leyó la carta que Ana Betancourt de Mora dirigiera a los principales jefes de la guerra independentista” (Caner Román). En la misma Betancourt de Mora reclamaba lo siguiente,

Ciudadanos: la mujer cubana en el rincón oscuro y tranquilo del hogar esperaba paciente y resignada esta hora sublime en que una revolución justa rompe el yugo y le desata las alas. Aquí todo era esclavo, la cuna, el color y el sexo. Vosotros queréis destruir la esclavitud de la cuna peleando hasta morir. Habéis destruido la esclavitud del color emancipando al siervo. ¡Llegó el momento de libertar a la mujer! (Caner Román)

Durante el tiempo que las mujeres pidieron su emancipación, se dio la Guerra de los Diez Años, en la cual muchas mujeres se unieron valientemente. Ejemplo de esto son las conocidas mambisas. Las mambisas eran “mujer[es] que no pedía[n] nada para sí misma[s]; [...] dedicada[s] a su familia, pero que en última instancia estaba[n] dispuesta[s] a sacrificarla por una causa mayor: La Patria” (Prados Torreira 255). Prados Torreira alude a la dificultad de “desentrañar el enigma de las mambisas” (249), debido a la escasez de textos que demuestren su labor imperiosa por la patria. La

visión de éstas es más un relato, un comentario histórico de los hombres de aquella época, el cual está matizado por ideas “del nacionalismo quasi-religioso del periodo que convierte a las mujeres rebeldes en personajes acartonados y rígidos, llenas de virtud espartana” (Prados Torreira 249). Es indiscutible que la guerra cambió la vida de todas las mujeres cubanas. Aquellas que eran pudientes y cuyos esposos y/o familias eran parte del comité revolucionario tuvieron que desprenderse de su vida confortable y pasar a una precaria. Ese fue el caso de Concha Agramonte, y de Josefa de Agüero, entre otras. Éstas igualmente se vieron afectadas no sólo cómo vivían, sino también religiosamente ya que éstas eran ardorosamente católicas. La iglesia católica modelaba la vida de las mujeres, pero a un mismo tiempo favorecía el poder colonial. Es así como Prados Torreira confirma que “los miembros del clero no simpatizaron con el movimiento anticolonial, sino que se mantuvieron en una posición difícil” (251). Éstos violaban el secreto de confesión y denunciaban a las autoridades españolas la posibilidad de levantamientos en el pueblo (Prados Torreira 252).

De manera similar, aparece la figura de Bernarda Toro de Gómez, esposa de Máximo Gómez. Unida directa e indirectamente en la revolución, Bernarda Toro “sufrió todas las consecuencias negativas del liderazgo de su marido en las filas insurrectas: vida en la manigua, prisión, exilio y pobreza” (Prados Torreira 254). Se dedicó inmensamente a las fuerzas rebeldes hasta el punto de rechazar ayudas para sus hijos. Es más, “Recibió también alabanzas por no agobiar a su ilustre marido con celos mezquinos y haber reconocido que, a pesar de las apariencias, dado que a él se le conocieron un buen número de amantes, era ella su verdadero amor” (Prados Torreira 255). Esto hizo que se le considerara como la mambisa ideal. Curiosamente, el hecho de que fuese una mujer que no creyera, o mejor dicho, que no hiciera caso a las habladurías de la gente respecto a si su esposo o no tenía amantes es lo que la hace la mambisa ideal. El adulterio tanto en el ámbito social como religioso ha sido definido como una acción en la que una de las partes, sea el esposo o la esposa, falta a sus compromisos matrimoniales. Si se observa, durante esa época las ideas fundamentales estaban regidas por la iglesia y el adulterio era visto más de parte de las mujeres y no de los hombres. Por ello, la normativa social que rige el adulterio determinaba que los hombres tenían derechos de propiedad sobre las mujeres. En el mayor de los casos,

los hombres faltaban a los otros hombres y no a sus esposas. No obstante, dicha infidelidad por parte del esposo ante la esposa no era considerada una traición, y mucho más el adulterio cumplía con uno los grandes valores morales, el perdonar. Por tanto Bernarda Toro en vez de demostrar vanidad y orgullo de afectada, demostró gran aplomo y diplomacia.

Hubo otras mujeres que colaboraron en la revolución y que igualmente fueron conocidas como mambisas. Este fue el caso de Mariana Grajales. Ella representa la madre revolucionaria debido a que dio a la guerra todos sus hijos. Por otro lado, Luz Vázquez fue otra guerrillera que debido a su hermosura “inspiró la canción ‘La Bayamesa’, que más tarde con una nueva letra se convirtió en símbolo de la causa independentista y en el Himno Nacional de Cuba” (Prados Torreira 255). En el caso de Candelaria Figueredo, tenemos que fue su padre “Perucho” Figueredo, líder revolucionario, quien la introdujo a las ideas de insurrección. Ella fue la abanderada de la revolución. “Esta combinación de una identidad revolucionaria, definida a través de los lazos con un pariente masculino y, al mismo tiempo, una firme determinación de ser parte de la rebelión es lo que caracteriza al papel activo de la mujer como su espíritu de sacrificio, y definía a esta como un ser cuya principal misión es recordar a los hombres sus obligaciones” (Prados Torreira 257).

De igual manera aparece Manuela Cancino, cuyo padre fue un líder cubano revolucionario. Tanto ella como sus hermanas “se casaron con oficiales del ejército” (Prados Torreira 257) y estuvieron ligadas a la revolución. Otra cubana, Rosa Castellanos de Bayamo, fue distinta a las otras por su condición social. Ésta fue una esclava emancipada que también batalló en la Guerra de los Diez Años. Fue valiente y de gran importancia debido a su conocimiento de plantas medicinales (Prados Torreira 265). Referente a este rango de enfermera, hubo otras mujeres que del mismo modo aliviaron y curaron a los heridos durante la guerra. Para esos años aparece la figura de Isabel Rubio. Ésta junto a un grupo de mujeres instruidas por ella estableció un hospital ambulante (Prados Torreira 265).

Por otro lado, Marta Abreu se interesó por las reformas sociales. Tras obtener su fortuna, trabajó por ayudar a sus vecinos. “Abreu creía firmemente que el medio social en el que vivía una persona tenía un efecto determinante en su carácter moral” (Prados

Torreira 261). Por ello, se dedicó a crear escuelas, hospitales y otras instituciones cívicas, pero siempre bajo anonimato. Igual a Abreu, acaecieron otras mujeres que por miedo a represalias sociales o familiares no se animaban a dar sus nombres. Muchas de ellas trabajaban disfrazadas como hombres, escribían o creaban obras que firmaban con un seudónimo o que las publicaban bajo la firma de algún hombre de la familia. Se puede pensar que el miedo, las circunstancias o la naturalidad de su sexo impulsó a muchas mujeres a no exhibir sus obras, pero aquellas que así lo hicieron, bajo un seudónimo o, en el menor de los casos, con su nombre, contemplaban las reacciones de los hombres. De seguro muchas de las mujeres para protegerse y defenderse tuvieron que pasar por innumerables condenas y ofensas. Sin duda, un gran número de mujeres habrán quedado ocultas, anónimas, tras disfraces y nombres, pero ha habido otras que demostraron que ellas no poseen ningún grado de inferioridad.

Como vemos, tanto madres, esposas, hijas u otras no relacionadas estrechamente

[...] se vieron arrastradas por el conflicto. Pero su labor fue más lejos [...]. Con su participación en la guerra de independencia, las mujeres de Cuba descubrieron una nueva arena de acción, un nuevo nivel de conciencia. La lucha contra el poder colonial las radicalizó. La guerra posibilitó que muchas mujeres hasta entonces al margen del proceso político pudieran desempeñar un papel activo. (Prados Torreira 261)

Ese fue el caso de Clemencia Arango, Rosario “Violeta” Bolaño y su hermana Isabel “Azucena”. Ellas contribuyeron con destrezas domésticas, como coser, cuidar de los heridos y cocinar. Pero más importante fue su participación como emisarias y conspiradoras de la revolución. Muchas otras mujeres formaron parte de la nueva política. Éstas pertenecieron a clubs revolucionarios, pero aún así carecían de libertad, pues si eran descubiertas podían ir a la cárcel (Prados Torreira 263). Su activismo era a través de actividades familiares, como coser, preparar comida, curar enfermos, etc. O sea, no iban más allá de sus quehaceres domésticos, aunque en ocasiones algunas de éstas “eran tan atrevidas que robaban armas de los soldados españoles” (Prados Torreira 263). Con el transcurso del tiempo, estos puestos les permitieron tener mayor responsabilidades y ser reconocidas como jefas locales y, en otras ocasiones, “llegaron

a desempeñar un papel militar en el Ejército Rebelde, peleando al lado de los hombres” (Prados Torreira 264). Ejemplo de esto son María Aguilar (afro-cubana), María Hidalgo, Catalina Valdés, Trinidad Lagomasino, Luz Palomares y Paulina Ruiz.

De la misma manera que un gran número de mujeres participó en la revolución, hubo otras que influenciaron en el ideario político. Un ejemplo fue Ana Betancourt que “escribi[ó] panfletos revolucionarios y ayudaba a su marido a editar y distribuir el periódico rebelde *El Mambí*, llegando a ser más adelante en (sic) su única redactora (Prados Torreira 266). Sus palabras fueron inspiración durante la revolución. Indistintamente, hizo un discurso en 1869 que es considerado una de las primeras declaraciones feministas en Latinoamérica a favor de las mujeres, en este caso las mujeres cubanas (Prados Torreira 267). En el mismo pedía el derecho al voto para las mujeres solteras o viudas mayores de veinticinco años. En su discurso presentaba lo siguiente,

Ciudadanos:

La mujer cubana en el rincón oscuro (sic) y tranquilo del hogar esperaba paciente y resignada esta hora sublime, en que una revolución justa rompe su yugo, le desata las alas. Todo era esclavo en Cuba: la cuna, el color, el sexo. Vosotros queréis destruir la esclavitud de la cuna, peleando hasta morir si es necesario. La esclavitud del color no existe ya, habéis emancipado al siervo. Cuando llegue el momento de libertar a la mujer, el cubano que ha echado abajo la esclavitud del color, consagrará también su alma generosa a la conquista de los derechos de la que es hoy en la guerra su hermana de caridad, abnegada, que mañana será como fue ayer, su compañera ejemplar. (Prados Torreira 267)

Pero como todas las mujeres que participaron de la revolución fue encarcelada y exiliada, y su propuesta no fue aceptada. Otra que intentó difundir sus ideas fue Edelmira Guerra, creadora de la organización “Esperanza del Valle.” Igual a Betancourt, su deseo para la nueva Cuba incluía la educación libre para todos sin importar edades y el derecho al voto para las mujeres y, del mismo modo, sus acciones fueron denegadas (Prados Torreira 268). Por su parte, Aurelia del Castillo expresó sus ideales político-culturales, en los que fomentaba que “la fuerza física del hombre le había dado una autoridad injusta sobre las mujeres” (Prados Torreira 269).

Y, como muchas otras, fue exiliada. Dichas limitaciones hicieron de la mujer “una criatura hipersensible, que como educadora, transmitía a sus hijas nada más que preocupación excesiva, higiene absurda y miedo a la innovación de la que ella sería la primera en beneficiarse” (Prados Torreira 269-70).

Curiosamente, la vida de estas mujeres fue contradictoria. A pesar de que muchas de ellas eran estimuladas a participar por y en la revolución, se les impedía que pensarán más allá de lo que ellas realmente podían, o, mejor dicho, debían. Todo esto se debe a que no importase cuál fuera su posición éstas debían proyectar femineidad y continuar con su condición de ente pasivo y subordinado. Así lo afirma Prados Torreira al decir que “El fantasma de ‘la liberación de la mujer’ enervaba hasta los nacionalistas de ideas más avanzadas” (270). Como era el caso del pensador cubano José Martí. Éste comentaba sobre las mujeres norteamericanas que se inclinaban por la igualdad que al educarse sus hijos eran descuidados, egoístas y débiles (Prados Torreira 270). Por lo que para Martí, esto infligía “la desintegración de la felicidad doméstica y de la fibra moral de la sociedad una vez que la mujer se incorpora al mundo del trabajo” (Prados Torreira 271). Armando Guerra en *Martí y la mujer* comenta al respecto, “La influencia de la mujer en los asuntos y negocios de la República está creciendo con singularidad, mientras que la salud de la casa y la santidad de la existencia disminuye visiblemente” (29-30). No obstante, Martí, al igual que tantos otros hombres, distinguía a la mujer como algo bello, sensible, inocente, lo angelical de la casa (Guerrero Espejo 126). “Dice Martí, no han sido los hombres sino ‘el Todopoderoso’ el que ha hecho a la mujer para el servicio de aquéllos” (Guerrero Espejo 134). Contradictoriamente a lo que pensaba, Martí indistintamente “apoyaba el derecho de la mujer al voto” (Prados Torreira 271). Asimismo la elogiaba y decía que “la mujer de Cuba [debido a] que sabe más de la virtud que el hombre, debe tener el mismo derecho a votar que el hombre tiene” (Guerra 26). Esa virtud femenina, que Martí se refiere, es un argumento que algunas mujeres, e incluso algunas de las ensayistas aquí estudiadas, utilizan para reivindicar su identidad como mujeres dentro de la sociedad patriarcal caribeña. Si se piensa en el momento histórico que cubre esta investigación, siglo XIX y principios del XX, las mujeres recibían una educación que estaba fundamentada en la formación del carácter, del corazón, de los buenos

modales, de cómo ser una buena madre y esposa. En cuanto a las mujeres negras o las mujeres de la clase social pobre no tenían instrucción, pero las mujeres de las familias adineradas y burguesas adquirirían algunos conocimientos sobre las artes y las letras (la poesía) para destacar su feminidad. A lo largo de los años, aquellas mujeres que recibieron alguna instrucción optaron defender su lugar dentro de la sociedad. Para ello, moldearon su discurso a través de la imagen ideal de su feminidad, a través de las mismas virtudes que los hombres les han otorgado. Esta virtud femenina es la que Gertrudis Gómez de Avellaneda, Dulce María Borrero de Luján, Lola Rodríguez de Tió y Luisa Capetillo²² utilizan para reivindicar el derecho a penetrar los espacios públicos reservados a los hombres. Con la representación e interpretación de las virtudes fundamentado en la moral cristiana, estas autoras, al igual que otras mujeres, indagan, interpretan su situación como mujeres, piden igualdad de derechos y abordan su singularidad como mujeres.

En general, la identidad cubana se creó durante el siglo XIX mientras ocurrían las revueltas en contra del colonialismo español. Antonio Álvarez Pitaluga asevera al respecto, “Nuestra cultura mambisa es el punto de partida de uno de los hitos esenciales en la formación de la nación cubana: el nacimiento y desarrollo de una cultura por y para la revolución. Desde la madre revolución del 68.” Igualmente, durante todo el periodo bélico, las mujeres participaron activamente y, conjuntamente, la revolución no hizo distinción de origen social. Todos eran partícipes de la misma. También, “es importante señalar que la pasión y determinación de la mujer indican una decidida conciencia nacionalista” (Prados Torreira 274-75). Se desarrollaron idearios sociopolíticos con los cuales ahondaron más los deseos por la libertad. El trabajo de las mujeres en la guerra sirvió de transformación. Vistas ellas como seres pasivos, supieron sacrificarse y con o sin reconocimiento: “La lucha contra el poder colonial aportó también a la mujer cubana una nueva conciencia de su poder como agente histórico” (Prados Torreira 275).

Del mismo modo, las mujeres en Puerto Rico no diferían de las mujeres cubanas. A lo largo de la historia, éstas han luchado intensamente para obtener el lugar que tienen en la sociedad actual. Como todas las mujeres, las puertorriqueñas anhelan razonar su pasado, aportar al presente e inclinarse hacia el futuro.

La inclusión de las féminas en Puerto Rico se remonta al momento antes de la conquista de la isla (Borinquen). Uno de los historiadores de la época de la conquista y colonización, Gonzalo Fernández de Oviedo, las mencionó en sus crónicas *Sumario de la natural historia de las Indias*. Las crónicas junto a hallazgos sobre la civilización taína son medios que constan cómo éstos vivían. Los taínos no poseían escritura alguna, sólo tenían la tradición oral, con la cual cantaban los acontecimientos de sus antepasados en forma de areitos. Sobre los mismos, De Oviedo indica que

digo que el areito es de esta manera: cuando quieren haber placer y cantar, júntase mucha compañía de hombres y mujeres y tómanse de las manos mezclados, y guía uno, y dícenle que sea él el tequina, *id est*, el maestro; y este que ha de guiar, ora sea hombre, ora sea mujer, da ciertos pasos adelante y ciertos atrás, a manera propia de contrapás, y andan en torno de esta manera, y dice cantando en voz baja o algo moderada lo que se le antoja, y conierta la medida de lo que dice con los pasos que anda dando; y como él lo dice, respóndele la multitud de todos los que en el contrapás o areito andan lo mismo,...; y túrales tres y cuatro horas y más, y aún desde un día hasta otro, y en este medio tiempo andan otras personas detrás de ellos dándoles a beber un vino que ellos llaman chicha[...]. (49-50)

También las mujeres taínas tenían como tradición la familia matrilineal. Edna Acosta Belén alude al respecto, “In the Taino social structure, women had access through maternal, paternal, or marriage ties to the highest political post, that of chieftain” (1). Hace referencia al texto *La mujer indígena y su sociedad* de Jalil Sued Badillo en el que alude a la participación de la mujer taína en la estructura social. Entre las taínas que fueron conocidas como cacicas estaban Anacaona, Inés de Cayacoa, Higuana de Higüey, Yuisa o Luisa, Guayerbas de Otoao, Yayo y Catalina en Caguas (1-2). A más de esto, Acosta Belén nos indica que “Taino women, as well as men, were taught to handle weapons, and also fought in battles during war” (1). Como vemos, en este momento histórico la mujer formaba parte activa de la comunidad taína, pero este aspecto cambió con la llegada de los españoles y la religión católica a la isla.

Con la llegada de los conquistadores, tanto los hombres como las mujeres taínos son esclavizados y designados a otras labores distintas a la de su diario vivir. Se

les subyuga hasta en el ámbito religioso ya que hacen que renuncien a sus creencias religiosas y adopten la cristiandad (Acosta-Belén 2). Al morir los taínos, llegan a la isla los esclavos negros de África. Con la llegada de éstos siguen en la isla las acciones esclavizadoras y de dominio sobre aquellos que no poseen el poder. Las mujeres por su parte son doblemente esclavizadas al ser sometidas a las tareas domésticas y del hogar. A su vez, son objetos sexuales por parte de los propietarios de las fincas y/o haciendas en Puerto Rico. En cuanto a las mujeres españolas venidas a la isla, éstas también sufrieron subordinadas y, con el pretexto de cristiandad, continuaron bajo el poder del hombre.

Con el levantamiento de núcleos urbanos en Puerto Rico, la disposición real española era la que dominaba. No es hasta entrado ya el siglo XIX que “comienza a tomar forma la conciencia colectiva puertorriqueña que apuntaba ya, en etapa embrionaria, desde la centuria anterior” según lo señala Josefina Rivera de Álvarez (23). Asimismo, comenta que la invasión napoleónica en España ocasionó la unión de peninsulares y criollos, y, con esto, en “1812 la metrópoli concede participación política a sus colonias ultramarinas” (23). Y añade, “Los altibajos que sufre en la Península el liberalismo y la indecisión e indefinición del gobierno central respecto del tratamiento que habría de dispensar a sus últimas colonias americanas, dejan a Puerto Rico al arbitrio y capricho de la larga sucesión de capitanes generales, despóticos los más de ellos, que nos rigen durante la centuria” (24). La isla correspondientemente dependía de una economía agrícola y su sociedad estaba dividida en clases sociales y por razas (Jiménez de Wagenheim 11). Por lo que la situación diaria era una de privaciones e intolerancia política tanto para hombres como para mujeres, pero éstas últimas “sufrían además la falta de oportunidades educativas, el régimen del patriarcado, y el constante condicionamiento promovido por la Iglesia Católica a través de mitos religiosos” (Jiménez de Wagenheim 11). A pesar de eso, había distinción de clases sociales entre las mismas mujeres. Unas pertenecían a las campesinas, otras a las urbanas, otro grupo era de la clase pobre y, un último grupo, de la clase acomodada. Por raza se distinguían las criollas blancas de las mulatas y las negras. Por lo que según fuese el caso unas dominaban sobre otras. Históricamente, esta condición de dominación entre las mismas mujeres se daba por la condición racial y económica, y que, a su vez, no

cumplía con los mitos de la feminidad diseñada a través de la blancura. Las mujeres urbanas y las mujeres de clase acomodada debido a la cultura aprendida de la sociedad patriarcal apoyaban las diferencias raciales al tener mujeres negras o de la clase pobre como empleadas domésticas en sus casas. Por ello, este espacio privado en donde se realizaban los roles de madre y esposa, las mujeres blancas de la clase acomodada, burguesa o urbana eran la esencia de lo femenino. Se menospreciaba a las mujeres pertenecientes a los grupos denominados inferiores (pobres, campesinos, esclavos). Debido al empleo de las mujeres negras o de la clase pobre, este grupo de mujeres carecía de derechos, de educación y de elevarse a la altura de las demás. Esta condición de pertenecer a la clase más inferior de la sociedad no sólo las marginaba históricamente, sino también socioeconómico y culturalmente. Pero es esa subordinación que hace que estas mujeres negras o mujeres pobres construyan su identidad a través de su esfuerzo, su trabajo y su experiencia, realzando con esto la cultura. Este aspecto de diferenciación es también visible en la literatura de cinco de las seis escritoras seleccionadas en este estudio de investigación. Gómez de Avellaneda, Borrero de Luján, Rodríguez de Tió, Ureña de Henríquez y Henríquez Ureña pertenecen unas a la clase criolla, otras a la burguesa o adinerada de las tres islas. Dentro de su discurso hay exclusión del grupo de las mujeres pobres, campesinas o esclavas; distinto a Capetillo que no excluye a ningún grupo.

Lo cierto es que muy a pesar de la condición de subordinación de unas sobre otras, todas eran vistas de la misma manera ante los hombres. Por tanto, “[era] inconcebible para muchos pensar que la mujer puertorriqueña tuviera un desarrollo de carácter político” (Rosario Rivera 19). Si ésta pensara siquiera era una violación a cualquier orden establecido, pues no podían crear conciencia. Ante esta imposibilidad socio-política de la isla aparece María de las Mercedes Barbudo, la primer “mujer poco común, de una sólida educación, de mente amplia y dispuesta a romper con los cánones impuestos por las sociedades de aquellos tiempos” (Rosario Rivera 19). De acuerdo a investigaciones de Olga Jiménez de Wagenheim, en 1824 Barbudo fue internada en el Morro por “[conspirar] en contra del gobierno español” (16). “Según los informes oficiales, esta mujer se dedicaba a fomentar la revolución entre la juventud de San Juan al repartir la literatura incendiaria que recibía desde Venezuela” (16). Lo

cierto es que después de ser enjuiciada, fue exiliada y “nunca más regresó a Puerto Rico” (16). De esta fecha hasta mediados del siglo XIX se desconoce si hubo otras mujeres envueltas en las labores políticas. Sin embargo, según nos indica Edna Acosta-Belén, “by the second half of the nineteenth century, the idea of women’s emancipation began to be discussed by a liberal, intellectual elite of the creole hacendado class who also advocated the emancipation of slaves and the independence of the country from the Spanish bond” (3).

Con la planificación del Grito de Lares en 1868 surgen otras féminas de igual, mayor o menor ideal de revolución que Barbudo. Muchas mujeres, igual que otras tantas en Cuba durante ese mismo tiempo, se unieron a los hombres en contra del régimen español. De entre algunas de ellas se reconocen las figuras de Mariana Bracetti, Francisca Brignoni, Eduviges Beauchamp, las hermanas Serrano, Rosa Medina de Font, Ana Pumarejo, las Brugman y Arroyo (Jiménez de Wagenheim 17). También hubo jornaleras que se unieron a la revolución y escritoras de la época, como es el caso de Lola Rodríguez de Tió. Ésta escribió la danza en 1868 “La Borinqueña” con el fin de incitar a la rebelión contra España, convirtiéndose en el himno revolucionario, que todavía hoy sigue vigente en las actividades nacionalistas e independentistas de la isla. De acuerdo a investigaciones de Luis R. Negrón Hernández en su artículo “Lola Rodríguez de Tió una vida dedicada a la patria,” Lola nunca se cansó “en denunciar el gobierno despótico colonial en la Isla y propagar los ideales revolucionarios, por lo que fue perseguida durante toda su vida por las autoridades policíacas”.

Durante ese tiempo de levantamiento en contra de las fuerzas españolas, hubo grupos de mujeres educadas que abogaban por los derechos de la mujer burguesa y otras por la de toda mujer. Para el año 1850, se creó el primer periódico para las mujeres, igual al *Album de lo bueno y lo bello* de Gómez de Avellaneda en Cuba, titulado *La Guirnalda*. El propósito de éste era intercambiar ideas relacionadas a la maternidad y al matrimonio, y, al mismo tiempo, interceder a favor de la educación para las mujeres puertorriqueñas. Hubo también revistas tanto a finales del siglo XIX y principios del XX, como *La mujer*, *La evolución* y *La mujer en el siglo XX*, que

suscitaron “los derechos femeninos y el sufragio para las mujeres” (Vélez Camacho 11).

De igual manera señala Myrna I. Vélez Camacho “Las ideas sobre el progreso de la mujer llegaron a Puerto Rico de la mano de varios intelectuales puertorriqueños y españoles de avanzada como; Eugenio María de Hostos, Salvador Brau, Alejandro Tapia y Manuel Fernández, quienes defendieron la educación de la mujer como indispensable para el cambio de su posición social en desventaja” (7). Asimismo lo afirma Edna Acosta-Belén cuando dice que estos intelectuales solo querían favorecer a la mujer para que, a través de su participación en la sociedad, contribuyeran en el progreso de la misma (3). Es por ello, que la mujer vio en el Grito de Lares una promesa de emancipación ya fuese de sus padres, maridos o de la misma sociedad en la que vivían. Y a la vez, al estar envueltas en los ideales políticos, esto las hacía pensar, plantear ideas de libertad para ellas y para todos los seres humanos. Desafortunadamente, el Grito de Lares no triunfó en Puerto Rico. Varios de los partidarios políticos asidos a la revolución fueron expatriados, otros se unieron a los cubanos en el Grito de Yara ocurrido un mes después en el mismo año. Por esta razón Olga Jiménez de Wagenheim afirma que “Tal vez el hecho mismo de que la revolución no triunfe hace que la lucha por la liberación femenina en Puerto Rico se estanque. Pues la condición colonial de ayer, como la de hoy, no ha hecho otra cosa que obligar a la mujer puertorriqueña a desatender su lucha para dedicarse a la otra lucha” (17-18). Con el pasar de los años de guerra entre caribeños y españoles se dio la Guerra hispanoamericana que suscitó en 1898. En la misma intervinieron las fuerzas armadas estadounidenses. He aquí que la historia del puertorriqueño y del cubano cambian, uno a seguir siendo colonia y el otro independiente, como mencionamos en el capítulo anterior. La situación tanto de hombres como mujeres cultural y socio-políticamente hablando dio un reverso magistral.

Con el Tratado de París de 1898 se termina la administración española y entra la estadounidense. Debido a esto, Puerto Rico pierde su carta autonómica de 1897 con la cual se daba un gobierno autonomista a la isla (Trías Monge 131). Por otra parte, Josefina de Álvarez comenta que “El lento y laborioso proceso de desarrollo político y cultural por el que, desde los comienzos del pasado siglo, venía pasando nuestro país,

quedó detenido por el momento ante aquel crucial y acontecimiento de la historia” (85). Sin duda alguna, hubo un sinnúmero de cambios gubernamentales que con el transcurso de los años se han creado reformas institucionales desde la adquisición de la ciudadanía norteamericana, multiplicación de escuelas, el derecho al voto a la mujer, y una mayor participación laboral femenina (Rivera de Álvarez 86).

Con el proceso acelerado de la economía en Puerto Rico, de una agrícola a uno industrial, las mujeres se integran al proceso industrial productivo de la isla. Éstas son empleadas en las fábricas donde realizan trabajos inferiores relacionados a los que diariamente confrontaban en sus hogares, ya sea costura, limpieza, etcétera. Es entonces que surgen uniones obreras de las cuales sobresalen Genara Pagán de Arce, Franca de Armiño y Luisa Capetillo (Vélez Camacho 9). Por medio de las uniones, las mujeres se involucraron más en el ámbito político al reclamar igualdad tanto en el trabajo y como seres humanos. A su vez, participaron en huelgas y manifestaciones sindicales. El derecho al voto, entrado ya el siglo XX (1932) no fue lo que las mujeres esperaban, aunque cuatro años más tarde María M. de Pérez Almirotty fuera la primera mujer electa al senado. Así lo hizo ver Ana Roque de Duprey debido a que las mujeres siguieron viviendo la misma condición subordinada (Valle Ferrer 41). En otras palabras, no importó que las mujeres fueran la mayoría de la población ya que los puestos gubernamentales estaban ocupados en su mayoría por hombres. Las mujeres siguieron relegadas a las tareas domésticas y vista como sumisa en donde sólo la supremacía de los hombres es la que importa.

En fin, no hubo mucha diferencia entre la igualdad por los derechos de las mujeres y la liberación de la isla de manos españolas. Ambos ideales se integraron. No obstante, las mujeres puertorriqueñas al igual que las mujeres cubanas continuaron por la lucha de igualdad ante la sociedad. A su vez, originó el cambio social y cultural isleño tan necesario para alcanzar metas e incentivar la transformación de la conciencia nacional.

De manera semejante las mujeres de la República Dominicana vivieron y viven subordinadas a la sociedad en la que viven marcadas tradicionalmente por el dominio patriarcal. Sin embargo, las huellas de algunas de ellas pueden encontrarse en documentos diversos dentro de textos dominicanos. Históricamente, según hallazgos

de Quisqueya Lora Hugi, “la mujer se coló en los documentos, [pero] no [opina] lo mismo de la historiografía, pues es allí donde han sido sistemáticamente inadvertidas” (82). Sin embargo, hay que añadir que Gonzalo Fernández de Oviedo menciona a las mujeres dominicanas de la era precolombina, a las indias taínas, y de entre ellas a una que fue cacica, Anacoana (23). Más adelante, describe cómo eran los hombres y las mujeres taínos de la isla (27), y cómo ambos eran parte de las ceremonias y costumbres de la isla, “así hombres como mujeres, son muy altos, y ellos y ellas frecheros” (41). Hubo otras que igualmente fueron conocidas, Higuanamá y Zameaca.

Dentro del acontecimiento del colonialismo, como todas las mujeres dentro del patriarcado, las mujeres dominicanas de generación en generación aprendían de sus madres cómo ser buenas amas de casa y ser sumisas, doctrinas impartidas por los cánones católicos desde la colonización. Es durante los tiempos de independencia que las mujeres dominicanas intervienen en los procesos políticos de la isla. Sin embargo, su labor era restringida a aquellas áreas dirigidas a las tácticas de guerra o a aquellas que eran arriesgadas. Puesto que la historia de la República Dominicana “ha estado marcado por los roles masculinos [aquellas mujeres que se incluyen] son principalmente las que han asumido este tipo de roles” (Lora Hugi 84). Dentro de la historia dominicana se reconocen tres tipos de mujeres, la heroica, la víctima y la etérea. Aquellas que pertenecen específicamente a la rama heroica son las que han aparecido esporádicamente en las páginas históricas obviando a las otras. Por otra parte, “Es notoria la ausencia de estadísticas sobre las mujeres hasta finales del siglo XIX” (Lora Hugi 86) porque los censos de la época sólo tomaban en cuenta a los hombres y no a las mujeres.

Durante los primeros años del siglo XIX, la República Dominicana vivió grandes cambios gubernamentales. Yendo de un dominio español a uno francés y viceversa, los habitantes tuvieron que adaptarse a diversas leyes coloniales, entre ellas el proceso de la esclavitud. En el momento de la Reconquista española, la mujer sufrió bajo los pensamientos religiosos en los cuales era vista como inferior tanto mental como moralmente (Lora Hugi 89). “La legislación castellana consideraba a la mujer incapaz de obligarse, de administrar y disponer de sus propios bienes. Debía tener el consentimiento expreso del tutor o marido” (Lora Hugi 89-90). Durante estos años

aparece la figura de Rosa Duarte, “hermana del Padre de la Patria” (Balaguer 106). Duarte “escribió unos *Apuntes para la historia de la isla de Santo Domingo, y para la biografía del general dominicano Juan Pablo Duarte y Diez*” (Balaguer 106). En este libro, se perciben los ideales separatistas que permeaban en aquellos momentos de revolución, los cuales sirvieron de inspiración a otros más adelante. Durante el dominio político haitiano en toda la isla, entre 1822 y 1844, las mujeres pudieron adquirir derechos civiles, no políticos. Lori Hugi afirma que “La mujer estuvo en capacidad de recibir y disponer bienes, así como contratar y realizar transacciones” (90). No obstante con la Constitución Dominicana de 1844, ésta “retornó a la discriminación vigente en la colonia española” (Lora Hugi 91).

Esos años de cambios de soberanía francesa y española despertaron en la mujer dominicana el pensar en ella misma y el revalorizarse dentro de la sociedad. Recordemos, los valores culturales hispánicos durante el siglo XIX estaban suscritos a los ideales católicos, en los cuales se veía a la mujer como la procreadora, la relegada a la crianza de los niños y la cuidadora del hogar. Por tanto, la mujer que prorrumpie en este tiempo vive una situación limitada política y socialmente. He aquí cuando las mujeres colaboran en conspiraciones políticas y participan en los combates. Entre las mujeres que lucharon por los derechos de ellas están María Belén Morales y Gerbasia Ventura. Una mujer que se distinguió durante este siglo fue Manuela Rodríguez Aybar, conocida como la Deana. Ésta poseía una pequeña imprenta con la cual publicaba sus versos, pero igualmente la utilizaba para publicar *El Grillo Dominicano*. Esta publicación servía para propagar los ideales independentistas de la época en contra del gobierno haitiano (Lora Hugi 109).

Ya a finales del siglo XIX, se restablece “la fe del pueblo dominicano en el progreso y en los ideales de perfectibilidad humana” (Balaguer 117). En el campo de la política se promueven “programas de reforma institucional y de regeneración colectiva, y en el campo literario, por medio de una poesía saturada de optimismo, de ansias civilizadoras, de altos ideales humanos” (Balaguer 117). Es aquí cuando aparece la figura de Salomé Ureña de Henríquez y otros escritores, de igual, mayor o menor grado, dentro de la literatura dominicana. Con el transcurso de los años, la mujer

empieza a tener una limitada participación tanto en el magisterio como en la vida intelectual.²³

Como se ha notado, durante el siglo XIX las tres islas, Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana, estaban en una constante pendencia por independizarse del sistema político español. España, desde los inicios de la colonización, intervenía en las islas a través de sus gobernantes y la estructura social era una agrícola. Con esto, hubo una división de clases sociales, en las que había autoridad entre ellos mismos según el nivel social al que pertenecieran. Por su parte, la iglesia católica era la que establecía los derechos civiles y morales de la sociedad, en los cuales se ponía en una situación de inferioridad a la mujer frente al hombre. Es por ello que la mujer en las tres islas tuvo pocas opciones y oportunidades. Muchas se dedicaron a las tareas domésticas, pero otras, a mediados del siglo XIX, decidieron encontrar su lugar en la conciencia de sus respectivos países. En cuanto a las mujeres en la República Dominicana, luego de la independencia de manos españolas y francesas, tuvo que enfrentarse a nuevas concepciones políticas resultado de los gobiernos posteriores. Sin embargo, para Cuba y Puerto Rico no es hasta el 1898 que consiguen su independencia de manos españolas por medio del Tratado de París, aunque históricamente, esto trajo un revés tanto para cubanos como para puertorriqueños. La situación política cubana ha tenido su circunstancia particular que llevó a la isla a la Revolución de 1959. En cuanto a Puerto Rico, tuvo una situación política más o menos precaria. Para 1952 se establece un Estado Libre Asociado y con ello la creación de tres partidos políticos.

La participación de las mujeres en las luchas políticas y sociales en el Caribe hispánico ha adquirido fuerza hasta el punto de demostrarse a sí mismas que con sus experiencias pueden combatir la discriminación. Dicha actividad política se visibiliza dentro de la ensayística escrita por mujeres tanto en el siglo XIX como a principios del XX. Ante esta situación, se coloca al sujeto subordinado, las escritoras, ante los límites de su discurso y se presenta cómo las mujeres son la imagen del otro, el sujeto inferior, desventajado. Ante esta situación, se forma la idea de identidad en la cual se cuestiona el espacio de la representación y la imagen confrontada con su diferencia. El espacio del otro se observa a través de la experiencia que está unido al discurso, a la escritura.

Las mujeres, el sujeto subordinado, representan la degradación y cuestionan al patriarcado.

Gertrudis Gómez de Avellaneda en su ensayo “La mujer” presenta cómo las mujeres han estado limitadas al lugar doméstico y enfatiza cómo éstas pueden desafiar los paradigmas femeninos de la época propuestos por la visión patriarcal y la iglesia. Aileen Schmidt en *Mujeres excéntricas. La escritura autobiográfica femenina en Puerto Rico y Cuba* indica que “La presencia de Gertrudis Gómez de Avellaneda, novelista, poeta, dramaturga y periodista – la más prolífica y conocida escritora hispana de su época –, marcó una excepción y una ruptura [al fundar] la revista quincenal *Album cubano de lo bueno y lo bello*” (78). Con esta publicación Gómez de Avellaneda “defendió las capacidades de las mujeres” (Schmidt 78).

Con este ensayo, Gómez de Avellaneda propone defender su posición como mujer y ser pensante. Comienza discutiendo la importancia que la religión le ha dado a la figura de las mujeres, la cual ha privado a éstas del “vigor intelectual y moral” (226) para sólo dejarle su implicación de delicadeza, debilidad y gran corazón. Esto es lo que recalca la autora al referirse a la imagen de María como espejo de las féminas, ya que de María se ha heredado el “heroísmo religioso” que hace contradecir toda postura creada por los hombres cuando se refiere a éstas como débiles. Ya en la segunda parte de su ensayo, Gómez de Avellaneda destaca las cualidades de carácter que han distinguido a las mujeres desde tiempos inmemorables. Alude a un grupo de féminas que por medio del poder del corazón han sobrellevado guerras, han administrado justicia y han guiado a pueblos enteros a la victoria. Por lo que las mujeres desde siempre han peleado por su patria ya sea como emisarios, guerreras o en contra de injusticias civiles. De igual manera, la fuerza de éstas sobrepasa lo espiritual y lo intelectual para así desplazarse al terreno de lo físico.

En la tercera parte de su ensayo, Gómez de Avellaneda se enfoca en la capacidad de las mujeres para ejercer funciones en el gobierno y la administración de intereses públicos. Así lo afirma al decir que “el sexo dotado privilegiadamente con la hermosura y el sentimiento, lo esté también con grandes cualidades de carácter” (228). Y añade que “Regir a los hombres es la más difícil de las empresas; regirlos bien es por consiguiente la más excelsa de las glorias” (229). En contraste, Gómez de

Avellaneda finaliza esta parte de su ensayo previendo que las mujeres sientan la necesidad de “probar no ya la igualdad de los dos sexos, sino la *superioridad del nuestro*” (229). Así muestra que la determinación de igualdad puede desplazar al otro, al sujeto y convertirlo en el otro, permitiendo que los límites y/o las fronteras entre el sujeto subordinado y el sujeto dominante se confundan. Con la afirmación anterior, vemos que Gómez de Avellaneda hizo una fuerte defensa de la mujer, pero a un mismo tiempo demuestra la sencillez con la que una mujer debe actuar. Las mujeres por más que sufran ante las inconformidades de la sociedad, deben desahogar lo vivido y dar paso a fecundas ideas sin romper el compromiso con los demás y con ellas mismas. Y al tener el pensamiento alerta y su predisposición a la superioridad afectiva, pueden canalizar cualquier situación a la que se enfrenten.

Asimismo, en el discurso “La fiesta intelectual de la mujer. Su actual significado; su misión ulterior” publicado el 7 de junio de 1935, Dulce María Borrero de Luján advierte que un pueblo vivo es aquel que escucha su corazón y si no lo hace “son muchedumbres yacentes que un simulacro de falso dinamismo mueve de un lado a otro como peles trágicas del Destino” (25). Por eso, hay una gran necesidad de conciencia, de escucharse a sí mismos para poder tomar decisiones. El año anterior a esta publicación, las mujeres cubanas adquirieron el derecho al voto, por lo que este discurso revaloriza la condición de las mujeres y cómo éstas pueden recobrar el derecho que se les había negado por años.

Dentro de su discurso, Borrero de Luján continúa diciendo que por miedo al cambio los cubanos se vuelven sordos, ciegos y “Por no hacer uso de nuestra capacidad electiva, morimos oscilando entre abismo y abismo” (27). Por lo que no hay necesidad de sucumbir en los estragos del pasado, pero si hay una necesidad de vivir en el presente, con deseos al cambio. Alude a la creación de nuevos pensamientos que son las alas para tomar mejores acciones. Menciona que de entre el ser humano, las mujeres son “la criatura endeble que está erguida y en vela sobre el dolor de nuestras realidades con un firme designio de cambiarlas” (28). Por medio de la expresión subjetiva de las mujeres, éstas pueden enfrentar a la historia y con su desafío determinar nuevas relaciones sociales.

Con esto en mente, les cuestiona a los hombres y a la sociedad, los grandes sacrificios que la mujer ha sabido enfrentar, “¿Quién ha profundizado el gran sentido humano, político y patriótico [...]? ¿Qué corazón viril, qué mente reflexiva, qué espíritu en acecho ha devuelto al oído colectivo el eco de este colmenar henchido de rumores de trabajo, febrilmente atareado en los trajines de la creación? [...] ¿Quién ha pesado el contenido histórico [...]?” (29). Como vemos, Borrero de Luján hace una crítica decisiva a aquellos que han sido responsables de dirigir el mundo, en este caso Cuba. Por medio de la palabra discursiva denuncia la devaluación femenina. Y añade que su discurso no es una pedantería frívola, “sino copia acendrada de intenciones patrióticas fecundas” (31). En otras palabras, la voluntad femenina ha salido del silencio para construir y reconstruir la moralidad cubana para que ésta, la patria, prevalezca en el futuro.

Otro punto al que alude Borrero de Luján es que donde hay unidad, donde un pueblo está unido, se pueden lograr cosas. Así lo afirma al decir que “la maravilla de compenetración establecida entre un grupo de hombres comprensivos y una muchedumbre reidora y confiada de mujeres activas, valerosas, despiertas a la responsabilidad [pueden lograr una] misión ineludible” (32). Tenemos pues, que las mujeres son el ente unificador que logra la cooperación del pueblo, en donde hay una gran necesidad de cambiar para crear conciencia. Y finaliza Borrero de Luján diciendo que “de estas indiferentes muchedumbres haremos un pueblo de hombres libres que sientan, y que amen, y que crean” (34).

Por otro lado, con una conciencia nutrida por pensamientos políticos, la puertorriqueña Lola Rodríguez de Tió se afirma a través de la escritura para reclamar su independencia y la de su pueblo. En su ensayo “La influencia de la mujer en la civilización”, Rodríguez de Tió alude primeramente a una cita del Abate Constart, como antes se mencionó, en la que dice que “el amor es por lo que únicamente se transformarán los pueblos en una sola familia donde empezará la fraternidad” (81). Y sigue la cita,

Para salvar al mundo no se necesitan más razonamientos: hace muchos siglos que se discute, sin haber alcanzado la perfección social. No hay que dudarlo, y, por consiguiente, la mujer debe gobernar el mundo. [...] Mas ¡jay! que nosotros

cortamos las alas de la paloma y la pisoteamos, obligándola a arrastrarse por el polvo, para vengarnos de su poder, lo cual es hacer de ella una serpiente. Devolvamos las alas a la mujer, sus blancas alas, y volverá a ser una paloma, esa paloma que los cristianos colocan sobre sus altares, adorándola bajo el nombre del Espíritu Santo. (81)

Como vemos, por medio de esta cita de un religioso, Rodríguez Tió propone la necesidad de concluir o resolver los aspectos que han sido discutidos por generaciones. A su vez, recomienda que actuemos de manera lógica, por medio del amor. Para ello, las mujeres son el único ser que “debe gobernar el mundo” (81) porque ellas son las más capacitadas por su fuerza y por su condición de poder el cual ha sido robado por los hombres. Por lo que esta cita es un apoyo a las mujeres para que éstas puedan participar activamente dentro de su civilización. Difiere de la manera en que los hombres tratan a las mujeres como “un objeto de constante idolatría o de odio, de entusiasmo o vituperio” (81). Por el contrario, para la autora debido a la superficialidad de las ideas y la filosofía de los hombres, éstos nunca han entablado conexión con su contraparte femenina, las mujeres, porque las ven como un ser débil. “No se ha tomado la pena de estudiarla para convencerse si es o no capaz de perfeccionamiento moral e intelectual, tampoco ha procurado indagar si ocupa en la sociedad el puesto que reclama para ella la civilización, y si la misión que desempeña responde a los altos deberes que exige el impulso de las ideas modernas” (82).

Rodríguez de Tió afirma y defiende las mujeres, hasta afirmar que éstas son la conciencia misma de la nación. Por medio del intimismo, se percibe el discurso de amparo político y social de la mujer con el cual enriquece el idealismo de la época con una expresión distinta a la de aquellos hombres públicos y políticos. Se percibe, además, un sentimiento de nostalgia que invade el deseo de querer crear conciencia ante la civilización puertorriqueña de la época. Concluye su ensayo con grandes palabras de ánimo y exhortación a las generaciones futuras citando a Jesús, “cuando las dos mitades del género humano estén unidas por el amor, y cuando este divino sentimiento se transmita del corazón a la costumbre; cuando la igualdad dé a la mujer el lugar que le corresponde ocupar en la humanidad, ese día se cantará el himno de triunfo de las nuevas ideas” (84).

En cuanto a Luisa Capetillo, conocida como anarquista y obrera revolucionaria, vemos, de igual manera, que reclama cambios, en cuanto a la situación imperante de las mujeres, tanto socio-políticos como económicos a principios del siglo XX. Así lo vemos en “La mujer en el hogar, en la familia, en el gobierno.” Por medio de su oratoria de obrera, invade los espacios exclusivos de la publicidad para abogar por los derechos de las mujeres y de los demás ciudadanos. Con la escritura se desencadena en contra del patriarcalismo de los intelectuales y sustenta su discurso con una doble finalidad, tanto de subalterna como de activista obrera. Según Julio Ramos en “Luisa Capetillo: una estructura entre más de dos,” “La escritura era un medio exclusivo de intelectuales de formación universitaria que generalmente ocupaban cargos en la administración de las instituciones básicas de la sociedad” (236). Por consiguiente, “En esa sociedad, la escritura – en el sentido amplio, que incluye, más allá de la literatura, la administración misma de las leyes y los discursos estatales – era un dispositivo de control y subordinación social” (236). Tenemos con esto que la actividad política y obrera de Capetillo revelan la lucha incansable, no sólo de las mujeres sino de todos aquellos sin educación, ante la sociedad que les rodea.

Desde el momento en que inicia su ensayo, Capetillo busca respuestas de entre los aspectos sociales tradicionalistas establecidos por la sociedad patriarcal. Así lo expone al decir que “La verdadera madre de familia debe saber todo, tanto en la parte intelectual como manual” (134). Por lo que pide una revalorización del rol de la madre en la familia. Las madres no sólo deben saber tejer, cocinar, cuidar de todos, sino que éstas deben tener conocimiento, adquirir educación para que así pueda aportar a la sociedad hijos de gran provecho. A más de esto, la escritora expone los límites espaciales e históricos que les han sido impuestos a las mujeres y desencadena sus reacciones y resistencias respecto a la vida política y social establecida. Contrapone la dolorosa encrucijada que las mujeres viven ante la posibilidad de grandes sacrificios para que haya la paz entre hombres y mujeres.

Igualmente, critica a aquellas familias ricas que usan al pobre para sumergirlo más en la inferioridad. De aquí que Capetillo denuncie la crisis del pobre contra el sistema político y económico puertorriqueño, “Porque el hogar protegido (sic) por las leyes, y las riquezas, se beneficia y se protege (sic) más y se olvida el hogar pobre”

(155). Es a través de su discurso que Capetillo cuestiona la importancia de enriquecer a unos y menospreciar a otros, de querer sobresalir mientras se doblega la figura del otro. Ella como obrera y mujer perteneciente a esa clase pobre expone su posición de marginalidad, vedada en la sociedad progresista de la isla. En fin, Capetillo sostiene que “Todos los que apoyan, y continúan explotando, son los que sostienen el estado de miseria del pueblo [...]. Porque si no fuera por temor á (sic) la miseria, no habría fanáticos, políticos y religiosos” (170).

Hacerse oír e irrumpir en lo que los hombres hacen o dicen es una destreza que la mujer está desarrollando para ofrecer a su patria una adecuación perfecta entre hombres y mujeres. Así inicia el ensayo de la escritora dominicana Camila Henríquez Ureña, “Feminismo,” “Señores: Las mujeres decidieron un día tomar las riendas del gobierno de los Estados y desposeer de él a los hombres, en vista de su fracaso completo en esa gestión. ‘Es necesario apoderarse del gobierno para bien de la República,’ dijeron; porque tal como están las cosas no pueden continuar” (7). Con estas palabras la autora presenta cómo las mujeres toman las riendas del poder para restablecer al gobierno del fracaso en una comedia de antes de la era cristiana. Se puede ver que este problema que plantea esta comedia “es tan viejo como la pareja humana” (7). Sin embargo, la mujer vive condiciones de inferioridad a pesar de haber luchado junto al hombre durante toda la historia de la humanidad. Dentro de su condición como “bestia de carga” (9) y esclava pasó a víctima debido a la inferioridad con la que se le miraba. Tanto la religión como el gobierno ven a la mujer como la dadora de hijos al hombre (12). Ante los ojos de aquellos que fungían en la iglesia, “No sólo la mujer era impura, sino su contacto creaba impureza, [cayendo] en descrédito” (16). He aquí cuando las leyes dan la espalda a las mujeres y las humillan otorgándoles su “condición tradicional de inferioridad” (16). Por su parte, el gobierno prescindió de la mujer en la vida pública. “Aniquilada su fuerza en la familia, apartada de los dominios de la inteligencia, tenía dos caminos principales: ir a poblar los conventos o sacar partido de la sensualidad del varón” (19).

Conforme pasaron los años, Henríquez Ureña indica que las mujeres durante el siglo XIX lograron entrar en el progreso de la sociedad. Cuando éstas adquirieron medianamente su independencia al sostenerse económicamente, pudieron a su vez

reclamar derechos. Igualmente, valoriza los espacios designados por los hombres, enaltece la maternidad y trae la presencia femenina como sujeto histórico a la identidad nacional. Todo esto se logra cuando las mujeres se unieron como grupo, como movimiento, según Henríquez Ureña, con el feminismo. Con la transformación del trabajo, las mujeres salieron del ambiente doméstico y esto facilitó su presencia en las instituciones políticas. Así lo atestigua Henríquez Ureña al mencionar la propuesta de ley establecida por el feminismo en la que se ratifica la emancipación económica, la capacidad jurídica, el derecho político, el derecho a la educación y la revisión de las leyes respecto a la moral sexual (31-32). Contrario a Gómez de Avellaneda, Henríquez Ureña enuncia que la mujer debe “renunciar a los gajes de su fragilidad” (34). A su vez, conviene transformar “sus virtudes [hacia] la astucia, la hipocresía, la ligereza, la explotación de la sensualidad del varón. Ambos sexos quedarán entonces en condición de establecer sus relaciones sobre bases de comprensión mutua” (34).

Como vemos, desde Aristóteles hasta nuestros días el hombre gobierna y las demás criaturas son vistas como inferiores. Desde una postura de inferioridad, las mujeres no pueden ostentar a tener derechos, sólo a tener compromisos con el hombre. En cuanto a la política, hay casos de mujeres hoy día que continúan relegadas, con poco o ningún acceso para ocupar puestos políticos. Por ende, algunas mujeres siguen confinadas en el espacio doméstico y se les silencia. ¿Por qué se da esto? A pesar que muchas mujeres han podido ejercer una carrera, estudiar, ostentar y dirigir puestos públicos, administrativos y políticos, son muy pocas las mujeres que han podido dirigir la gobernación (Puerto Rico) o la presidencia (Cuba y República Dominicana). Si se observa y estudia la historia política en Cuba, desde el siglo XIX hasta hoy día, se distingue que hasta el momento ninguna mujer ha presidido la presidencia de la isla. Las cubanas han presidido y ocupado algunos cargos dirigentes en organizaciones revolucionarias, pero aún no hay una reivindicación del lugar que ocupan las mujeres dentro de la formación del ideario cubano. En la República Dominicana la situación política respecto a las mujeres tampoco es muy distinta a la de las cubanas. Con el transcurso de los años ha habido mujeres ministras dentro del gabinete presidencial, pero ninguna ha podido ser la presidente de dicha isla. Otra realidad es que un porcentaje mínimo de las mujeres dominicanas ocupan puestos en

los consejos municipales. En cuanto a Puerto Rico, la situación de la participación de las mujeres dentro de la política ha sido distinta. Con el transcurso de los años, tomando en cuenta desde el siglo XIX hasta hoy día, las mujeres han ocupado puestos como alcaldesas, como presidenta de la Cámara de Representantes y hasta en la gobernación. La primera gobernadora fue Sila M. Calderón, quien presidió el cuatrienio del 2000 al 2004. Para algunos de los puertorriqueños fue un cambio progresivo para la isla, para otros no lo fue. Según Randall Peffer, “Sila Calderón stakes her reputation as a political leader on being an advocate of the poor and a fierce fighter of political corruption. Whether Puerto Ricans assent to her politics or not, most agree that Doña Sila has the personal power to make herself and her island major players in the politics of the Caribbean basin” (24). Lo cierto es que para que se incluyan más féminas en el espacio público de la política, debe haber una mayor madurez política en las islas del Caribe hispano antillano. Y aquellas que lo logren deben demostrar su capacidad de poder balancear su trabajo y su vida personal (como lo han hecho al integrarse a la vida laboral). Igualmente, por medio de su optimismo, deben hablar de ideas, de propuestas y tener visiones compartidas en las que el sistema de gobierno sea uno variado. Así estas mujeres serán referencia a generaciones futuras.

A diferencia de la época aristotélica, éstas, con mucho sacrificio, han conseguido cierta igualdad y derechos. Pero la condición de opresión de éstas en las sociedades patriarcales las ha desplazado hacia los márgenes de un centro ocupado por el hombre. Se convierte en el otro, en el sujeto subordinado en donde se subvierte el discurso del sujeto dominante. Por medio del discurso, las escritoras presentan un espacio de muchas realidades en el que ellas como mujeres igualmente están incorporadas. En dicha fragmentación del discurso surgen las autoras como representantes de las mujeres en el Caribe como el nuevo sujeto histórico. Al formarse este nuevo sujeto se crea una nueva cultura, híbrida, en cuya imagen se percibe y se reconoce la resistencia del sujeto dominante y se adecua (se apropia) su discurso, no para atacarlo sino para transformarlo y usarlo al rechazar el poder. Por ello, esta zona de contacto se esboza un nuevo camino, en este caso la identidad del nuevo caribeño.

Por tanto, las mujeres asumen en sus escritos la lucha por la justicia social. Cada uno de sus ensayos son medios de traducción en los que se analiza cada una de

las privaciones de los hombres frente a las mujeres. Sus textos son obsequios de su expresión y de su experiencia que articulan las luchas políticas e ideológicas de sus respectivos lugares de procedencia los cuales construían sus respectivas identidades nacionales. Son un instrumento con el que se intenta contrarrestar la hegemonía colonial por medio de la escritura.

Desde la particularidad feminista tenemos que fuera cual fuese el proceso de colonización implementado, las tres islas, como islas, y sus habitantes, tanto hombres como mujeres, vivieron una vida de subordinación y dependencia, ya fuese política, social, económica o cultural. En el caso de las mujeres, éstas sufrieron la situación de sometimiento por partida doble, una por ser ciudadana de la isla colonizada y por ser tratada con inferioridad. Indistintamente, hubo mujeres que fueron igualmente subyugadas por sus congéneres al tener un estado social inferior dentro de la sociedad y pertenecer a la clase trabajadora.

Por esta razón, vemos que Gertrudis Gómez de Avellaneda, Dulce María Borrero de Luján, Lola Rodríguez de Tió, Luisa Capetillo, y Camila Henríquez Ureña utilizan el ensayo/ el discurso para hacer una denuncia social comprometida con la realidad histórica y socio-política tanto del siglo XIX como de principios del XX. Todas ellas demuestran la realidad marginal y caótica a la que se ha confinado a las mujeres por el simple hecho de su género sexual. Por ello, se levantan, emergen como voz contra el discurso hegemónico patriarcal durante su época. Transgreden, a su vez, el lugar intersticial transfigurando las representaciones culturales de su época. Su cuestionamiento les permite hablar de identidades en el que el otro no queda sumergido en un relativismo cultural, ni tampoco excluido por completo. Por lo que su desafío no es para adaptarse sino poder incorporar lo relegado y lo marginal a la sociedad. La experiencia de éstas como antagonistas y sujetos subordinados ha creado la autodefinición del binomio de dominante/ subordinado. En fin, sus vidas son reflejo de la reconstrucción de la historia invisible, determinadas por la perspectiva cultural y socio-política de las tres islas colonizadas.

CAPÍTULO III

LA EDUCACIÓN: CONTRIBUCIÓN IMPORTANTE EN EL DESARROLLO DEL PENSAMIENTO DE LAS MUJERES

En la actualidad, el derecho a la educación es uno universal, y en muchos casos, está garantizado por el gobierno. No obstante, esto no ha sido así por siempre. Desde un principio, hubo diferencias constantemente entre la enseñanza de los hombres y las mujeres. Respecto a los hombres, éstos recibieron una educación más formal haciendo distinción entre clases sociales. En cuanto a las mujeres, éstas sólo adquirirían una educación breve en la que aprendían sobre cómo ser atentas en el espacio limitado del hogar, ya fuese tanto como madres, esposas o empleadas domésticas. Más adelante, las mujeres de las clases sociales dominantes, tuvieron el privilegio de educarse con tutores privados o en los conventos. La enseñanza de éstas casi siempre constaba en aprender a ser buenas madres, esposas, etcétera, sin olvidar los espacios designados para ellas en la sociedad patriarcal. Contrario a esto, hubo ciertas figuras féminas que tuvieron la opción de aprender otras artes, como literatura y ciencias. Pero no es hasta finales del siglo XIX que las mujeres en toda Latinoamérica, incluyendo en él el Caribe, fueron incorporadas a la educación de diversas maneras. Ciertamente, la educación no fue dada de igual manera entre las mujeres como en años anteriores se había hecho con los hombres, pues en ambos se distinguió la segregación de la educación por clases sociales. La educación en los casos de las clases sociales pobres fue una sumamente limitada, que en muchas ocasiones fue destinada más al entrenamiento en destrezas necesarias para la futura clase obrera que para crear o fomentar un mayor intelecto.

Por otra parte, la representación de las mujeres se hizo más notoria con el paso de los años y no es hasta el siglo XX que su participación se desarrolla dentro de la economía fuera del ámbito del hogar, ya fuese en talleres y fábricas o como maestra, aunque igualmente hacía sus deberes dentro del hogar, duplicando su situación laboral. Pero de entre todas las cosas, la necesidad de una educación para las mujeres

fue el tema preponderante en las islas caribeñas. Muchos siguieron la educación tradicional, pero otros pidieron una educación más especializada en la que se abarcara otras áreas del saber impartidas a los hombres, así como ciencias, matemáticas, entre otras materias. Es aquí cuando se habla de “la educación científica” para las mujeres.²⁴

Con esto en mente, enlazamos la historia de la educación en el Caribe. Al ojear la historia caribeña se percibe que las mujeres han formado un papel importante dentro de la misma. Como se advierte en el capítulo anterior, se reconoce el vestigio que éstas han plasmado al incorporarse junto a los hombres por la libertad de manos de la colonia española. Asimismo, aunque sólo algunas sean las mencionadas en los libros, las huellas de su presencia y participación han quedado en los cambios socioculturales, políticos y económicos. En consecuencia, se descuellan una mayor participación y disputa por reivindicar su inclusión dentro de la historia social. Cansadas de ser las protagonistas ausentes, buscan obtener derechos ante la sociedad patriarcal. Entre los derechos que las mujeres se consagraron fue el privilegio a la educación.

Para lograr la educación, las mujeres tuvieron que enfrentarse primeramente a la sociedad marcada por relaciones de subordinación. Es aquí que se toma la figura de las mujeres como ser social y se le valora por lo que representa dentro de la sociedad sin sumergirla en los códigos patriarcales. Esto ocurre como respuesta a la conciencia de identidad nacional y de libertad dados durante la lucha por la independencia de las islas y por la justicia social. Durante este proceso, las mujeres observaron, disintieron y reaccionaron sobre su entorno social y, por ende, de su posición impuesta en la sociedad. He aquí que se incorporan las relaciones entre el sexo y los roles sociales, dados tanto a las mujeres como a los hombres, y el discurso. Estos convenios sociales patriarcales son el producto tanto de la religión, el gobierno, entre otros.

Si nos detenemos por un instante en el concepto “mujer,” vemos que es un término muy discutido respecto a que ésta fue vista como la conciencia de las naciones, pero su ocupación primordial eran el casarse, tener hijos y ser sumisa. Esta idea perdió su tolerancia social durante el siglo XIX porque debido al determinismo y a la iniciativa de éstas sufrieron persecuciones y combatieron en las guerras contra la colonia española y contra los convencionalismos de todas las clases sociales.

Hubo casos en los que prevalece la idea de que las mujeres se deben educar para participar en la sociedad, pero sólo para ser mejores madres. Pero otros, como mencionamos anteriormente, apoyaron a las mujeres, y demostraron que éstas tenían derecho a salir de entre las fronteras patriarcales. Durante esta época inicia la influencia de la ciencia positivista. Debido a esto, se ven las mujeres no como seres biológicos sino como uno social que tiene tanto naturaleza moral, mental como física. Como fue el caso de algunos intelectuales, por ejemplo Eugenio María de Hostos, Salvador Brau, Alejandro Tapia y Rivera, Enrique José Varona, José Martí.

Partiendo de esta premisa, distinguimos la necesidad de llevar a cabo una investigación exhaustiva sobre la educación de las mujeres en el Caribe hispánico, hay algunos recursos que ejemplifiquen cuán presentes éstas estaban tanto como educadoras o como discípulas. Entre los recursos más precisos e investigativos que trazan los aportes femeninos en la sociedad de las tres islas está el libro de Yolanda Ricardo, *La resistencia en las antillas tiene rostro de mujer (Transgresiones, emancipaciones)*, el de K. Lynn Stoner, *From the House to the Streets. The Cuban Woman's Movement for Legal Reform, 1898-1940*, y el de Ramón Morrison, *Historia de la educación en la República Dominicana: Desde sus más remotos orígenes hasta 1900*, entre otros pocos. Casi todos afirman la importancia de las contribuciones de las mujeres; a su vez, cuestionan y exponen las conquistas literarias y sociales de éstas.

Antiguamente, los indios en el Caribe tenían una tradición oral con la educaban a la sociedad. Luego, con la llegada de los españoles, se propagó la educación de manos de los religiosos españoles durante el siglo XVI. En el caso de Cuba, las primeras escuelas surgen durante los años 1574 y 1587 cuando “los cabildos (Ayuntamientos) empezaron a interesarse por la educación de los habitantes” (“Características generales...”). No obstante, los siglos XVI y XVII no presentan un avance significativo del progreso instructivo en la isla. No es hasta finales del siglo SXVIII, en y durante el siglo XIX y principios del XX, que se crearon periódicos, textos y revistas con el fin de educar a la mujer ya fuese para recalcar su posición social establecida por la tradición patriarcal y la iglesia o para crear conciencia de su posición dentro de la sociedad. Pero en su mayoría, estas publicaciones buscaban que las mujeres asumieran su rol tanto dentro y fuera de las pautas dadas por la sociedad.

Con la prensa aparecen temas relacionados a las mujeres. Entre los periódicos de la época, *Papel periódico de la Havana* va desde “la denominación genérica de ‘bello sexo’” (Ricardo 59) hasta demostrar las virtudes propias que poseen las mujeres. Yolanda Ricardo comenta que para ese tiempo se veía a las mujeres como discretas, con buen juicio, honestas y pertenecientes a buenas costumbres (59). Otro periódico de la época, *El correo de las damas* de 1811, fue en efecto el “primer periódico dedicado al ‘bello sexo’ del que se tiene noticia en la Isla” (Ricardo 59). En el mismo se percibe a las mujeres como criaturas, la otra mitad del hombre y, por ende, similar a los hombres, pero sólo en el alma (Ricardo 59). Dentro de *La semana literaria* se daban “consejos [a] las jóvenes en torno al peligro que supuestamente podía derivarse para el matrimonio si la mujer cultivaba la adquisición de conocimientos científicos, literarios o similares” (Ricardo 59). De manera distinta en *Eco de Cuba* las redactoras trazaron entre sus páginas temas políticos, en los cuáles, según ellas, “no piensan haber faltado al ‘debido decoro’ que requiere su sexo y estado” (Ricardo 59).

En 1829 aparece un texto titulado *Cartas sobre la educación del bello sexo* bajo el seudónimo de Una señora americana. En éste se planteaba la necesidad de igualar la educación de las mujeres y la de los hombres. Años más tarde, Gertrudis Gómez de Avellaneda dirige y publica la revista quincenal *Álbum cubano de lo bueno y lo bello*. En la misma se presentaban artículos literarios, morales, de bellas artes y modas, todos dedicados a las mujeres (Ricardo 60). Yolanda Ricardo destaca que con esta revista Gómez de Avellaneda “[pretendía] fomentar virtudes (lo bueno) y divulgar obras de valor estético (lo bello)” (60). Igualmente, “ofreció un rico perfil de las concepciones más arraigadas sobre la mujer” (Ricardo 60). Otro aspecto importante que denota la investigadora es que hubo otras publicaciones “que condenaban los usos y costumbres perjudiciales a la integridad física femenina, por ejemplo el corsé” (60).

Siguiendo la misma dirección de promover la integridad de las mujeres, aparece la pieza teatral de Domitila García de Coronado titulada *Álbum poético fotográfico de escritoras y poetisas cubanas* en 1868, dedicado a Gertrudis Gómez de Avellaneda. En la misma, García de Coronado “refleja el grado de desarrollo cultural [...] y de independencia intelectual [...] que ha alcanzado un grupo de mujeres en Cuba” (Ricardo 60).

Conjuntamente se inician las guerras del Grito de Yara. Dentro de estos treinta años, según se ha mencionado en el capítulo anterior, fue definitivo para las mujeres porque éstas favorecen y ayudan a los hombres en la guerra y, con ello, crece la necesidad de reconocimiento de la figura de las mujeres dentro de la sociedad. Ricardo realza que las mujeres participaron “en avituallamiento de armas, medicinas y diversos recursos, destinados a garantizar la continuidad de las acciones bélicas, de propaganda revolucionaria y de enlace como correos” (61).

Entrado el final del siglo XIX, María Luisa Dolz integra en su colegio para “señoritas” innovaciones didácticas y formativas. Es hasta tal punto significativo que Dolz escribe *La mujer en la vida contemporánea y su educación en los Estados Unidos* en 1893. En la misma, desarrolla ideas de transgresión que promueven una primordial dedicación académica y social. Según Ricardo, “se regocija por las conquistas alcanzadas y puntualiza que no se podrá hacer retroceder a la mujer, a sus alumnas, a la ‘pasividad’ ni al retiro, ni al secular tutelaje y las exhorta a ‘sostener y consolidar los avances’” (61). En otras palabras, propone a las mujeres que luchen por lo que ellas se merecen y que proyecten su legado.

Al año siguiente, proclama una defensa a favor de las mujeres casadas en *Feminismo. Injusticia de los códigos*. Reconocida como pionera en las facciones públicas, “enmarca María Luisa la labor emancipatoria (sic) de la mujer en la defensa de sus derechos desde la familia hasta la patria con ciencia, cultura y arte, que la preparen para la vida y el hogar” (Ricardo 62). Con esto vemos que Dolz pide que se eduque a las mujeres, no sólo a las solteras sino también a las casadas para que puedan tener voluntad y conciencia. Para esa época Enrique José Varona valoriza las ideas de Dolz y escribe en 1894 un ensayo titulado “El movimiento feminista en Cuba.” En el mismo planteaba la importancia de la independencia de las mujeres y cuya preceptora primordial era María Luisa Dolz, la cuál promovía que las mujeres tuviesen conciencia femenina. En 1899, Dolz publica *Preparación de la mujer* en el que expone que el mayor inconveniente que sufren las mujeres es la carencia de educación. Resalta la necesidad de promover entre las mujeres y la sociedad el derecho civil de ser instruidas porque de ello depende el futuro y el bienestar de su país. Equivalentemente, “Enfatiza el papel de la mujer desde la familia para continuar la obra

que inició en las luchas por la libertad como inspiradora de mártires y héroes, y la coloca en el centro de la formación de los ciudadanos de la sociedad libre del yugo español. Pero su audacia mayor no radica en sus proyecciones patrióticas como en sus formulaciones pedagógicas y educativas” (Ricardo 63).

Al concluir la Guerra Hispanoamericana en 1898, la ciudadanía cubana intentaba proteger su identidad desde la educación en las escuelas del país, pero con la llegada del gobierno norteamericano, la educación trascendió fronteras y algunas maestras realizaron estudios en escuelas norteamericanas (Ricardo 67). Este tipo de educación, más la propuesta de integrar a las mujeres dentro del trabajo fuera de la casa se irradió en la isla de Cuba. (De igual manera pasó en Puerto Rico.) Ciertamente y contradictoriamente, estos hechos no fraguaron las ideas patriarcales de la sociedad cubana y en 1901 se les negó el derecho al voto a las mujeres. No obstante, este imperio no restó las fuerzas de éstas para seguir adelante. Las mujeres formaron gran parte de los puestos de maestros en la isla y en otras áreas, como administración y comercio (Ricardo 68). Varias mujeres, de la misma forma, se graduaron “de la escuela de enfermería y de la enseñanza universitaria (pedagogas, farmacéuticas, médicas, abogadas, doctoras en ciencias y de filosofía y artes), en tanto en los sectores productivos (fábricas y talleres) crecía la presencia femenina (un trece por ciento), con sensible marginación de la mujer negra” (Ricardo 68).

Con la ausencia de la figura de las mujeres en otros ámbitos, hizo que éstas se unieran para lograr independizarse de las ideas socioculturales patriarcales. Para ello, las cubanas propagaron las ideas feministas. Con la expansión del movimiento, se establecieron varios grupos, “Partido Popular Feminista, Sufragistas Cubanas y el Partido Nacional Feminista con publicación propia, la revista *Feminista*” (Ricardo 69). A principios del siglo XX, las mujeres cubanas adquieren “algunas conquistas jurídicas: la patria potestad sobre sus hijos, la administración de sus bienes y la ley del divorcio” (Ricardo 70). Para el 1918 se organizó el Club Femenino de Cuba, en donde Dulce María Borrero de Luján profirió su discurso en el que estimulaba a la lucha. Este Club de mujeres divulgó la cultura y la educación. A su vez, constituyó escuelas “de rehabilitación para prostitutas y alcohólicos y [originó] una cárcel exclusiva para

mujeres, la de Guanabacoa, con programas de reeducación y de auxilio material para las reclusas” (Ricardo 71).

Durante el siglo XX, fueron varias las ideas que rondaron el pensamiento de la sociedad cubana. Entre ellas estaba la idea de soberanía nacional, la democracia, la educación del pueblo. Al mismo tiempo, el feminismo se propagó por la isla y los patriotas hicieron de la educación la base de su independencia. Es entonces que las mujeres se convierten en las maestras de los jóvenes cubanos. Las mujeres tomaron las riendas de la educación tanto de las ciencias como cualquier otra área de estudio. “feminists worked to modernize school curricula and make it accessible to women” (Stoner 131). Las feministas supieron de discriminación y proveyeron una educación moderna con la que se quitaban las normas patriarcales que las oprimían. Así lo afirma K. Lynn Stoner cuando dice que “In an era when positivism challenged Hispanic Catholic thought, feminists placed great importance on teaching women to shed colonial, patriarchal values that isolated them in the home, made them dependent upon men, and kept them fatalistic and attached to Hispanic Catholic mysticism or folk superstitions” (131). La educación trascendió tan rápido que para 1919 las mujeres ya habían adquirido el mismo nivel de educación que los hombres (Stoner 131). Gracias a las feministas, se crearon nuevas escuelas y bibliotecas en la isla para las mujeres en las ciudades principales (Stoner 132).

Contradictoriamente, en las zonas rurales las mujeres siguieron en la casa por más tiempo y los hombres se mudaban a la ciudad en las épocas en que no había recolección de caña u otros productos del campo (Stoner 133). Esto no fue distinto en las otras islas, Puerto Rico y la República Dominicana. En ellas también existían áreas prósperas y áreas pobres en las que había muy pocas escuelas o ninguna. De igual manera, la educación era más para los hombres que para las mujeres, y éstas debían permanecer en el hogar bajo la tutela del hombre ejerciendo los quehaceres domésticos. Volviendo a Cuba, más adelante, aproximadamente en los años treinta, las organizaciones feministas crearon escuelas nocturnas y educación pública, libre de costos, para aquellas mujeres que trabajaban. Tres organizaciones que fomentaron la educación fueron el Liceo, el Club Femenino y la Alianza Nacional Feminista (Stoner 133). Igualmente hubo otros grupos que crearon programas de instrucción. Hay que

añadir que “Feminists did not educate poor, working-class women for highly professional jobs, nor did they indoctrinate them with ideas about women and men being equal. Their approach was more pragmatic. To ameliorate men’s domination of women, feminists educated women to become men’s companions” (Stoner 135).

En el caso de Puerto Rico, la educación igualmente se inició con los aborígenes por medio de la tradición oral. Quién enseñaba no es de suma importancia, porque cuando se reunían todos, cantaban areitos, tal cual se mencionó anteriormente, y tanto hombres como mujeres tenían participación. Por lo que la educación, suscrita a la forma oral del canto era el medio de postergar historias, leyendas e ideas dentro del pueblo de los taínos. Ya llegados los españoles, los religiosos se encargaron de la enseñanza primeramente de aquellos que llegaron con ellos, de los criollos y de algunos indios. Los religiosos se dieron a la tarea de inculcar sus ideas religiosas, el catolicismo, y la enseñanza de sus tradiciones e idioma. Es a través de este intercambio de conocimientos que algunos religiosos y españoles aprendieron algunas costumbres y palabras indígenas que aún hoy prevalecen en la isla de Puerto Rico. Cabe destacar que la educación a finales del siglo XVIII y principios del XIX, primeramente, surgió de manos de maestros individuales, entre los que se destaca la figura de Rafael Cordero, “negro y tabaquero de oficio” (Morales Cales) que dio clases a los niños sin importar el color de su piel, pero seguía la misma enseñanza establecida por los españoles.

Olga Jiménez de Wagenheim postula que “Para las que queremos estudiar la mujer puertorriqueña del siglo pasado [refiérase al siglo XIX] no existen trabajos de base en que apoyarse, lo que hace que la tarea se dificulte” (11). Por lo que es la información referente a la educación de la mujer es un tanto austera, limitada. Dada la escasez de recursos, comprendemos a las mujeres puertorriqueñas desde su preceder histórico. Igual que en Cuba, las mujeres en Puerto Rico estaban bajo el dominio de la sociedad patriarcal de la colonia española, en la que había distinción de clases sociales y razas. Las mujeres se hallaban ante “la falta de oportunidades educativas, el régimen del patriarcado, y el constante condicionamiento promovido por la Iglesia Católica a través de sus mitos religiosos” (Jiménez de Wagenheim 11). Entiéndase, que para aquella época la iglesia era el centro o el foco de distribución de las costumbres y

valores sociales de la época, y que, a su vez, proponía la desigualdad entre géneros y clases sociales. Por tanto, la iglesia fue un factor de gran importancia para el desarrollo de las ciudades que caracteriza en aprehender los derechos de aquellos que intentaban apropiarse del conocimiento distinto al otorgado por las normas establecidas.

Retornando al tema de la educación, en Puerto Rico las mujeres estaban divididas por clases sociales, “las campesinas [de la clase hacendada] y las urbanas, las de la clase pobre y las de la clase acomodada” (Jiménez de Wagenheim 12). Entre éstas, las menos privilegiadas a la educación eran las de la clase pobre. Algunas de éstas “se escapaban de sus hogares para irse a vivir solas al interior de la isla” (Jiménez de Wagenheim 13) para poder estar libres, para vivir sin la autoridad de los hombres (padres, hermanos o esposos). Las campesinas, por otro lado, a finales del siglo XIX, estuvieron envueltas en el movimiento obrero, y más tarde en el movimiento revolucionario. Partícipes de la jornada diaria fuera de sus hogares les daba un poco de libertad de las tradiciones patriarcales, pero esto no las privaba de menosprecios, de discriminaciones ni explotaciones. En cuanto a las urbanas y las de la clase acomodada su situación social no las privaba de necesidades económicas, pero si padecían otras situaciones. Olga Jiménez de Wagenheim señala que éstas “Día tras día seguían sus vidas sedentarias, encerradas, prisioneras de la moda de la época, la cual las obligaba a sufrir los rigores del corsé y terminaban víctimas de dolores en el pecho, de inapetencia, y de un malestar y una tristeza que aturdía tanto a los familiares como a los médicos” (14). Específicamente por ir en contra de esto, estas mujeres de la clase acomodada estudian.

La educación se transmitió por la isla y fue una responsabilidad de cada municipio. Esto les otorgó a las mujeres de la clase media la oportunidad de recibir un sueldo. “Hasta mediados de siglo [XIX], la mayoría de las escuelas que enseñaban tanto a las hijas de los pobres como de hacendados y comerciantes eran las escuelas particulares de las maestras del pueblo” (Jiménez de Wagenheim 13). Una de las primeras escuelas tanto para niños como para niñas fue la de Celestina Cordero en 1820, pero esto no sucedió de igual manera en el centro de la isla. Las niñas no asistían a las escuelas debido a que no podían costear sus estudios y no todos los

niños iban. No obstante, la enseñanza impartida a los niños difería de las niñas aunque ambos estuvieran la misma cantidad de horas en las escuelas y los castigos fueran los mismos. “Lo que variaba era el número de estudiantes, la composición social, y el patrón de asistencia” (Jiménez de Wagenheim 14). Entre los de la clase adinerada, las niñas no iban tanto; de igual manera pasaba con los niños y las niñas pobres. “En 1865, el gobernador publica un decreto destinado a regular la enseñanza” (Jiménez de Wagenheim 11), pero fue visto negativamente por algunas maestras que exigían un pago mayor por tener que impartir la educación a un mayor número de estudiantes. A más de esto, las maestras recibían un sueldo menor que los maestros. Después de todo, el analfabetismo era parte de la sociedad puertorriqueña a finales del siglo XIX.

Por esta razón, hubo quiénes favorecieron la educación en la isla. Ese el caso de Salvador Brau y Gabriel Ferrer, entre otros (Jiménez de Wagenheim 15). Asimismo, Myrna I. Vélez Camacho señala que “Las ideas sobre el progreso de la mujer llegaron a Puerto Rico de la mano de varios intelectuales puertorriqueños y españoles de avanzada como; Eugenio María de Hostos, [el antes mencionado] Salvador Brau, Alejandro Tapia y Manuel Fernández, quienes defendieron la educación de la mujer como paso indispensable para el cambio de su posición social en desventaja” (7). En cuanto a uno de los intelectuales de la época, Gabriel Ferrer, éste disputaba la falta de la educación de las mujeres urbanas y postulaba que éstas debían instruirse no sólo para ser “ejemplo para sus hijos, sino [para ser] una mejor compañera para un esposo ilustrado” (Jiménez de Wagenheim 14). En cuanto a la postura de Salvador Brau era un tanto distinta ya que éste no sólo favorecía la enseñanza para la mujer urbana sino que también circunscribía a la campesina. “Según su juicio era necesario educar a la mujer campesina antes que al hombre ya que su ‘instinto de madre y esposa haría de esta una palanca poderosísima que vendría en ayuda del desarrollo intelectual de (sic) país” (Jiménez de Wagenheim 15). En contraste con esto, tanto Ferrer como Brau no comprendieron la importancia de la educación de las mujeres para el desarrollo de su bien sino como instrumento social para ser mejores madres y esposas.

Aunque no se respaldó una total educación equitativa para las mujeres en la isla, algunas de ellas se distinguieron en el campo de las letras, en la política y en las faenas obreras. Con la llegada de los Estados Unidos a Puerto Rico a principios del

siglo XX se dieron grandes cambios en las estructuras socioculturales, económicas y políticas del país. Como consecuencia, incrementó el número de mujeres en las escuelas, pero indistintamente no les era dado una participación ecuánime “en la fuerza trabajadora, ni implica que la mujer se utilice profesionalmente como es debido, en relación con su preparación académica. La segregación por razones de sexo todavía permea las instituciones sociales y culturales en Puerto Rico” (Acosta Belén 20-21). La mejor exponente crítica de esta situación es Luisa Capetillo, la cual contradice las ideas tradicionales patriarcales denominadas a las mujeres. En *Mi opinión sobre las libertades, derechos y deberes de la mujer. Como compañera, madre y ser independiente* de 1911 postula la importancia de las mujeres y critica la explotación económica y sexual que someten a las mujeres obreras. Criticó fuertemente las ideas patriarcales, “la hipocresía y el fanatismo religioso [...], la doble moral para el hombre y para la mujer, la esclavitud de la mujer en el matrimonio y su explotación en las fábricas” (Acosta Belén 31-32). Respaldó, igualmente, la educación no sólo de las mujeres sino también de los hombres y la liberación de las mujeres, y “el amor libre” (Acosta Belén 32). En suma, Luisa Capetillo fue un desafío para la época.

En cuanto a la educación en la República Dominicana, esta también empezó con los indios taínos de forma oral, pero de manera escrita con la llegada de los religiosos españoles en el siglo XVI. El propósito primordial era la enseñanza religiosa de los indios y demás pobladores de la isla, excluyendo las mujeres. Los primeros centros didácticos eran los monasterios o conventos en los que se formulaba una enseñanza cuyo fundamento era memorizar. A los que asistían se les enseñaba a leer, a escribir, a contar y a rezar. La educación que predominaba era el estudio de las humanidades. La primera universidad en fundarse fue la de Santo Tomás de Aquino. Más adelante, se instituyen otras escuelas que debido a los cambios de poder político algunas de ellas fueron cerradas provisionalmente.

Llegado el siglo XIX, un grupo de intelectuales impartió estudios de ideas liberales y se motiva al análisis y a la lectura. La poca organización provoca el desgano de los dominicanos por la educación a pesar de crearse otras escuelas. Algunas mujeres se dedicaron a la enseñanza rutinaria, típica de las ideas patriarcales de la época, en las que impartían lectura, cuentos, bordados, entre otras cosas típicas al rol

de las mujeres. Entre algunas de las maestras que daban clases se hallaban Teresa Valencia, Ana Díaz, Altagracia Quero. Para este mismo tiempo surgieron dos revistas, *El oasis* y *Flores del Ozama* en los que aparecen Encarnación Echevarría, Josefa Antonio Perdomo y Josefa del Monte.

A mediados del siglo XIX ocurre la revolución del Cibao, con la cual se imposibilita más la educación en la República Dominicana. Durante este tiempo llegan a Santo Domingo unos venezolanos que favorecen la educación superior. Estos maestros venezolanos integran nuevas asignaturas a la educación: gramática, economía, álgebra, entre otras. Estos métodos ayudan a propagar ideas de patriotismo. Para el 1865 los españoles abandonan la isla como conclusión de una guerra en la que se peleaba por las injusticias de los gobiernos españoles en la isla. Años más tarde, surgen las cátedras de medicina y de derecho. En cuanto a las escuelas primarias, se establecen una para niñas, bajo la tutela de María Nicolasa Billini, y una para niños, bajo Francisco X. Billini, ambos con los mismos precedentes de la educación impartida por los religiosos. Casi a finales del siglo XIX, renace el periodismo, y se divulgan las ideas educativas de Eugenio María de Hostos.

En la República Dominicana, la figura del puertorriqueño Eugenio María de Hostos fue de gran importancia. Según Alejandro Paulino Ramos en “Eugenio María de Hostos acusado de imperialista, de promover el socialismo y ser partidario de una educación sin Dios,” señala que Hostos fue partícipe de la educación de los dominicanos desde finales del siglo XIX a principios del XX. El mismo participó en los movimientos independistas de Puerto Rico y Cuba, y como consecuencia de sus ideas liberales estuvo desterrado de Puerto Rico. En la República Dominicana emprendió nuevas ideas en el sistema educativo tanto así que fue criticado por la iglesia. Bajo el gobierno del general Gregorio Luperón, Hostos tuvo a cargo la educación pública. Conjuntamente, planteó y estableció “el sistema educativo, [promovió] la apertura del Instituto Profesional (hoy Universidad Autónoma de Santo Domingo), y [fundó] la Escuela Normal (1880), al mismo tiempo que ejercía el magisterio” (Ramos, Alejandro). Su técnica educativa rechazaba el método antes utilizado por la iglesia, el de memorizar, por lo que para Hostos era más importante el privilegio de la razón. Tras su salida de la República Dominicana, la Escuela Normal cambió a Colegio Central y se

eliminaron algunos cursos establecidos por Hostos (Ramos, Alejandro). Tras la caída de la dictadura, Hostos regresa a la isla y reincorpora la educación y da herramientas profesionales a los jóvenes. Ramos enfatiza que entre los principios “pedagógicos, insistía en la enseñanza organizada lejos de la influencia del Estado, escuelas laicas, aprendizaje compulsivo, y la obligatoriedad del Estado y los Ayuntamientos con la enseñanza pública, destacando que en los religiosos y morales se tenía que ser tolerante.” Conformemente, Salomé Ureña de Henríquez “estimulada por las ideas educativas positivistas del educador puertorriqueño [...], fundó el 3 de noviembre de 1881 el Instituto de Señoritas, primer centro femenino de enseñanza secundaria establecido en la República Dominicana y donde se formaron las primeras maestras del país” (Gutiérrez 175-76).

Cabe señalar que con la llegada del siglo XX, tanto las mujeres cubanas como las puertorriqueñas tuvieron mejores oportunidades de instrucción debido a los cambios socioeconómicos y políticos. Algunas de las mujeres cubanas de la clase media viajaron a los Estados Unidos para recibir una mejor educación y así regresar a la isla para impartir la enseñanza. Ese fue el caso de Aurelia Castillo de González y Julia Martínez. Igualmente, con la adquisición de una mejor educación, las mujeres pudieron salir de las esferas del hogar y trabajar. Asimismo lo afirma Vicki I. Ruiz, cuando dice que “During the late nineteenth and early twentieth centuries, teaching opened the way for Latinas to work outside of the home in a respectable setting that did not threaten traditional gender roles” (222). Realmente, esto es discutible porque las mujeres sufrieron de discriminación laboral. Éstas recibieron menos sueldo que los hombres y realizaron tareas similares a las del hogar, como tejer, bordados, etcétera. En Puerto Rico, la primera mujer en dar clases en la Universidad de Puerto Rico fue Pilar Barbosa de Rosario, la cual estudió en los sus estudios doctorales en Estados Unidos (Ruiz 222). En el caso de la República Dominicana, Camila Henríquez Ureña, la hija de Salomé Ureña, obtuvo su maestría en la Universidad de Minnesota (Ruiz 223). De ahí adquirió sus ideas feministas y sus ideas de ayudar a las mujeres a estudiar. Trasladándose a Cuba, “Obtuvo su doctorado en Filosofía, Letras y Educación en la Universidad de la Habana” (Gutiérrez 87). Además, “abogó por la integración de la mujer al quehacer intelectual” (Gutiérrez 88).

Tomando en cuenta lo que se ha dicho hasta el momento, en los ensayos seleccionados las escritoras igualmente abogan por la integración de las mujeres en la sociedad a través de una mejor educación. A partir de esta defensa se inicia un proceso de mirar hacia adentro el cual representa el espacio, la experiencia, que estas escritoras han vivido como mujeres. En el caso de Gertrudis Gómez de Avellaneda en su ensayo “La mujer” destaca que las mujeres son seres pensantes. Por lo que fomenta que las mujeres ingresen en las artes, las ciencias o cualquier otro campo. Para ello, Gómez de Avellaneda contradujo las ideas patriarcales al asumir que la intelectualidad de las mujeres ha existido desde siempre y que su debilidad, connotación dada por los principios religiosos y patriarcales, no es una desventaja sino una bendición que ayuda a tomar decisiones serias y con gran juicio. Debido a su gran capacidad, sentimentalismo e intelecto, las mujeres “produced a higher percentage of memorable leaders [...] than men did. [Gómez de Avellaneda] believed that women possessed capable intellects, and she resented their exclusion (sic) from advanced education and learned societies” (Stoner 17). En otras palabras si las mujeres logran su progreso pueden ayudar con el desarrollo de la nación. Pero esta exclusión de las mujeres no sólo se da de parte de los hombres hacia las mujeres, sino también entre las mismas mujeres. Como se mencionó antes, hay desigualdades que han existido entre las personas en las que se distinguen varios aspectos, como el género sexual, la procedencia racial, las clases sociales, etcétera. También hay otras desigualdades nacionales y regionales dentro de la situación socioeconómica y política de cada una de las islas. Por ello, hay desigualdad a ejercer ciertas libertades y a participar en el espacio público de la política y la educación. Dentro de esas desigualdades existen las divisiones sociales en las que el trabajo no es igual para todos, ni tampoco tienen el mismo derecho de obtener beneficios. Debido a esto hay clases sociales con mayor riqueza y privilegios en comparación con el resto de la sociedad que está formado, en este caso de la investigación, en el siglo XIX y principios del XX, por esclavos, campesinos y obreros. He aquí el porqué había desigualdad social entre las mismas mujeres. Las mujeres pertenecientes a la clase acomodada o burguesa podían recurrir a emplear a otras mujeres para que les sirvieran como empleadas domésticas en sus casas. Con esto, las mujeres de las clases privilegiadas desfavorecían por un lado a las

mujeres negras y pobres que estaban sometidas a situaciones de opresión y servilismo y, por otra parte, reclamaban la igualdad entre los géneros sexuales.²⁵ Apoyadas en las diferencias que se les han dado por años, de mujer débil, esposa, madre, utilizaban como vehículo el lenguaje y su experiencia para recalcar su posición de desigualdad en la sociedad caribeña.

Al respecto, Mariselle Meléndez en “Obreras del pensamiento y educadoras de la nación: el sujeto femenino en la ensayística femenina decimonónica de transición” plantea que la mujer vivía en una ambivalencia por parte del rol que le exigía la sociedad. Por ende, algunas se negaban a subscribirse al rol de madre y sufrían en la sociedad, ya fuese excluidas en conventos o sumergidas bajo la tutela infinita de la figura masculina del hogar. Es por ello, que las que pudieron salir de la esfera opresora de la sociedad patriarcal se dedicaron a escribir, poemas, novelas o ensayos en los que exponían las opresiones sociales. Pero es el ensayo, con su hibridez discursiva, el que le ofreció un espacio flexible desde el cual articular sus ideas (Meléndez).

De tal manera Gómez de Avellaneda expone sus ideas y en el ensayo “La mujer” plantea carencia de consideraciones que la sociedad tiene respecto a las mujeres. Defiende la posición de las mujeres como seres pensantes y no como seres débiles tal cual los dogmas religiosos han querido subrayar por años. Presenta el rol imprescindible de las mujeres en la supremacía de los afectos, su gran intuición y su sentido de maternidad que radican no sólo “en el sentido material de la palabra, sino en la del alma” (226). Ya en la segunda parte del ensayo recalca las cualidades de carácter que han distinguido a las mujeres, derivados de su valor y patriotismo. Establece que en la naturaleza del “vigor intelectual y moral” (227) es donde radica la fuerza de las mujeres. Más adelante, en la tercera parte, discute cuan capaces son las mujeres para administrar los intereses públicos y las funciones del gobierno sin olvidar sus deberes. Así lo afirma en las próximas partes hasta el punto de enfatizar no sólo la gran fortaleza moral y física de las mujeres sino también la intelectual.

Destaca en la sexta parte del ensayo que si aún quedan dudas sobre la capacidad de las mujeres hay que indagar en las artes y en la literatura, porque sin importar cuán débil se les señale tienen igual fuerza moral e intelectual que los hombres (260). Critica a aquellos que no les permiten a las mujeres demostrar su

capacidad científica, pero igualmente señala nombres de algunas que se destacaron pese a las intrigas de los hombres. A más de esto, expone que “las Academias barbudas” (261) no han permitido que las mujeres manifiesten su capacidad intelectual, que aunque las mujeres tengan títulos más vale “tener barbas” (261). Por último en la octava parte del ensayo alude a dos libros publicados por mujeres. En los mismos se presenta “la emancipación de la mujer” (262) y promover la necesidad de instrucción de las mujeres. Y finaliza diciendo, que “En las naciones en que es honrada la mujer, en que su influencia domina en la sociedad, allí de seguro hallareis civilización, progreso, vida pública. En los países en que la mujer está envilecida, no vive nada que sea grande: la servidumbre, la barbarie, la ruina moral es el destino inevitable a que se hallan condenados” (262). En fin, si son las mujeres las que poseen el control de la sociedad, ya sea divina, humana, moral física e intelectualmente, se garantiza el orden, pero si son humilladas, predomina la crueldad, la decadencia de los valores sociales y la subordinación y/o dependencia. A través de “La mujer,” Gómez de Avellaneda utilizó el espacio, la experiencia, como análisis. Su experiencia está creada por las construcciones político-culturales que imposibilitan a las mujeres a representar su realidad.

En su segundo ensayo “Luisa Molina,” Gómez de Avellaneda habla sobre una joven pobre que vive en los campos de Cuba de nombre Luisa Molina, de “existencia oscura, ignorada, humilde” (365). En el mismo promueve la educación desde una perspectiva distinta, desde lo natural sin la necesidad de atavíos antiguos o recursos diseñados por la mano de los hombres. El encuentro o contacto con la naturaleza impulsa a Luisa la creación. Por lo cual, Gómez de Avellaneda ostenta la necesidad de otros campos del conocimiento para contribuir a la literatura. Con esto, estimula a Luisa a seguir escribiendo poemas debido a que simplemente “Dios sólo hace al poeta, dándole privilegiadamente la preciosa facultad de sentir y gozar la belleza en todas sus relaciones y armonías” (369). Por medio de este corto ensayo, la escritora induce a las mujeres a desnudar sus experiencias por medio de la escritura para incorporarse en la sociedad gobernada por los hombres. Igualmente, “revisa el concepto de genio literario y su relación con la creatividad femenina, a través de una poeta no conocida [la cual es símbolo] del genio femenino” (Albin 115). Por ende, en este ensayo es que Gómez de

Avellaneda deja implícito que las mujeres deben salir de la oscuridad y darse a conocer. Dejando clara esta idea, a su vez, presenta que no hay necesidad de leer ni de estudiar “en los pobres libros de los hombres, [porque ella] tiene abierto ante [sus] ojos el libro inmenso de la naturaleza” (369). Por lo que “En un gesto retórico [...] denuncia la exclusión de las mujeres del saber racional” (Albin 118) y le pide a Luisa que se dé al mundo que está lleno de sabiduría.

En una de las ideas expuestas por Gómez de Avellaneda, ésta pide que se reconozca la participación de la mujer dentro del discurso de igual manera que se hace con los hombres. Así lo percibimos cuando habla sobre la transcripción de la carta de Luisa dirigida a Gómez de Avellaneda, “Es imposible leer fríamente las ingenuas y encantadoras líneas que acabamos de copiar, y que no pudieran ser imitadas por los primeros escritores del mundo” (368-69). Con esto, la escritora arranca la figura de Luisa de un plano oscuro, silencioso y la plasma en el lugar de aquellos escritores reconocidos. Urge alejarse de los desaciertos y buscar la necesidad de un análisis espacial político-cultural. Ese espacio, provisto por Luisa como sujeto del pueblo valoriza el saber desde el descubrimiento oculto en la naturaleza. Más allá de esto, ese enlace con lo nuevo, lo natural, le permite a Luisa renovarse y permanecer transparente de toda costumbre impuesta por los hombres. Destituye la subordinación de las mujeres respecto a los hombres y no sólo advierte cuán grande es el arte de Luisa sino que los hombres, dados a la escritura deberían imitarla por la sencillez y la humildad con que escribe. Luisa es la remembranza del conocimiento sobre la verdad ya que la búsqueda de la verdad sobre el conocimiento sólo es permisible cuando se busca la verdad por medio del conocimiento. Por tanto, este ensayo da paso a que las mujeres adquieran conocimiento, se eduquen y disfruten de la creación.

En el caso de Dulce María Borrero en “El magisterio y el porvenir de Cuba” plantea la necesidad de la educación como método de salvación, de esperanza a la imagen del cubano. Es por ello que la imagen del maestro permite reivindicar el carácter histórico y restablecer la capacidad del ciudadano (10). Presenta la imagen del maestro como una estrategia de creación y apropiación de ideas que reconstruyen el conocimiento de los cubanos. Sin los maestros, los ciudadanos se enfrentan a un mundo oscuro, sin ilusiones. En cuanto a los niños, éstos son “la arcilla infantil” (11) de

donde salen las nuevas generaciones y que éstos, los niños, comparados con el Fénix, pueden reformar “el antiguo concepto de la cubanidad, el tipo antiguo, decoroso y sincero del cubano, corroído actualmente de extrañas fealdades por obra de los odios insaciables” (12). Es por eso que el maestro es la figura indiscutible que puede rescatar la isla, porque “Hacer hombres es cosa más compleja, tarea más profunda que nutrir de teorías prefijas el cerebro infantil, y [...] el maestro ha de tener ágil el corazón y libre de trabas formulistas la voluntad divina de forjarlo” (14-15). En suma, la figura del maestro es de importante en el desarrollo del ciudadano cubano, pero Borrero de Luján nunca establece diferencias de género. Se apropia de la importancia del maestro y no articula una defensa a favor de la educación de las mujeres distinta a la de los hombres. Los unifica en el enramado del símbolo del Fénix y consagra la necesidad de la educación para poder vivir y dar cara al pasado que está presente. Para con esto, todos juntos como ciudadanos puedan sobrellevar las negligencias habidas y no corromper más la patria. Cabe explicar que Borrero de Luján demuestra la importancia del espacio cognitivo. Este centro de atención determina la valoración de la percepción humana dentro de su espacio. Por medio de la figura del maestro se “destruye este espejo de la representación en el que el conocimiento cultural es habitualmente revelado” (58). La figura del maestro es una de desafío porque rompe con lo homogéneo, lo único, todo aquello establecido por los hombres con autoridad. Por lo cual trasciende las fronteras tomando el origen de su historia y reclama el conocimiento para que surjan nuevas enunciaciones.

En su segundo ensayo, “La fiesta intelectual de la mujer. Su actual significado; su misión ulterior,” Borrero de Luján bosqueja nuevamente la idea de unidad del pueblo, pero esta vez vista desde la necesidad de conciencia y de oírse a sí mismos. Comenta que hay un miedo al cambio y que debido a ese temor “son muchedumbres yacentes que un simulacro de falso dinamismo mueve de un lado a otro como peleles trágicos y hueros” (25). Hasta cierto punto, es una sociedad llena de monigotes, de muñecos que se dejan manipular por lo que Borrero de Luján los incita a que vivan un presente dispuestos al cambio.

Dicho ese alegato, discute sobre la posición que ocupan las mujeres dentro de la sociedad cubana. Borrero de Luján rinde homenaje a María Luisa de los Ríos, y a un

mismo tiempo a todas las mujeres. Alude al tan sugerido concepto de “criatura endeble” con que se denota a las mujeres. Indica que las mujeres si están dispuestas al cambio porque son figuras firmes y decididas que luchan ante el dolor de la patria. Su mayor reconocimiento dentro de la sociedad es “la estructuración de nuestra personalidad moderna y ágil sobre su antiguo y legendario molde. Así recobra ella, bajo las luces de un derecho nuevo, toda su hereditaria majestad” (31). La intervención de Borrero de Luján como sujeto nacional que defiende las voces marginales escinde lo antes establecido por la cultura. Hace un llamado a la conciencia y exhorta al pueblo cubano a que acepte los cambios. Y, al manifestar la exclusión de las mujeres con autoridad narrativa, indica que hay que meditar todo cuanto hemos heredado para de ahí extraer el conocimiento. Borrero de Luján aboga por las mujeres para que salgan del silencio y construyen el presente a través de las experiencias vividas. De lo contrario permanecerán ciegas si carecen de voluntad de saber. No obstante, lamenta que las mujeres no sean distinguidas por infundir el ideal patriótico.

En la República Dominicana Salomé Ureña de Henríquez se dedicó, además de las letras, a la enseñanza. Como ya mencioné antes, Ureña de Henríquez creó la primera escuela femenina, el Instituto de Señoritas. Como mérito a las primera graduandas de la escuela, la escritora dio su discurso titulado “Palabras” (1888). En el mismo distingue a la educación como un “deber sagrado” (198) que debe ser otorgado a todas las mujeres. Establece que todas deben “fortalecerse [...] con la posesión de la verdad y de la moral científica, para preparar y fortalecer a su vez [...] la conciencia de las generaciones del futuro” (198). Presenta, asimismo, la necesidad de luchar en contra de lo injusto, lo que aprendió de su compañero de su vida, “que lleva por ideal el triunfo del bien, de la virtud y de la ciencia” (198). Alude a la prevalencia de “la cicuta y la cruz” (199), símbolos de aquellos que sólo portan el veneno y el fin religioso de los adversarios del progreso de las mujeres. Este vínculo por medio de estos símbolos alude a la colonia (metrópoli) y a la religión que por mucho tiempo han subyugado a la contraparte fémica de la sociedad. Por lo cual es necesaria la luz, o sea, la educación a las mujeres, y demás por igual, para que salgan de las tinieblas. Esa oscuridad de las tinieblas es lo que Ureña de Henríquez quiere evitar al clamar que se dé educación a las mujeres. Al salir de la incomprendibilidad y el desconocimiento, las mujeres pueden

dar a conocer su espacio. Presenta la posibilidad de una esperanza al educar y graduar a un grupo de mujeres que sabrán impartir nuevas ideas a las generaciones de la patria.

En otro discurso, publicado bajo el mismo título “Palabras” de 1893 sirve de antesala para el tercer acto de graduación del Instituto de Señoritas. Para la escritora, las mujeres que obtienen un título para impartir la enseñanza son “sacerdotisas” (199) dignas de propagar el conocimiento las nuevas generaciones. Por tanto, comenta que “tendrá el niño en cada maestro un mentor (sic) un guía para el desarrollo de sus facultades, para el desenvolvimiento de su espíritu” (200). Cuestiona la necesidad de la instrucción de las niñas, de las mujeres y de las madres que viven en la plena oscuridad de la escasez de raciocinio y conocimiento. Por ende, lamenta la gran injusticia que viven las mujeres por parte de la sociedad al proveerles una educación a los hombres y no a las mujeres. Indica que es ilógico que el hijo por ser hombre sepa más que su madre y que es necesario educar a la otra mitad de la humanidad porque son las mentoras y guías de los seres humanos. Por tanto, es de suma importancia “[prepararlas] para coadyuvar inteligentemente a la reforma social que se inicia con el desarrollo de la conciencia” (200). Por otro lado, agradece al centro de educación que les dio la oportunidad a las mujeres de educarse y felicita el logro de que el Instituto de Señoritas fuese nombrado Escuela Normal para Maestras. Reconoce también a aquellos que colaboraron en esta empresa educativa, su esposo, los profesores y las jóvenes profesoras que lucharon con las necesidades económicas y debido a su abnegación y méritos alcanzaron sus metas.

Camila Henríquez Ureña en “Feminismo” plantea que las mujeres pueden restablecer el gobierno del fracaso si éstas se lo proponen y si los hombres así se lo permiten. Alude a la gran aportación de las mujeres a la sociedad la cual no ha sido valorizada como debería. Cuestiona la historia como a una guerra entre los hombres y las mujeres en las que las últimas son vistas inferiores y desiguales. Las mujeres vistas en un principio como “bestia[s] de carga” (9), esclavas y, más adelante, víctimas se les veía como seres inferiores, incapaces de pensar, de tomar decisiones, e indignas ante los hombres por ser “la tentación en el paraíso” (16). Conforme las ideas y los años han pasado, las mujeres han tomado distintos caminos a los ya designados por la sociedad

patriarcal. Henríquez Ureña alude al surgimiento del movimiento feminista que trató de mejorar la condición integral de las mujeres con el propósito de equiparar los derechos entre los hombres y las mujeres. Con la propuesta de ley postulada por el feminismo se pidió emancipación económica, derecho a la política, y obtención de una educación integral, entre otras cosas. Según la escritora, las mujeres “puede[n] tener una vida aparte de la del hombre, exterior al hogar: estudio, trabajo, política” (33). Para lograr un cambio, una transformación social es necesario que las mujeres igualmente “renunci[en] a los gajes de su fragilidad, a sus virtudes al revés: la astucia, la hipocresía, la ligereza, la explotación de la sensualidad del varón” (34). Por tanto, es importante que las mujeres adquieran valores positivos para que adquieran “independencia de criterio, firmeza, serenidad, espíritu de cooperación, sentimiento de la comunidad humana” (34-35). Todo esto gracias a un riguroso cambio del sistema patriarcal que les conceda educación y participación a las mujeres en la sociedad.

En cuanto al ensayo “La mujer y la cultura” (conferencia con motivo a la celebración en Cuba del Tercer Congreso Nacional Femenino), Camila Henríquez Ureña se dirige a las mujeres y les dice que deben consagrarse a “alcanzar la excelencia individual” (101) para sobreponer la cultura. Ya que la “cultura es el esfuerzo consciente mediante el cual la naturaleza moral e intelectual del ser humano se refina e ilustra con un propósito de mejoramiento colectivo” (102). Para demostrar el esfuerzo realizado por las mujeres menciona a dos figuras cubanas, a “Gertrudis Gómez de Avellaneda en el campo de las letras y María Luisa Dolz en el campo del magisterio” (101).

En el mismo recordó que,

En tiempos de mis abuelas, en el seno de la sociedad hispanoamericana a que pertenecieron, todavía se enseñaba a las señoritas a leer, pero no a escribir, para que no produjeran cartas peligrosas. (A menos que no se las escribiera el Señor Cura, como en Campoamor.) En tiempos de mi madre, cuando ésta fundó la primera escuela secundaria para mujeres en su país, en colaboración con el sabio maestro Eugenio María de Hostos, fue duramente censurada por querer ‘sacar a la mujer del seno protector del hogar’... y de la ignorancia que le era impuesta como una virtud inherente a su sexo. (103-04)

Con esta cita, Henríquez Ureña concientiza sobre la situación que vivieron tanto su abuela como su madre dentro de los parámetros de la sociedad patriarcal dominicana. A su vez, condena esa situación histórica porque éstas y demás mujeres se les prohíben presentar como eran. De ahí que cuando las mujeres asumen un lugar dentro de la economía, pueden adquirir la libertad moral e intelectual que les permite realizarse como personas independientes (104). Por tanto, la escritora advierte la necesidad de que las mujeres se especialicen en un campo determinado para que alcancen su excelencia individual a través de la cultura. Es necesario según la ensayista que las mujeres ubiquen su presente, su experiencia, para que puedan incorporar la lucha de su realización. En suma, Henríquez Ureña afirma que para que las mujeres sean educadas éstas deben conocer su cultura y liberarse de la servidumbre tradicional a la que se aferran debido a su ignorancia (109). Pero a su vez, es importante que participen de la instrucción que proveen “la escuela y la cátedra y la tribuna y las exposiciones, y la prensa y la radio y el teatro y el cine” (110) porque con ellos adquirirán fácilmente la educación.

En Puerto Rico, Lola Rodríguez de Tió sigue la misma línea de pensamiento que las escritoras anteriores en su ensayo “La influencia de la mujer en la civilización.” En el mismo alude, como se mencionó en el capítulo anterior, a una cita de un Ábate con la cual valoriza la participación de las mujeres en la transformación de los pueblos, pero que se le ha negado debido a los maltratos por parte de los hombres en el sistema patriarcal. Plantea que las mujeres están capacitadas para gobernar los países, pero los hombres las han imposibilitado al tenerlas como “objeto constante de idolatría o de odio, de entusiasmo o vituperio” (81). Para que éstas salgan de esa frialdad fraccionaria en la que se le observa como objeto débil, ignorante y esclava, deben crear conciencia. De nuevo hay un llamado a la conciencia. Rodríguez de Tió estimula a las mujeres a luchen y transformen los pueblos. Es un desafío a lo ya establecido para que se reconozcan los cambios. Logrado esto, se ofrece la posibilidad de nuevas posiciones de sujeto que no estén reducidos a la asimilación, o peor aún, a la exclusión. Y si así lo logran, “será[n] la[s] mujer[es] fuerte[s], responsable[s] ya de todos los actos de su vida” (84). En consecuencia, Rodríguez de Tió pide

que se conozca, que la mujer puede pensar y sentir al igual del hombre, que de ser su digna compañera al emprender el áspero sendero de la vida, y que al penetrar en el santuario del saber no se la debe considerar como intrusa, sino como aliada generosa que como su simpática influencia ha de contribuir necesariamente al perfeccionamiento social, siguiendo a la par del hombre las corrientes civilizadoras. (84)

En su segundo ensayo, “La educación de la mujer,” dado como discurso para galardonar la figura de Albéniz de Ruiz, Rodríguez de Tió se consagra a presentar la importancia de la educación de las mujeres. Reivindica la posición de ignorante que la sociedad les ha asignado para mantenerlas en el olvido y en el silencio. En su determinación, advierte que los hombres busquen en la historia cual ha sido la infamia a la que se ha sometido a las mujeres. Observa, como lo hizo en el otro ensayo, que de una persona ignorante surgen esclavos, pero si se educa ha de procrear personas dignas, ilustres, “obreros del pensamiento y ciudadanos de la patria” (135). Por tanto, es de vital importancia que se eduque a las mujeres para que propaguen la verdad a futuras generaciones. Finaliza afirmando que en la unión de un sólo pensamiento la sociedad prosperará y se sentirá orgulloso de las mujeres educadas pues ellas son la base del porvenir.

En relación a las escritoras anteriores, en “La mujer en el hogar, en la familia, en el gobierno,” Luisa Capetillo esboza desde sus experiencias, como mujer y como obrera, opiniones sobre la condición de las mujeres. Interesada por la libertad de las mujeres, sostuvo que el sistema social patriarcal imperante en su época mantenía a las mujeres ignorantes y esclavas. Afirma que se instruya a las mujeres tanto de manera manual como intelectual. Cuestiona la contradicción de la falta de educación de las mujeres junto a la imperante necesidad de educar a sus hijos. Por lo que exige educación para que puedan tanto instruir a sus hijos y tener el respeto de sus maridos y demás hombres. Sugirió que la educación fuese igual para ambos, tantos hombres como mujeres. Debido a la falta de educación de las mujeres, Capetillo dice que “Ella [la mujer] forma, modela cuidadosamente, pero de un modo a veces equivocado, por falta de educación, casi siempre los futuros legisladores (sic) y revolucionarios” (143). Por esta razón, insiste en que ocurren tantos fracasos políticos. Afirma “que la primera

y mejor escuela es el hogar. La mejor y superior maestra para el niño, es, la madre instruída” (144). Y sobre todas las cosas, debe enseñar “sentimientos de bondad [e] instruirlos en los rudimentos de la instrucción primaria” (144). Por consiguiente, “La mujer educada e ilustrada, es buena madre y buena esposa” (144). Manifiesta su creencia de que en caso de alguna separación conyugal con los estudios adquiridos, las mujeres pueden sostenerse económicamente. Este planteamiento lo desarrolla más adelante y alude a que no debe haber contratos entre los hombres y las mujeres. Creyó que las parejas deben unirse por amor y no por conveniencia familiar. Difirió en el trato de inferioridad dado a las mujeres y creyó necesaria la separación de las parejas si uno de éstos era infiel. Igualmente, critica a aquellas mujeres que tratan con frialdad a sus esposos, y que es su deber de educarlos para que haya un ambiente de armonía en el hogar. En suma, sus ideas cuestionan los estereotipos de la época y abogan por una familia libre de ataduras tradicionales en la que tanto los hombres como las mujeres deben tener una educación equitativa.

En cuanto a “La mujer en la época primitiva,” Capetillo retoma las ideas antes establecidas de la esclavitud de las mujeres en las que “considerada como un objeto de poco valor” (277) y cuyo trono es el ámbito doméstico. Formula el panorama histórico en el que se les da a las mujeres privilegios a educar a sus hijos y a participar en el poder a través de los espacios familiares. Constata que con el paso de los años se le otorgan más “derechos y privilegios, pero aun es esclava” (278). Por otra parte, advierte que las mujeres “En inteligencia rivaliza[n] con el hombre, en el trabajo igual en actividad, en iniciativa y en perseverancia; para todo tiene libertad y derechos, menos para amar, para elegir con entera franqueza y libertad” (278). Esta realidad justifica la cultura de dominio y circunscribe a las mujeres en los códigos establecidos. Aún así, esto no imposibilita, según Capetillo, que las mujeres sean superiores (279). En concreto, la escritora manifiesta la necesidad de educar a las mujeres para que dejen la esclavitud. Aspira a que se reconozca la superioridad de las mujeres sobre los hombres. A su vez, contribuyen con la apreciación de los cambios culturales como parte del progreso de la sociedad (como por ejemplo el uso de las faldas pantalón o los pantalones). Luisa Capetillo genera una descarga que va desde la transformación de las áreas sociales hasta los cambios habidos en las estructuras sociales, políticas y

culturales. Esto origina una problemática sobre la homogeneidad de la identidad cultural. Estos cambios a los que Capetillo se refiere son rupturas que se transmiten en un nuevo espacio. Es este lugar en donde se perciben la diferencia, la otredad, y donde influyen otras ideas, tanto de la cultura dominante como la subordinada. Se rompe con la unidad creída y creada por la hegemonía social patriarcal. Con esto cuestiona lo tradicional, y aunque abogue para que las mujeres sean instruidas, para la autora éstas también deben saber realizar los quehaceres domésticos para que verdaderamente sea una mujer liberada y no subordinada. Ya con esto en mente según Capetillo, las mujeres son capaces de luchar por el progreso y dar a conocer su gran fuerza que han sabido adoptar de la cultura dominante, los hombres.

Considerando la similitud de los todos los ensayos, las escritoras presentan la necesidad de educar a las mujeres para que puedan participar dentro del marco histórico en el que viven. Por medio de sus ensayos se plantea la idea de inclusión de cada uno de los seres humanos en la sociedad, pero más aún las mujeres que han permanecido por siglos ocultas y subyugadas en el silencio del espacio doméstico. Por consiguiente, se debe considerar a las mujeres como individuos dentro de una serie multidimensional de realidades en donde se adquiere una huella, la experiencia.

Otro punto que señalan las autoras en sus ensayos, es que los hombres son la figura que dirige el mundo, pero las mujeres son el símbolo de integridad, las albaceas históricas. Debido a esto, éstas son el resguardo de la nación. Éstas en otras palabras son la contraparte esencial de la nación en cuya otredad se construye un “contra-discurso.” En ellas hay una verdad silenciosa oculta, lo incomprensible de la historia que no aparece en los textos. Partiendo de esta premisa, se puede subrayar que desde los orígenes de la educación en el Caribe hispánico hay una urgencia y un rescate de las mujeres como entes sociales. Se suscita un antagonismo y una representación, en cuyas fronteras sociales las mujeres se afirman para enunciar sus parvedades. Sin embargo, la condición de las mujeres origina un cambio cultural en el que se cuestiona el rol dado a las mujeres por sociedad patriarcal y se plantea el resultado. Cuando las escritoras describen la impotencia de las mujeres para progresar, éstas proveen la solución al pedir el derecho a la educación. Con la adquisición de instrucción, sostienen que las sociedades pueden trascender y enfrentarse a las limitaciones impuestas. Por

otra parte, son ellas, las escritoras, la expresión de la resistencia y la voz de lucha que clama por el cambio social. Esto se debe a que su escritura adquiere matices de género tras vivir la experiencia e incorporar los factores que denuncian su silencio. Por ende, el lenguaje recrea los discursos dominantes reelaborados por la voz que lo manipula. Es por ello que la participación de cada una de las mujeres, sus escritos y sus experiencias es el protagonismo de los movimientos sociales que se enfrentan a la problemática femenina. En fin, tanto sus ensayos como sus experiencias son el compromiso de liberar a las mujeres de las imposiciones sociales, en las que viven subordinadas.

CAPÍTULO IV

LA POLÍTICA Y LA EDUCACIÓN DENTRO DE LA ENSAYÍSTICA CARIBEÑA DE SEIS ESCRITORAS

“La naturaleza sólo hace mujeres cuando no puede hacer hombres.
La mujer es, por tanto, un hombre inferior.”

Aristóteles

Como hemos visto a lo largo de este trabajo de investigación, los ensayos de estas seis escritoras caribeñas Gertrudis Gómez de Avellaneda, Dulce María Borrero de Luján, Salomé Ureña de Henríquez, Camila Henríquez Ureña, Lola Rodríguez de Tió y Luisa Capetillo presentan las vicisitudes acaecidas por las mujeres durante el siglo XIX y principios del XX. Sin embargo, existe una disyuntiva en cómo ellas fundamentan sus reclamos respecto a la identidad cultural femenina atribuida por la sociedad patriarcal caribeña. Distinta a todas y de manera inconfundible una de las escritoras analizadas sobresale por su manera de desarrollar su discurso. Sus palabras son digna representación de su experiencia como mujer de clase trabajadora que aprendió de las letras por devoción. En otras palabras la figura de Luisa Capetillo es sin duda una mujer que como muchas empezó desde las estradas inferiores para reclamar sus derechos utilizando el discurso burocrático de aquellos que no tenían que padecer de necesidades. Igualmente, Capetillo es controversial por su descendencia, hija de padre español y de madre francesa (entiéndase por algunos por raza, aunque someramente no hay tal cosa, sino una distinción de nacionalidades o pigmentación de la piel). Por su condición de mujer, de obrera, clase media, y de otra estirpe distinta a la burguesa de la isla de Puerto Rico, Capetillo se enfrentó cara a cara contra las injusticias no sólo de las mujeres sino también de los otros seres humanos considerados inferiores, subalternos. Con un propósito de restauración social a través de su conciencia anarquista Capetillo desafió la sociedad patriarcal poniéndose pantalones, hablando en tribunas, como madre soltera, no académica y autodidacta.

En su ensayo “La mujer en el hogar, en la familia, en el gobierno” presenta varios asuntos contradictorios. Va desde una crítica a las madres, a las esposas, a las mujeres ricas, a la enseñanza, violencia doméstica, a apoyar la relación prematrimonial. En fin, su ensayo de principio a fin es un desafío, un reto sociopolítico y culturalmente hablando que se distingue a las peticiones de las otras escritoras. Pero para poder hablar de esto debemos hacer un recorrido por los aciertos de todas las escritoras.

El Caribe, el gran imaginario europeo, había sido inventado y reinventado muchísimas veces. La metrópoli española se apropió en gran medida de la región y proveyó una definición distinta correspondiente a las necesidades o valores, fuesen primeramente militares, económicos u otros. Sin embargo, los ciudadanos del Caribe hispano han sabido autodefinirse por medio de sus prácticas y actitudes. Han señalado denuncias sobre la opresión que vivieron y viven, y, por consiguiente, han afirmado su identidad. Dentro de ese espacio caribeño hay una gran comunidad, una sociedad fragmentada, heterogénea que es el reflejo del desarrollo histórico donde confluyen los más variados sistemas, ya sean éstos políticos, económicos, sociales.

Curiosamente, en las islas caribeñas debido a la influencia colonial han establecido diferencias entre los ciudadanos mismos. Esto ha causado que unos grupos indistintamente predominen sobre otros. Esta realidad hace que las tres islas del Caribe protagonicen de la evolución de sus culturas, y que su literatura se convierta en un desahogo didáctico y de libertad de pensamiento. A partir del progreso de la literatura, las mujeres, el segundo grupo de ciudadanos, pero subordinado, concluyen manifestarse en el mundo de las palabras para dar a conocer su experiencia histórica.

Dentro del escenario social, las mujeres intentan resolver sus necesidades desde sus experiencias individuales. En ese sentido, sus experiencias son transmitidas más allá del espacio de lo privado y contribuyen en la construcción de una situación común que de una manera u otra nos afecta e interesa. Entre las búsquedas humanas que las escritoras como mujeres han resaltado como espacios de realización humana son la política y la educación. Ambos ámbitos influyen grandemente en la injerencia que tienen las mujeres en la toma de decisiones.

Para hablar con conciencia sobre cómo las mujeres han luchado para pertenecer a los espacios de la política y la educación hay que prestar atención a las inquietudes de éstas y valorizar la historia. De ahí, reconocer la presencia e importancia de las mujeres como sujetos que han contribuido a la historia tanto en la dirección que los hombres les han querido dar como por la dirección que ellas tomaron. Por ello, es imposible negar su irrupción en el espacio público.

En el espacio político, las mujeres tienen un aporte distinto a los hombres, pero, a su vez, complementario con el aporte masculino. Las mujeres afrontan las situaciones con una particular sensibilidad. Por medio de sus experiencias dentro del hogar, como madres y esposas, persiste en ellas la preocupación por las personas. Se percibe una inclinación a formar grupos, equipos, para encontrar soluciones de manera conjunta.

Las escritoras, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Dulce María Borrero de Luján, Salomé Ureña de Henríquez, Camila Henríquez Ureña, Lola Rodríguez de Tió y Luisa Capetillo, a través de sus ensayos no sólo presentan el problema junto a su solución, sino que buscan comprender cada situación que las mujeres han vivido con el propósito de ofrecer alternativas, caminos y remedios. Por medio de esa búsqueda, las escritoras como mujeres brindan una realización humana más profunda, y al comprometer a los demás en su ejecución al leer sus ensayos es parte de su aporte femenino. De esto surge el gran desafío. Las escritoras por medio de sus ensayos se han atrevido a desplegar lo suyo, su experiencia, sin importar las dificultades que lo acompañan, de manera que haya evidencia de su aportación en el espacio de la construcción de la sociedad.

Es por ello oportuno delimitar los alcances de la presencia de las mujeres en los espacios públicos de la política y la educación. Su dinamismo y liderazgo se ha fraguado en el presente, y a medida que éstas asuman mayores responsabilidades su aporte dentro de la sociedad va a ser más significativo. Sin embargo, la oportunidad de acceder a los espacios públicos ha sido un privilegio sólo de algunas mujeres. Aunque todas las mujeres sean capaces y puedan asumir sin dificultad cualquier responsabilidad, no han recibido la formación correcta, ya sea porque han tomado responsabilidades familiares desde edades muy tempranas o porque no se han

atrevido a cuestionarse si pueden o no tomar otros caminos. Lo cierto es que varias mujeres no podrán participar ya sea en la política o en la educación, no por no querer, sino porque nunca han soñado con algo distinto.

La sociedad ha secundado la realización de las mujeres desde la esencia de la construcción de la familia y la maternidad. Estas bases son lo que la sociedad ha favorecido como desarrollo integral de las mujeres como personas y que, a su vez, han inculcado para que contribuyan con estos fines. Debido a las exigencias sociales, las mujeres se han visto obligadas a elegir entre la familia, el trabajo y sus vocaciones. A la par con esto, las escritoras presentan la posibilidad de que todas las mujeres, casadas o no, pueden integrar su vida privada con la pública, porque en cualquiera de los dos ámbitos hay que hacer un gran esfuerzo para no descuidar sus responsabilidades. Por ello, la institución familiar y la sociedad tendrán que ser capaces de integrar a las mujeres para que ellas puedan tener una realización completa como personas. Sin importar cuál sea la decisión, es un desafío el compatibilizar los roles de madre y esposa con el compromiso social.

En cuanto al valor de la figura de las mujeres dentro de los espacios públicos de la política y la educación, permite que haya una representación fiel de una parte importante de la sociedad en la toma de decisiones. En esta línea, es importante destacar que las mujeres a pesar de permanecer en ausencia dentro de los espacios públicos, en los espacios privados, entiéndase los espacios dentro del hogar, éstas tenían importancia en la enseñanza de sus hijos los cuáles tomarían las decisiones que regirían la sociedad en el futuro.

Ciertamente, dentro de los ensayos discutidos, lo que más afecta y preocupa a las escritoras tiene matices particulares que se relacionan con lo que hacen y aspiran. Esto es lo que más enriquece la participación de las mujeres dentro de los espacios privados. Junto con esta contribución contendría señalar que, en la medida que las mujeres desarrollen su liderazgo propiamente femenino, su participación no sólo en el ámbito privado sino también en el público se verán beneficiados por su sensibilidad y por su experiencia.

Tomando en cuenta esto se puede decir que la historia en si ha contribuido a que se construyan nuevos vínculos que enriquecen a cada uno de los seres humanos

dentro de la sociedad. Referente a los viejos tradicionalismos, tanto las costumbres como la historia presentan cómo se opone a las mujeres con el discurso que las subyuga a ser ciudadanos subordinados. Su representación limítrofe y espacial está proporcionada no únicamente por contenidos trascendentes, sino por lo ocurrido en el proceso de enunciación. Por consiguiente, la identidad de las mujeres como sujetos subordinados se presenta como una práctica, una experiencia, en la cual la enunciación implica a la colectividad. Desde este concepto surge la identidad, en la cual se exterioriza la diferencia cultural con una significación inestable y, que a su vez, desafía al sujeto dominador.

Tomando en cuenta vemos que históricamente a las mujeres se les ha desplazado y han sido unas memorias olvidadas, pero que igualmente han sabido sobreponerse y desplegar su particularidad. La integración de lo femenino junto a lo masculino es que permite la creación del ser humano total. Por tanto, es necesaria la inclusión de las mujeres en cada espacio que define la sociedad, en este caso, particular de esta investigación, la política y la educación. En otras palabras, al ocurrir un encuentro entre las experiencias femeninas con las de los hombres se afirma la propia identidad. He ahí que se logra la unidad que enriquece aquello que somos y lo que hemos de ser. Por cuanto es de suma importancia que las mujeres den paso al descubrimiento y afirmen su identidad femenina a través de la experiencia. Si esto se logra, supone una valoración de las mujeres por parte de la sociedad como sujetos.

En cuanto al espacio de la educación, fue necesario considerar una igualdad de oportunidades tanto para mujeres como para hombres. Desde un principio en la historia se observa que hubo diferencias marcadas entre la educación adscrita a mujeres y a hombres en cuanto a qué cursos, entiéndase clases, tomarían, actividades que realizarían y las categorías de ocupaciones en las que estarían. Con el paso de los años, mucho antes del siglo XIX y hasta principios del XX, las mujeres pasaron de un nivel educacional pobre a uno menos inferior, pero aún con responsabilidades familiares. En otras palabras, la integración de las mujeres a la educación no fue tarea fácil.

Igual que en el resto del mundo, las mujeres en el Caribe tuvieron que hacer un gran esfuerzo para enfrentar los prejuicios que por muchos años imposibilitó su

progreso intelectual y profesional. Fue a mediados del siglo XIX, pero sobre todo más a finales del mencionado siglo, que las caribeñas invadieron de manera significativa las escuelas. Sin embargo, las condiciones más favorables para la conquista de las profesiones denominadas masculinas se remontan a principios del siglo XX, cuando un mayor grupo de mujeres supo abrir paso en las escuelas de la época. Con ello, las mujeres no exclusivamente dieron su primer desafío a las normas establecidas por la sociedad patriarcal, sino que su ejemplo contribuyó a que otras generaciones de mujeres lucharan de igual o mejor manera.

Como resultado, la inclusión de las mujeres históricamente dentro del espacio educativo fue un hito cultural con gran trascendencia. En contraste, tanto en el espacio privado como público se impulsó el acceso femenino a la carrera magisterial. Con esta carrera se justificó la gran aptitud innata de las mujeres para tareas educativas ya que siempre han estado al cuidado moral y material de los hijos.

A través de los ensayos, las escritoras han dibujado el cuadro de su vida de aquel entonces. Sus palabras son el reflejo de sus experiencias guardadas en su interioridad. Con su mirada plasmada en las letras rescatan las dimensiones de lo humano que nos construyen, y que peligran de ser olvidadas ante el dinamismo del presente. A medida que se avanza en cada uno de los ensayos seleccionados del siglo XIX y principios del XX, el lector es capaz de intimarse con las experiencias de las escritoras y de las mujeres de esa época. De entre las palabras no se escapan ni la defensa a las mujeres ni los detalles cotidianos sobre cómo en conjunto las mujeres se enfrentaron a la sociedad en la que vivían.

La transparencia de las palabras y el desafío de su discurso son un encanto posiblemente fotográfico de la vida de las mujeres. Es por ello que la lectura de estos ensayos invita a compartir las memorias y a abordar las experiencias de las mujeres caribeñas del siglo XIX y principios del XX. La experiencia significativa de una convivencia fue lo que diferenció la aproximación y distanciamiento, el rechazo y la conformidad de las costumbres y modos de vida (quehacer humano) establecidos por la sociedad patriarcal. A su vez, es notable la aspiración literaria de las escritoras en querer trascender y manifestar su propio destino biológico, el cual ha sido vinculado desde tiempos inmemorables al espacio doméstico, sin visibilidad ni voz. Se percibe un

empeño de las escritoras por forjar su identidad literaria legítimamente como resultado de su identidad histórica y cultural tal cual hicieron los hombres en el Caribe para diferenciarse de los hombres de España.

Igualmente, las escritoras presentan en los ensayos su preocupación respecto a la situación ausente que viven las mujeres dentro de la sociedad patriarcal caribeña. Para ello, desarrollan una literatura en la que asumen su voz y exteriorizan sus raíces, su historia, sus experiencias. Esta inclusión recae al trasponer uno por la posición del otro en la que viven las mujeres, por la hibridez cultural que éstas han adquirido y finalmente por la utilización del lenguaje. En cada uno de estos casos, las escritoras muestran una ambigüedad en la que prevalece una dicotomía de sujeto/ objeto. Dentro de esa división se percibe que el sujeto (occidente/ Caribe/ escritora) salvaguarda un objeto (subordinado/ mujer). Paradójicamente, en este caso el objeto defendido es igualmente el sujeto que se transforma en los que tienen voz. Partiendo de la transformación de la dicotomía, ahora objeto/ sujeto, se demuestra que la mujer es parte misma del suceso histórico-social y no por lo que no es ni se interpreta al otro (sujeto) respecto al objeto (mujer). Por ende, tanto las mujeres dentro de la sociedad caribeña como las escritoras están relacionadas dentro de la misma cultura y en conjunto, como voz y cómplice de la experiencia, se constituyen para sobrevivir y ocupar una posición dentro del poder social.

Tomando en cuenta esto, vemos que la división sirve de baluarte para sostener el discurso que las ensayistas han escrito. Desde el momento en que las mujeres escriben se compromete la superioridad de los hombres. El discurso, antes exclusivo de los hombres, es apropiado por las mujeres para que así trascienda la voz silenciada que engloba la sociedad caribeña del siglo XIX y principios del XX. Con esto las escritoras se convierten en artefactos históricos de la hibridez cultural. Debido a la participación de las mujeres dentro de la cultura nacional se crean otras formas de significado. Al afirmar las diferencias entre hombres y mujeres, tanto en sus roles como vocaciones, creadas artificialmente por la sociedad, se instauro la cultura, la sociedad como conglomerado. La ideología del género debe restablecerse desde la familia, ya que éste es el espacio donde se transmiten los estereotipos de conductas asumidas sobre qué es masculino o femenino. He allí donde se pueden negociar los valores de la

sociedad que definen la cultura desde el conjunto total de los actos humanos y sus prácticas (económicas, políticas, etcétera).

Por otro lado, los ensayos de las escritoras aquí estudiadas son estrategias de deconstrucción social porque buscan crear un nuevo concepto de la sociedad caribeña. En otras palabras, las autoras intentan rehacer la sociedad por medio de una concepción distinta de la naturaleza de las personas, su sexualidad e identidad humana. De esta manera las palabras plasmadas en los ensayos trascienden y no son esquematizados porque son la experiencia, la representación de lo que las mujeres han vivido en la sociedad del Caribe patriarcal hispano. A su vez, sus escritos proveen nuevas posibilidades de otros tiempos culturales y espacios narrativos.

Con lo antes mencionado sobre los ensayos de Gómez de Avellaneda, Borrero de Luján, Ureña de Henríquez, Henríquez Ureña, Rodríguez de Tió y Capetillo, se distingue que sus escritos son, por ende, una novedad y una repetición de su experiencia porque provocan, desafían lo que viven. Igualmente reivindican las voces silenciadas de la sociedad. Ellas desde su posición de sujeto subalterno reclaman derechos, a través de una desafiante observación del sistema patriarcal en los ámbitos de la política y de la educación.

En el espacio político, vemos que históricamente desde tiempos de Aristóteles los hombres eran la máxima autoridad y los demás ciudadanos, conocidos como criaturas, eran inferiores (fuesen éstos esclavos, mujeres o niños y niñas). Debido a esta inferioridad, las mujeres no pudieron manifestar interés en participar en otros espacios que no fueran los de la casa ni tampoco tenían derechos, sólo estaban comprometidas a los deberes del hogar y al hombre. Pero con el transcurso del tiempo, las mujeres obtuvieron un lugar dentro de los espacios privados. Para ellas conquistar y conseguir terreno dentro de la política, tuvieron que ingresar en los enfrentamientos de independencia de sus respectivos países.

Al participar en las guerras por la independencia que contribuyeron a las transformaciones del panorama político-social y al vivir la expansión capitalista de los Estados Unidos con objetivos de intervención geopolíticos y culturales en la zona caribeña, las mujeres consiguieron fuerza para poder expresarse a sí mismas que pueden combatir la discriminación. A partir de este encuentro, de esta transformación

de la cosmovisión caribeña, las escritoras se convierten en sujetos frente a su discurso y muestran cómo las mujeres han sido la imagen del otro, la imagen del sujeto sumiso. Esta idea, como anteriormente se ha mencionado, representa la idea de identidad en donde la cultura se construye sobre la realidad humana como producto de la interacción entre hombres y mujeres en el espacio público de la sociedad. Otro punto que se debate en estos ensayos es la falta de deseo de disponer una sociedad coherente en la que se levante el andamiaje nacional y una cultura sólida, aspecto que apenas ha cambiado en este siglo XXI.

Como sujetos subordinados, las escritoras incorporan la degradación de las mujeres y desafían al patriarcado a través de sus ensayos. Por ende, se inscriben a sí mismas y a sus ensayos en el marco de la lucha por una identidad política, educativa y cultural. Dentro de la temática de la política, Gertrudis Gómez de Avellaneda en “La mujer” subraya la limitación de las mujeres al espacio doméstico. Incorpora además una defensa de las capacidades de las mujeres tanto de género y como seres pensantes. En adición, demuestra cómo las mujeres han vivido subordinadas a las normas religiosas y sociales impuestas por los hombres. Así que Gómez de Avellaneda representa una toma de posición legitimadora del grupo subordinado frente a la supremacía de los hombres en una estética de resistencia con voz propia.

Partiendo desde el marco religioso o del pensamiento judeocristiano, la escritora alude a la imagen de la Virgen María, la cual es un símbolo de honor por engendrar al Salvador de la humanidad, y representación del entorno familiar y social. La representación de María dentro del panorama socio-cultural obliga a que todas las mujeres estén relacionadas a su figura. Aunque la figura de María aparece en un plano de inferioridad y de subordinación a los hombres, es el modelo femenino en donde se distingue una denuncia de las injusticias de la condición femenina. Por medio de su figura de “heroísmo religioso” se intenta reivindicar el derecho a las mujeres a la instrucción y participación dentro de los sistemas políticos. A través de su pureza, la integridad de las mujeres es ennoblecida. Igualmente pone en relieve las ventajas que la sociedad caribeña puede obtener de la participación de las mujeres en la vida social y en el desarrollo del país al desarrollarse sus capacidades. Por consiguiente, el modelo de María que se propone no es ciertamente la del ángel del hogar, esposa y

madre, que vive bajo el servicio del marido y de los hijos, sino uno adscrito a las novedades, a la independencia, a un redescubrimiento de la autenticidad de ser mujer.

Esta situación comprueba que hay un descubrimiento de la historia de la mujer desde dentro y más allá de la historia oficial. Esta idea permite que las mujeres estudien más a fondo las obligaciones que éstas tienen respecto a la sociedad en la que viven y su condición típica, para de ahí plantear sus derechos como sujetos. En otros términos, la figura de María, fuera del susurro de los rezos, constata que las mujeres pueden valorizar sus experiencias particulares como mujeres de acción y reivindicar los oprimidos. Por tanto, las mujeres pueden afrontar situaciones complejas, intervenir y transformar las dificultades en esperanza sin abandonar su condición de mujer.

Igualmente, Gómez de Avellaneda recalca que las cualidades de carácter de las mujeres les permiten restablecer a la sociedad. Plantea que la fuerza del corazón, “nada tan incompatible con el dictado de *débil* con que se distingue al sexo” (227) y fuera de toda deformación de sentimentalismos y feminizaciones, ayuda a las mujeres a administrar justicia. Esa plenitud, en efecto, proclama que las mujeres son las mediadoras que ayudan a la transformación de las sociedades.

Siguiendo esta línea, la escritora afirma que las mujeres son capaces de gobernar y administrar los intereses públicos. Y añade que, “Nada requiere mayores dotes de inteligencia y de carácter; nada aparece revestido de tanta gravedad y grandeza como el gobierno de los pueblos. [...] regirlos bien es por consiguiente la más excelsa de las glorias” (229). Este contenido es lo que evidencia el desafío a los hombres. Considerar a las mujeres como ruptura de los valores culturales establecidos evidencia la posición femenina en la sociedad. Su participación activa en el gobierno le permite colaborar en la construcción de la sociedad desde fuera de los espacios domésticos. Por tanto, el ensayo “La mujer” es un testimonio de determinación de las mujeres ante las inconformidades sociales. Es un testimonio de gratitud de dones femeninos que demuestra la sencillez y la devoción de las mujeres, y una propuesta a las mujeres a salir del silencio, del ocultamiento y la pasividad.

En cuanto a la educación, Gómez de Avellaneda afirma por la igualdad de las mujeres como seres pensantes dentro de la sociedad. Desde una perspectiva

polémica, hace un recorrido interior, una ojeada hacia sí misma, para de ahí demostrar la capacidad de las mujeres a través de la experiencia. Para la escritora, la educación era un derecho que todos los seres humanos deben tener. Justifica, además, que las mujeres tienen como derecho natural a ser lo que ellas quisiesen y, por ende, la educación debe ser accesible a ellas. Igual que otras defensoras de la educación para las mujeres, en este ensayo (“La mujer”) Gómez de Avellaneda intenta sacar a las mujeres del hogar y de la ignorancia dados como virtud de su sexo. Señala que las mujeres tienen un predominio de los afectos, una gran intuición y un sentido maternal que les ayuda a evocar su alma y sus palabras. Añade que su valor y patriotismo son la fortaleza que ha de ayudar a las mujeres a seguir adelante y a anhelar una educación en la sociedad prejuiciosa en la que viven. Por lo que el criterio expresado por Gómez de Avellaneda respecto a las mujeres mostró la capacidad para la contribución de las mujeres al bienestar social si éstas gozan de una educación.

En “Luisa Molina” Gómez de Avellaneda habla sobre la educación y los derechos de las mujeres desde la figura de Luisa. Para esta joven es natural ser una poeta. Por consiguiente, los poemas son el reflejo de lo que es ella y su vida. En este caso, la escritora defiende el derecho a las mujeres a obtener otras alternativas de estudios. Para ello, toma distintas perspectivas para generar una nueva percepción. Según la escritora, Luisa debe estudiar de la naturaleza porque de ahí encontrará la educación necesaria. El contacto, en este caso con el medio ambiente, le otorga a Luisa un encuentro con la creación inhibida en su alma, cosa que no es percibida por otros ya que viven en la incompreensión del mundo, tan lleno de incertidumbres. A partir de esta petición, Gómez de Avellaneda inicia un proceso de mirada del interior. Esto incorpora el espacio y los hechos desde la perspectiva del sujeto subalterno. Es a través de esta representación que se defiende el derecho a la educación de las mujeres. Dentro de este espacio, el sujeto subordinado, Luisa en representación de las mujeres, valoriza el conocimiento desde una historia olvidada o todavía no escrita oculta en lo natural. Es esta conexión con lo nuevo, lo que permite que las mujeres resurjan de entre los espacios incomprensidos. En fin, en ambos ensayos, la autora articula las opresiones sociales que vivieron las mujeres durante el siglo XIX para poder participar dentro de los espacios privados de la política y la educación.

Siguiendo la idea del corazón como fuerza para administrar justicia en el gobierno, a principios del siglo XX Dulce María Borrero de Luján en “La fiesta intelectual de la mujer. Su actual significado; su misión ulterior” señala que un pueblo diligente y resistente es aquél que atiende a lo que el corazón le dicta. Por medio del corazón se constituye un ideal defensor que fortalece la conciencia y lo aleja de caer en detrimento. Enfatiza que los cubanos asumen una postura de miedo al cambio al tener oídos sordos y fallecer en los estragos del pasado. Para evitar esa decadencia, la escritora determina que hay una necesidad de vivir, pero vivir con voluntad al cambio. Este acontecimiento es posible si las mujeres ayudan a los hombres a hacer frente a la historia e inscribir nuevas relaciones sociales en las que se permita la participación de las mujeres en la política y en la educación. Por consiguiente, debate y discute los grandes sacrificios que las mujeres han vivido desde tiempos inmemorables. A su vez, denuncia la desvalorización de las mujeres y apunta que los discursos femeninos no son ecos de frivolidades sino una defensa patriótica.

Consiguientemente, habla de la unificación del pueblo para valorar y estructurar la conciencia humana dentro de los imaginarios de los espacios creados por las construcciones político-culturales. La fuerza de “la maravilla de compenetración establecida entre un grupo de hombres comprensivos y una muchedumbre reidora y confiada de mujeres activas, valerosas, despiertas a la responsabilidad [pueden lograr una] misión ineludible” (32). Esta presentación del imaginario y formas de identidad social, cuya comprensión sitúa la relación de los procesos que acontecieron en la sociedad cubana y el estudio de las experiencias de las mujeres, como grupo minoritario, permite pensar con optimismo que en el futuro se resolverán parte de las carencias señaladas.

Respecto a la educación rinde homenaje a las mujeres a través de la figura de María Luisa de los Ríos. Comprueba que las mujeres están dispuestas al cambio por ser figuras firmes y decididas que se atreven a combatir por la patria. Sin duda, Borrero de Luján hace un llamado a la conciencia. Exhorta a las mujeres a salir del silencio histórico en el que se encuentran para que animen a los demás a reconstruir el país por medio de la experiencia.

En su segundo ensayo, “El magisterio y el porvenir de Cuba,” Borrero de Luján presenta una revisión de la importancia del magisterio en Cuba. Inicia el ensayo aludiendo, como se mencionó antes, a la verdad y la fe como elementos esenciales para salvar vidas. De entre las dos, la fe posee “el poder cicatrizante y milagroso [que] alumbr[a] el precipicio profundo que está invisible” (8). A más de esto, indica que hay una gran necesidad de unirse como pueblo, pero por medio de la educación. Por ello, la edificación del pueblo cubano está en manos de la figura del maestro. Así lo indica, “El magisterio [...] tiene que unificarse, reanimarse, volver a la conciencia de su función tutelar, reparadora, si queremos vivir humanamente más allá del día de hoy, [...] interrogación llena de incógnitas que ninguno se atreve a formular” (10-11). En otras palabras, para Borrero de Luján es primordial que el maestro tome las riendas de la sociedad y les dé un sentido de esperanza, de rehabilitación para que tengan el valor de seguir adelante. De lo contrario, no habrá quién se atreva a cuestionar, ni preguntar ni caminar hacia el futuro y sus vidas serán un incierto profundo, doloroso. He aquí que curiosamente la autora entremezcla la figura del maestro con el gran maestro de la historia, Jesús. Alude al gran sacrificio del maestro por todos y que por medio de su muerte se hizo justicia. La autora para enfrentarse a la realidad en la que vive utiliza la imagen moralista y tradicional. Para la autora, el maestro es un profeta, un creador, imágenes concretas de Jesús. Igualmente, manifiesta que las escuelas son como panales de abejas en donde se unen “muchedumbres anémicas” (13) para saciar su sed de conocimiento. En otras palabras, el maestro es el árbol de la fe y la esperanza. De igual manera, señala que el maestro es un tallador, figura alusiva nuevamente a Jesús. Jesús era carpintero, igual que José, su padre (Isaías 44. 13-17). La labor fundamental de los carpinteros era, y aún es, trabajar la madera para producir casas y herramientas para la agricultura, entre otras cosas. Es por eso que el maestro es igualmente un carpintero porque puede moldear el conocimiento en los estudiantes. Como la autora así lo expresa, si utiliza su cincel de manera correcta y propia ha de crear hombres justos, pero si no lo hace de manera justa puede corroer sus almas y lo priva del conocimiento (15).

Otro aspecto que la autora utiliza es la parábola de las semillas de la *Biblia* cuando escribe, “La escuela nueva ha de estructurarse en el sentimiento de sus fieles

cultores antes que en la fría solidez de la piedra, a flor de suelo” (14). El maestro además de carpintero es un cultor, debe dar a los que así quieran aceptar el conocimiento para fructifiquen. Le corresponde desarrollar, ejercitar el talento y explotar las nuevas semillas para que como grupo, unidos, salgan adelante. Es importante además reconocer que la autora compara al cubano con el fénix, ave de la mitología que renace de sus cenizas. Con esta imagen Borrero de Luján quiere que los cubanos reconozcan que ellos pueden salir de las situaciones maltrechas que han vivido. En otras palabras, el fénix es el símbolo de la hermandad que imparte una verdad más profunda. O sea, que el símbolo del ave fénix representa igual que Jesús la resurrección, que pueden recobrar nuevas físicas y morales, pero no es morir por el fuego sino creciendo de nuevo de entre las vicisitudes, las cuales son las enseñanzas de la vida.

Por otro lado, la escritora no interpela la participación de las mujeres dentro del gobierno, pero si favorece a la unidad, al cambio, y al derecho a la educación a todos por igual como salvación del cubano. Por consiguiente presenta la figura del maestro como el mediador indiscutible que imparte la enseñanza y que puede reivindicar el carácter histórico. Los maestros son la representación de la viva creación que sabe enfrentarse a los cambios y que pueden moldear a “la[s] arcilla[s] infantil[es]” (11). En consecuencia, son los promotores sociales que forman conciencias y enfrentan el entorno complejo que en muchas ocasiones ellos mismos deben superar. Por tanto, proponen y buscan a través de la formación la solidaridad, la humanidad y la tolerancia, entre otras cosas. Pero, curiosamente, Borrero de Luján no especifica en este ensayo una defensa igualitaria de la educación para las mujeres respecto a los hombres. Todo lo contrario, los consolida en el símbolo del Fénix en donde se valoriza el espacio cognitivo. Al romper la autora por medio de su discurso lo denominado uniforme, ésta trasciende las fronteras de la historia y reclamo conocimiento. Por medio de esto, la autora en representación de las figuras denominadas inferiores dentro de la sociedad permite que los sujetos subordinados se incorporen dentro de un conjunto multidimensional de realidades discontinuas, y surge el nuevo sujeto histórico. En otras a través de la inestabilidad social, convergen muchas ideas y se crean nuevas prácticas culturales e históricas. Como ejemplo es la redefinición de la función de la

evangelización redentora justificada para institucionalizar el abuso para presentar la necesidad al cambio y reclamar el derecho a la educación igualitaria de todos los cubanos. Con la apropiación del contexto religioso la autora no sólo se justifica sino que logra entrar en el discurso hegemónico y ser escuchada. Esto es lo que se conoce como la traducción. Borrero de Luján tomó lo aprendido y por medio de su experiencia lo incorporó, redefinió el discurso por medio de la experiencia, transmitida por la escritura en este caso. Es el método de comunicación. Por tanto el discurso expuesto por esta escritora, igual al de las otras escritoras, es la traducción, el análisis de lo de adentro y de lo de afuera, de lo aprendido y de lo incorporado, que crea una identidad que depende de paradigmas de género, raza, o cultura étnica.

En cuanto a la política, según parece desprenderse de sus ensayos, la autora dominicana Salomé Ureña de Henríquez no propicia un alegato a favor o en contra de la misma. Ella se centra más en una defensa de la educación, del ejercicio magisterial y de las mujeres. En ambos ensayos, titulados los dos igualmente como “Palabras,” uno de 1888 y el otro de 1893, Ureña de Henríquez rinde homenaje a las mujeres que han concluido el semestre escolar en el Instituto de Señoritas que ella creó en la República Dominicana. A través del reconocimiento, la educación misma, para la escritora, es un “deber sagrado” (198), el cual debe impartirse a todas las mujeres para que propicien el desarrollo de sus capacidades, habilidades y aptitudes. Por medio de la educación, se afirma la conciencia y surge la superación personal de cada individuo. Recalcó, al mismo tiempo, que es necesario luchar contra los precedentes históricos que aún menosprecian el crédito de aquellos que son considerados inferiores. Con la alusión a “la cicuta y la cruz” (199), la escritora enmarca la dicotomía de metrópoli / religión. Con este esquema la sociedad sigue de manera intermitente o parcial la autoridad de ideales de subordinación. Esta denominación no sólo desvirtúa las circunstancias históricas de aquel entonces sino que, además, presenta una subordinación simbólica. Esa sumisión no exclusivamente fue posesionada sino que aún persiste y niega la oportunidad a las mujeres a progresar, a independizarse. Justamente, esta dependencia es la que Ureña de Henríquez quiere evitar al proveer y promover la educación a las mujeres. No obstante, el vínculo con los hechos históricos subraya que las sociedades caribeñas se inscriben dentro de ese dramático histórico.

Esta denuncia persiste igualmente en “Feminismo” de Camila Henríquez Ureña. Vale destacar que en este ensayo la escritora inicia con la introducción de una parte de la comedia de Aristófanes en donde las mujeres irrumpen en el gobierno para restituirlo. Curiosamente esta comedia presenta la mala administración del gobierno de parte de los hombres y cómo Praxágora convence a las mujeres de que tomen ellas la administración. Esta obra griega es una crítica en la que se toma el aspecto político y hay una defensa parcial de la igualdad de los sexos. Conforme a esto, se contraponen la mala gobernación de los hombres frente al ideal de un gobierno de mujeres.

Contradictoriamente, durante esa época esta comedia no exteriorizaba un ideal a favor de las mujeres sino que era una humillación y caricatura de la situación política. De todas maneras esto demuestra que desde antes ha habido problemas y que los hombres no han sabido administrar correctamente los sistemas políticos. Por ende, Henríquez Ureña utiliza esta alusión para indicar con claridad que las mujeres son capaces de mejorar el gobierno si se les ha permitido. Al partir de este concepto, señala que las mujeres han vivido como “bestia[s] de carga” (9) y que no se les ha valorizado.

Indistintamente, con el pasar de los años y al surgimiento del movimiento feminista, las mujeres han adquirido algunos derechos y han podido representar sus realidades a través de sus experiencias. Son sus experiencias el modelo productivo que subyace en la escritura y que restaura la figura de las mujeres. Éstas como sujetos desafían límites e irrumpen dentro de la cultura que es cambiante. En otras palabras, al cuestionar constantemente el lugar donde se les ha etiquetado y estereotipado dentro de la historia olvidada, denuncian lo que han vivido y cómo se han integrado como individuos en la sociedad en la que viven. Pero para lograr esto, según la Henríquez Ureña y las demás autoras, las mujeres deben gozar de una educación y participación en los espacios públicos de la sociedad.

Para consagrarse a una excelencia individual, Henríquez Ureña señala en “La mujer y la cultura” que las mujeres deben manifestar una mayor concientización de su posición en la cultura. Además, pide que las mujeres se afirmen como entes pensantes y progresivos. Para adquirir estos propósitos, las mujeres deben inscribirse a sí mismas en el marco histórico para alcanzar su espacio dentro de las construcciones político-

culturales. De lo contrario, permanecerán en la historia no escrita y olvidada. En otras palabras, las mujeres deben educarse para conocer su cultura y de ahí obtener la libertad de la servidumbre tradicional a la que se las ha impuesto.

Igualmente, Lola Rodríguez de Tió afirma la inclusión de las mujeres dentro de los espacios públicos, tanto políticos como educativos. Involucrada en el ámbito de la política, tanto de su tierra natal Puerto Rico como Cuba, la escritora reclama la independencia. Siguiendo la idea de Gómez de Avellaneda y Borrero de Luján, y a través de la mención de un miembro de la religión, en “La influencia de la mujer en la civilización” la escritora manifiesta la urgencia de la participación de las mujeres en la transformación de los pueblos guiadas por el corazón. Es interesante observar la necesidad de escuchar al corazón para salir de la frialdad fraccionaria con la que se gobierna a los países. Es un llamado a la conciencia para disponer justicia por medio del corazón como intermediario de la transformación de la sociedad. El surgimiento de nuevas posibilidades en las que las mujeres son parte integral del sistema y que, a su vez, permite que aflore la historia no escrita. Las mujeres pueden perfeccionar moral e intelectualmente la civilización por medio de sus experiencias en el nuevo espacio de construcciones político-culturales basado en la comprensión y el interés de la relación humana-espacio.

En “La educación de la mujer” Rodríguez de Tió distingue la importancia de la instrucción de las mujeres a través de un homenaje a Albéniz de Ruiz. Para la escritora el poder alcanzar los estudios es un privilegio en el que se vislumbra la verdad y que es necesario a todos por igual. Menciona que a las mujeres se les tiene en un nivel de ignorancia con la cual éstas sino ven la luz pueden ayudar a destruir el futuro de la sociedad. Es imprescindible que se eduque a las mujeres para éstas puedan ayudar en el progreso de la sociedad y procreen ciudadanos dignos e ilustres. Por tanto, para que la sociedad adquiriera conocimiento debe inclinarse al descubrimiento y esto es posible si se permite la participación e intervención de aquellos sujetos subordinados para enriquecer el nuevo espacio en formación. En otras palabras, la aceptación de las mujeres dentro de la sociedad como parte del conjunto social permite no sólo la postergación de la misma sino que la enriquece.

En cuanto a Luisa Capetillo, a principios del siglo XX, estuvo al servicio y los derechos humanos, tanto para las mujeres como para los hombres a un trato equitativo social y laboral, el de los niños a alimento y salud, y por la dignidad de los seres humanos. Nunca supo qué era la pasividad. Todo lo contrario, su vida es un ejemplo de entrega total al esfuerzo, de inquebrantable determinación al servicio de la sociedad puertorriqueña. En ambos de sus ensayos, “La mujer en el hogar, en la familia, en el gobierno” y “La mujer en la época primitiva,” la escritora demanda cambios político-sociales y educativos.

A través de su oratoria de obrera y autodidacta, Capetillo invade los espacios publicitarios y desune su vínculo con el patriarcado de los intelectuales. Ella rompe con los esquemas sociales al entrometerse en el ámbito de los hombres tanto como mujer y como obrera. En ambas de sus posiciones se encuentra en un nivel de inferioridad una porque no tiene derechos a pensar y en la otra porque pertenece a un grupo social inferior que igualmente no puede pensar ni tener derechos a decir lo que está mal a su alrededor. En otras palabras, enfatiza un discurso que consolida tanto los problemas de género con los de clase. Por consiguiente, Capetillo, tanto como escritora como por ser mujer, prorrumpa de entre las historia como bienhechora de libertades y reclamos de ecuanimidad social.

Su actividad a favor tanto política como educativa presenta una lucha entre el poder y la subordinación. Ofrece sus ideas por medio de los aspectos sociales que observa en la sociedad patriarcal. Por medio de su discurso ella reescribe la historia del Caribe desde adentro. Y, por ende, sus ensayos son una respuesta a las normas establecidas por los hombres. De acuerdo a lo que la autora plantea en cada una de sus palabras, hay un sentimiento de resistencia a asimilarse al discurso hegemónico patriarcal. Dentro de esa resistencia se forma unas fronteras que son cambiantes. Este es el punto en el que emergen las diferencias y las experiencias y ocurre un momento de negociación y se formulan las discriminaciones, las privaciones del grupo denominado inferior. He aquí el por qué, la autora afirma que el sistema social dominante mantiene a las mujeres en el desconocimiento, en la ignorancia para tenerlas como esclavas. Por otra parte, según lo observa la escritora, la sociedad le exige a las mujeres que sean madres ejemplares tanto intelectual como

profesionalmente. Ante esta disyuntiva señala que la sociedad debe instruir a las mujeres para que así puedan educar a sus hijos, tener el respeto de sus esposos y demás personas en la sociedad en que viven. Menciona, a más de esto, que las mujeres cohabitan en los límites espaciales e históricos en donde viven una historia única, pero olvidada por no estar escrita ni por denunciar los errores que la historia ha hecho en contra de ellas. En este caso, arremete en contra de aquellas familias ricas que utilizan a los pobres para subyugarlos más.

Si analizamos más a fondo “La mujer en el hogar, en la familia, en el gobierno,” Luisa Capetillo empieza su ensayo con una crítica a las mujeres como madres. Indica que éstas deben saber coser, cocinar sin formar desórdenes. Igualmente, presenta una denuncia a aquéllas que no quieren hacer nada porque se les deterioran las manos y les sugiere que utilicen guantes, pero que no dejen de hacer nada “Pues unas manos útiles son preferibles á (sic) unas simplemente bellas” (134). En cuanto a los maridos, Capetillo les propone a las mujeres que los eduquen si éstos son ásperos y egoístas, pero también les dice a los maridos que sean “pacientes, dulces, amorosos y [que estén] en el hogar” (135) para que el matrimonio sea uno próspero. Por otro lado, Capetillo consideraba que el matrimonio no debía estar prescrito por las instituciones ni por la iglesia. Infería que era una decisión libre y espontánea de la pareja, y no una resolución de la sociedad tradicional. Al respecto decía, “Para mí el matrimonio es un error, tal como está establecido. En la actual sociedad la mujer se casa por seguir la costumbre. Y el hombre á (sic) veces para tener una ayuda ó (sic) esclava” (161). Es por ello que la autora creía innecesario que las instituciones privadas reglamentaran el matrimonio y lo aceptaran si éste era permitido y legítimo. Esta idea era contradictoria a la época ya que se reprimía cualquier manifestación pasional y afectiva que no fuese la indicada en la sociedad patriarcal. El control sobre el matrimonio permitía una estabilidad social que otorgaba a los hombres autoridad sobre los integrantes de la familia. Por consiguiente, la única constitución familiar patriarcal era la concebida por el matrimonio cristiano. Pero en suma, la función legítima del matrimonio era la conservación de la familia, y reiterar las costumbres sociales respecto a los roles femeninos y masculinos. Pero indistintamente, sea cual fuese la relación, legítima o no, la relación conyugal de las mujeres fue siempre de sometimiento, de subordinación y

dependencia frente a los hombres. Igualmente creía Capetillo en que las mujeres podían participar del adulterio, una manifestación de ilicitud afectiva repudiada por la sociedad patriarcal, si sus esposos lo eran con ellas. Para la autora, las mujeres no deben atenerse a los formulismos sociales sino que deben ir en contra de los mismos, y, es por ello, que reclama que las mujeres puedan aceptar a otros hombres si son rechazadas por sus esposos. “¿Acaso es justo que ese hombre pueda serle infiel, sin que nadie le crea culpable, y aún así crée (sic) tener derecho para exigir fidelidad” (140). Ante esta situación de adulterio Capetillo creía posible que las mujeres podían vivir nuevas experiencias y mucho más si los hombres andaban con otras mujeres, en muchos casos prostitutas, y estaban susceptibles a adquirir enfermedades venéreas. Si bien el abandono o la búsqueda de satisfacción fuera del matrimonio eran conductas repudiadas y vergonzosas, según Capetillo, era obligación de la sociedad aceptar el divorcio de las parejas.

Sin apartarse del tema del matrimonio, critica fuertemente a las mujeres que sólo piensan en la apariencia física y descuidan los deberes del hogar. Señala que la belleza primordial es la natural, sin exceder su peso, pero a un mismo tiempo dulce, honesta y fuerte. Alude a los adornos sociales prescritos a las mujeres durante las épocas de los abuelos, los cuales eran “El silencio, la modestia, el retiro, su continua laboriosidad, su habilidad para las costuras y demás labores propias del sexo, su constante aplicación, para el gobierno de la casa, su desprecio á (sic) los atavíos y galanuras” (137). Escribe además que en esa época se les exigía a las mujeres permanecer en la ignorancia y el olvido ya que en dicha ausencia eran mucho más bellas y admiradas. Esto es una crítica a la desigualdad social y sexista de la época.

Pero, ¿se debe educar a las mujeres en la ignorancia de todas las cosas y delimitarlas exclusivamente a las funciones del hogar? ¿Deben los hombres hacer de las mujeres unas esclavas? También, ¿deben impedirles que sientan, que no conozcan nada con el fin de poderla esclavizar mejor? Sin duda alguna, no. Las mujeres no sólo deben aprender a cómo fungir en la sociedad, sino también es necesario que sepan su lugar, su posición dentro de la sociedad. Por ello es necesario que éstas tengan libertad de participar en los ámbitos de la política, la educación, en la sociedad en general. Otro aspecto importante en Capetillo es que no reclama una diferenciación de

los sexos. Todo lo contrario, la autora no desea que se clasifiquen las personas por lo que hacen (los hombres establecidos en el mundo de la razón y las mujeres sumergidas en el espacio privado de la casa, lleno de sentimentalismos, moralidad, ajenas a la razón). Para ella esta desigualdad dada por la moralidad religiosa de la época es una manera de subyugar las relaciones entre los seres humanos. Introduce a esto la idea de las apariencias sociales en las que muchas mujeres se sacrifican para continuar las costumbres (140). Por lo que para Capetillo esta moralidad es la represión de la voluntad del ser humano.

Culpa además a los que impiden que se eduque a las mujeres, pues como las otras escritoras, la autora reconoce que las mujeres madres son las que enseñan “al futuro monarca, como al ministro y presidente; al útil bracero y el inteligente educador” (143). Pero debido a su falta de instrucción, éstas pueden educar mal a sus hijos. Todo lo contrario si éstas reciben una productiva formación, pues “la política de los pueblos sería distinta” (143). Sin embargo, esto no es así debido a que, según señala Capetillo, las mujeres continúan transmitiendo las malas ideas a sus hijos de generación en generación sin ver que sus limitaciones educativas atrofian el pensamiento y no permiten una libre deliberación de lo que pasa en sus vidas. Por consiguiente afirma que “No hay duda que la primera y mejor escuela es el hogar. La mejor y superior maestra para el niño, és (sic), la madre instruída (sic)” (144).

Otro tema presente es la violencia doméstica. Este asunto es un fenómeno que desde tiempos inmemorables ha acompañado la historia, pero que muy pocos lo han considerado un problema. Capetillo revela incidentes de maltrato que van desde la intimidad sexual hasta el maltrato físico de la pareja. Entre los factores que la autora presenta son la evasión al agresor y su contraparte el enfrentamiento. En una de las escenas provistas indica que “¿Podrá existir verdadera felicidad en el matrimonio siendo el hombre el único que puede resolver, y disponer de su albedrío, y satisfacer sus deseos, sin observar si le gusta ó (sic) no á (sic) su mujer? Acostumbrado á (sic) la obediencia pasiva de la mujer, no se preocupa de indagar si está ó (sic) no satisfecha de su conducta. Y si no lo está, no procura complacerla ni adaptarse á (sic) una nueva vida” (138). En otras palabras, para Capetillo las consecuencias psicológicas de una relación violada, de satisfacción por parte de los hombres pueden ocasionar en las

mujeres sentimientos de impotencia, de baja autoestima e inclusive vergüenza. Por lo que en muchos casos debido a la mala educación y a las apariencias sociales las mujeres optaron por asumir posiciones de tolerancia y pasividad. En la otra escena que Capetillo expone un dato anecdótico en el que un hijo huye al ver que su padre ha maltratado físicamente a su madre.

Recuerdo un caso que refiere Guy de Maupasant, de un niño que jugaba en el jardín de su casa, y corriendo por sus callecitas, oyó ruido, se puso á (sic) observar, y por entre el ramaje vió (sic) á (sic) su padre que oprimía por un brazo á (sic) su madre y violentamente quería obligarla á (sic) que firmara un documento. Ella se resistió, y no lo hizo, y él en un acceso de cólera, la sujeta ambos brazos, y le abofeteó al rostro, de un modo cruel y villano. Fué (sic) tal la impresión que produjo en el niño aquella escena, que dió (sic) un grito y huyó pero lejos, muy lejos. (144-45)

Con esta situación se distingue que no sólo las mujeres salen perjudicadas por ambientes como ésta, sino también los hijos. Y así lo cuestiona la autora, “¡Cuántas escenas domésticas han influído (sic) é (sic) influyen poderosamente en los niños y los hacen buenos ó (sic) malos” (145). Como niños maltratados, física, emocional o mentalmente, como es el caso de de la historia, los daños que surgen se expresan de maneras distintas. Los mismos pueden presentar conductas irritables, retrasos motores y sociales, miedo, y en algunos casos futuros agresores. Igualmente, ver la angustia de la madre maltratada, su temor, le produjo al niño de la anécdota inseguridad y confusión. Pero lo peor es que aunque no estaba justificado el derecho a los hombres a golpear a las mujeres, la sociedad consideraba que los hombres tenían el poder en la casa y, por ende, podían castigar a su esposa e hijos. En otras palabras, la violencia doméstica era vista como un ejercicio legítimo de orden, un abuso de poder.

Respecto a la figura materna, Capetillo expone que el maltrato que reciben los hijos de las madres es producto de la carencia de instrucción y educación de ésta. “¿Si no se instruye, y educa la mujer, podrá educar, aconsejar y dirigir convenientemente á (sic) sus hijos? Nó (sic)” (147). Como se sabe, los hijos son los imitadores principales de sus modelos, ya sea la madre o el padre, pero de entre los dos tienen más contacto con la madre. Para que una madre sea el ejemplo perfecto de sus hijos debe tener

educación e instrucción, y si carece de una de ellas privará a sus hijos de desarrollar sus capacidades morales e intelectuales.

Distinta a las otras escritoras, Capetillo hace referencia a dos aspectos del desarrollo de las mujeres. Capetillo alude a una diferencia entre las palabras educación e instrucción. Esta diferencia no es vista por Gómez de Avellaneda, Borrero de Luján, Ureña de Henríquez, Henríquez Ureña ni Rodríguez de Tió. Las escritoras piden que se eduque a las mujeres con otros campos científicos, sociales, artísticos para que puedan ser buenas madres, pero no diferencian la educación moral impartida en el hogar de la instrucción adquirida en las escuelas. Contrario a éstas, Capetillo sí divide ambas. Para la escritora, la “Educación es, cultivar la paciencia, la tolerancia, la dulzura, la concordia, la abnegación, la templanza” (147). En otras palabras, la educación es la doctrina que imparte las facultades morales de los seres humanos. Por otro lado, la instrucción es el aprendizaje que se adquiere en las ramas de la ciencia humana. Es la forma de aprender los medios, las ciencias, la filosofía, la historia, entre otros, para abrirse al mundo. Conforme a Capetillo, ambos deben ir de la mano debido a que son la base primordial de la formación de los seres humanos. Igualmente, la escritora tuvo en cuenta que son individuos en formación que viven en una sociedad en permanente cambio y, que por consiguiente, requieren de ambas formaciones para ser personas lucrativas en la sociedad. Curiosamente, con el tiempo ambas palabras han colapsado una con la otra. Ya no se habla distintamente de educar o instruir como dos cosas por separado. Aunque ambas palabras sirven como sinónimos, se distingue que en el hogar se educa a los hijos para que sean personas de grandes valores morales contrario a la educación adquirida por la instrucción escolar en la que aprender de ciencias, matemáticas, filosofías e idiomas.

En suma, Capetillo no sólo se rebela contra los matrimonios, la violencia, las madres sino también contra los estamentos políticos de la sociedad patriarcal caribeña. Señala que las mujeres en Europa participan y tienen cargos públicos “sin perder su personalidad femenina, ni sus deberes de madre y esposa” (152). En otras palabras, no por tener la condición de ser mujeres les ha imposibilitado participar de lleno en la política y, aún así, siguen cumplen con las disposiciones de la sociedad dadas a su género. Para reforzar esta idea, evoca a una autora anónima que alaba a las mujeres

que son dignas de obtener un título académico y que logran señalar que no hay tal cosa “de la inferioridad del cerebro femenino” (152).

Con la impotencia y la frustración que siente respecto a cómo se juzga a las mujeres de la clase trabajadora o pobre arremete contra las mujeres de la clase alta, las denominadas damas de sociedad. De ellas dice Capetillo que éstas gozan de ir de compras, de dejar a sus hijos con las sirvientas, y entre otras siempre están atadas a la vanidad y a la moda. A éstas nadie, según la autora, las critican por no estar junto a sus hijos, ni sus hogares se destruyen. En otras palabras, estas damas son para Capetillo una pérdida social porque no realizan cosas que sean productivas en la sociedad. Si se toma esta crítica las otras cinco escritoras Gómez de Avellaneda, Borrero de Luján, Ureña de Henríquez, Henríquez Ureña ni Rodríguez de Tió eran mujeres de la burguesía y no de la nueva clase social a la que Capetillo pertenecía, la trabajadora.

Otro aspecto notable de Capetillo es el juicio que emprende contra los ricos. Alude a sus ideales, de anarquista y mujer obrera, para decir que los ricos podrían ayudar en la instrucción de los hijos de los pobres si son los pobres los que les han ayudado a tener sus riquezas. Para ella es ridículo que no se ayude justamente a la clase trabajadora la cual es la que ha fomentado el crecimiento de los pueblos. Demanda que se le pague un salario justo por su trabajo. Solicita a las esposas o a las mujeres ricas que no se embellezcan con lujos y que ayuden a los obreros ya sea pidiendo justicia para ellos o con víveres y ropa. Ese tipo de mujer es la que verdaderamente pondera Capetillo. Para ella, “La mujer que empieze á (sic) practicar estas acciones y estableciera la fraternidad ú (sic) igualdad social, se elevaría á (sic) un nivel tan alto sobre las mezquindades y egoísmos humanos” (157). En otras palabras, las mujeres son la figura de redención social que se necesita para eliminar las injusticias. A un mismo tiempo se le debe otorgar a éstas derechos de instruirse, porque según Capetillo “Una mujer instruída (sic) en lo que concierne á (sic) su sexo, antes y después de unida á (sic) su marido natural ó nó (sic), tiene que saber defenderse” (160). Y si así lo logra, entonces podrá participar en los espacios públicos para que entonces pueda cumplir con su destino.

Al final de este ensayo, Capetillo recalca nuevamente la postura de la madre en la sociedad patriarcal caribeña. Critica la forma distinta en que se educa a los hijos de las hijas, e inclusive muchas veces las madres prefieren más a los hijos que las hijas. ¿Por qué se da esto? Conforme a lo que dice Capetillo, la sociedad no está en contra de los hombres. Todo lo contrario acepta sus actos y si en algo se equivoca éste culpa a la madre o a las mujeres por su perdición. “Ese es el resultado del sistema egoísta de educación masculina” (163). Es por eso que la figura de la madre es de suma importancia para el desarrollo de la sociedad, pero para que pueda hacerlo debe prepararse, educarse e instruírsele. Concluye su crítica con los hombres al acusarlos de “egoístas y crueles” (165) porque éstos no saben complacer a las mujeres y sólo utilizan su poder para obtener lo que quieren. En fin, Capetillo afirma que debemos liberar a las mujeres de su rutina que no es más que el producto de los estereotipos sociales y religiosos.

Efectivamente su discurso cuestiona a aquellos que se lucran y menosprecian de los denominados inferiores. Debido a esa situación beneficiosa para unos y no para otros, Capetillo culpabiliza a los que hunden la sociedad en la miseria. Frente a esta situación, cree posible que la educación de las mujeres ayudará a la sociedad a salir del fracaso. La perspectiva de género permite suponer un camino paralelo en el cual las oposiciones y las correlaciones sociales dadas tanto a mujeres como a hombres van a la par. Esta posición de alteridad, en donde hay un “otro”, inferior o femenino son instrumento de formas de opresión y represión. Y es la resistencia a la autoridad y el poder (sea éste patriarcal, imperial) se traduce al canon como reescritura. En suma, los ensayos de Capetillo teorizan una resistencia que es vivida por aquellos que son denominados inferiores, subordinados. Este conjunto de muchas realidades incorporadas en el discurso de Capetillo permiten que surja un nuevo sujeto histórico, el cual puede gozar de una educación y la participar como los otros ciudadanos en el espacio en que se encuentra. Por medio de la incorporación del discurso hegemónico patriarcal, Capetillo redefine y renueva el pasado silenciado.

Como hemos visto, los temas de la política y de la educación han sido desarrollados en este trabajo de investigación con el propósito de analizar el pensamiento de las seis escritoras caribeñas seleccionadas, Gertrudis Gómez de

Avellaneda, Dulce María Borrero de Luján, Salomé Ureña de Henríquez, Camila Henríquez Ureña, Lola Rodríguez de Tió y Luisa Capetillo. Aunque éstas pertenecen al siglo XIX y principios del XX, ellas proponen en común la idea de que las mujeres deben salir al encuentro tanto contra sus mismas ideas como a las ideas de la sociedad patriarcal en la que viven. Estas ideas son parte de la cultura del Caribe adquirida después del acatamiento de la conquista y colonización de la metrópoli española. Educadas bajo el ritmo patriarcal de la cultura occidental y víctimas de las normas establecidas por los hombres, las caribeñas han sabido sobrellevar su identidad dentro de los segmentos sociales, sexuales o raciales. Y es a través de la política y la educación que las mujeres toman en cuenta los antecedentes históricos, y sus costumbres para ver las diferencias que coexisten.

La implicación de esto conlleva la intervención de un nuevo espacio de enunciación. Por medio de la escritura y la utilización del género ensayístico, las escritoras presentan sus ideas respecto a la participación de las mujeres en la política y en la educación no determinadas por la demanda de sentido de identidad sino para hacer una fisura en el silencio del pensamiento caribeño. Se enmarca a las mujeres como sujetos, como un “yo” dentro del contexto histórico y se emplea su experiencia particular. Y es a través de sus ensayos que las escritoras incorporan la complejidad de su silencio por medio de su rol interno (privado), su mundo doméstico. En otras palabras su ensayística formada por una red de pensamientos, las autoras relacionan la literatura con la historia y desatan un terreno de discursos que han sido delimitados por la condición de género. Por consiguiente, esa ruptura dentro del ensayo mismo permite que haya una polémica entre las experiencias y la historia que forman las figuras femeninas. En otras palabras, las ideas trazadas por las escritoras sirven para desequilibrar el eurocentrismo que dio origen histórico al Caribe, dando la posibilidad de otros espacios de pensamiento.

Cuando las autoras se escriben en el lenguaje lo hacen como sujetos con derechos propios. Ellas reconfiguran la historia con la experiencia para convertir la memoria en materia de escritura. He ahí que desafían a la cultura histórica y permiten el desarrollo de la nueva nación, de la identidad nacional. En otras palabras, al incursionar las mujeres dentro de la ensayística y al exponer sus experiencias desatan

nuevas interpretaciones de la historia nacional caribeña. Con esto, su escritura subraya que nada es homogéneo ni único. Por otro lado, las escritoras al emplear detalles, como son el adoptar estrategias para manifestar sus aspiraciones, presentar ejemplos de mujeres importantes y trascendentales en la historia, revelan la imagen construida de las mujeres como expectativa cultural de la sociedad patriarcal. Esto explica la necesidad de las autoras por crear un espacio dentro de la sociedad con su propia voz.

Con gran entusiasmo, las escritoras señalaron la contribución al bienestar y al desarrollo social, y enjuiciaron el lugar dado a las mujeres en la nueva sociedad caribeña, canalizando los cambios surgidos en la sociedad a través de sus ideas. Como resultado, sus ensayos problematizan las condiciones generales que viven las mujeres por la falta de participación en el espacio privado del Caribe hispano. Se hacen dueñas del lenguaje para representar sus propias vivencias como mujeres y escritoras. Por ende, se inscriben a sí mismas y a sus ensayos en el marco de la lucha por la identidad política, educativa y cultural.

CONCLUSIÓN

Yo quise ser como los hombres quisieron que yo fuese:
un intento de vida;
un juego al escondite con mi ser.
Pero yo estaba hecha de presentes,
y mis pies planos sobre la tierra promisoro
no resistían caminar hacia atrás,
y seguían adelante, adelante,
burlando las cenizas para alcanzar el beso
de los senderos nuevos.

“Yo misma fui mi ruta,”
Poemas en veinte surcos de Julia de Burgos

El propósito de este trabajo de investigación ha sido un análisis histórico literario de seis escritoras caribeñas durante el siglo XIX y principios del XX. Teniendo en cuenta, que tanto en el siglo XIX y principios del XX no eran momentos propicios para el desarrollo intelectual de las mujeres, no es extraño que carezcan estudios críticos y bibliográficos. A pesar del ambiente hostil que éstas vivieron, legaron una literatura cuyo valor no ha sido evaluado. Este trabajo de investigación aspira integrar la experiencia de las mujeres dentro del marco de los espacios de la política y la educación en las sociedades del Caribe hispánico en dos ensayos de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Dulce María Borrero de Luján, Salomé Ureña de Henríquez, Camila Henríquez Ureña, Lola Rodríguez de Tió y Luisa Capetillo. Por medio de una metodología feminista, el trabajo facilita un análisis comparativo de cómo las mujeres han intentado participar en los ámbitos de la política y la educación durante el siglo XIX y principios del XX. También se hace un recorrido histórico de las aportaciones femeninas a través del tiempo desde después de la conquista y colonización del Caribe hasta mediados del siglo XX.

Es importante señalar que en esta investigación partió de una plataforma de nombres de mujeres conocidas y no conocidas, desde las cuales se fueron formulando hipótesis y conceptualizaciones sobre el mundo familiar del hogar y la escritura producto de ese ámbito. A su vez, la investigación se organizó de forma temática en los capítulos y el contenido depende estrictamente si en los ensayos se habla o no de los temas estudiados. Al examinar los ensayos de las escritoras estudiadas es evidente el

desafío de éstas respecto a los parámetros establecidos por la sociedad caribeña que las circunscriben al espacio doméstico. Todas ellas afrontan y se resisten desde el momento en que escriben desde el género ensayístico. Y, no sólo eso, sino que escriben sobre los asuntos denominados “masculinos”, la política y la educación. Por consiguiente, critican y, a la par, coinciden en la idea de que la situación de las mujeres tanto en el siglo XIX como a principios del siglo XX permanece en exclusión en los espacios públicos. Pero es dentro de esos espacios precisamente que se desarrollan los mismos estatutos que designan a las mujeres al ámbito doméstico. Es por ello que Gómez de Avellaneda, Borrero de Luján, Ureña de Henríquez, Henríquez Ureña, Rodríguez de Tió y Capetillo utilizan el género del ensayo como una herramienta de poder para criticar la situación sociopolítica y educativa de su tiempo.

Para que las escritoras pudieran representar su sentir, su experiencia, de cómo la sociedad caribeña mantiene a las mujeres dentro del espacio doméstico, ellas tomaron la historia y sus experiencias como instrumento de expresión. Con esto, pudieron señalar las injusticias que sufrieron las mujeres por anhelar estudios o por querer participar en la política. Igualmente, el presente trabajo de investigación no sólo ha encontrado que las escritoras se limitan a estos dos temas, la política y la educación, sino también advierten otros temas como el derecho al voto, el matrimonio como instrumento político, el amor como fuerza tanto de afirmación como de destrucción, el conflicto entre el poder civil y el eclesiástico, y el derecho e igualdad en el trabajo laboral fuera del espacio doméstico.

Con la introducción del ensayo a las formas de escribir de parte de las mujeres se demuestra la habilidad de éstas para articular los hechos, los acontecimientos que les estaban sucediendo. Es a través de este género literario que las mujeres usurpan un lugar, un espacio que tradicionalmente era ocupado por los hombres. Y, no sólo eso, sino que se atrevieron a hablar de asuntos, a cuestionar de cerca las omisiones de las mujeres dentro de los espacios públicos de la sociedad caribeña. Y, es como dice Daisy Cocco de Filippis, “Los escritos de las mujeres de esa época, en su uso de imágenes y del lenguaje, constituyen la desestabilización de los sueños ‘imaginados’ de la Nación, articulados por su complemento masculino” (285).

El ensayo es un modo de persuasión que ostenta la reflexión. El ensayista proyecta su experiencia y la exterioriza en palabras. Por lo que persigue una defensa de un punto de vista personal y subjetivo. En otras palabras, las escritoras aquí estudiadas utilizan el ensayo para redimirse de los vínculos del discurso dominante, o sea, del discurso patriarcal. Ellas utilizan su experiencia femenina desde una perspectiva local, desde el espacio caribeño. Por medio de los ensayos, las escritoras formulan, cuestionan, desafían su realidad sociocultural. De esta manera, cada una de las escritoras se presenta como agentes, sujetos, y a un mismo tiempo el Otro, para llevar un mensaje a las demás mujeres. Esta misiva es un consejo para que ellas, las otras mujeres, también escriban su propia experiencia como método para su libertad de sí mismas y de los demás, y así puedan participar en los espacios públicos. Por cuanto, estos ensayos formulan que las palabras y los espacios públicos, de la política y la educación, son parte del mundo patriarcal. Pero que a medida que cada una de las mujeres tome conciencia, exprese lo que siente y comparta su experiencia se interrumpirá el discurso patriarcal y formará parte de la historia fehaciente de su tierra.

Dentro del contexto literario caribeño, los ensayos son una alegoría, una síntesis sobre el Caribe del siglo XIX y principios del XX. Por medio del contexto expuesto, las escritoras, Gómez de Avellaneda, Borrero de Luján, Ureña de Henríquez, Henríquez Ureña, Rodríguez de Tió y Capetillo, destacan aquello que constituye el espacio caribeño, en el cual conviven en un mismo espacio los cambios históricos, económicos y socio-culturales. Ante esta situación prevalece una zona de poder y un área subalterna. Es a través de esos límites marginales que emerge la nación. Es importante recordar que durante este tiempo era trascendental definir lo que eran y cómo debían ser las nuevas naciones. Por ello, las escritoras como mujeres se construyeron en esa identidad nacional que iba o que estaba formulada más allá de los estereotipos tradicionales.

Entonces, las autoras destacan en su discurso ensayístico al pueblo marginado que es a la vez “sujeto” y que el discurso tradicional intentaba borrar. Al no permitirle su presencia se sometía al sujeto a la subordinación en la que se le silenciaba. Contra toda esta ausencia es que las escritoras han luchado. Ellas a través de sus ensayos

han re-transformado la historia por medio de las palabras y han reclamado su posición como sujetos nacionales.

El decir femenino ha alcanzado un espacio dentro de la literatura del Caribe hispánico. Al innovarla y al revelar sus ideas, su conciencia y su experiencia, las escritoras han hecho que sus perspectivas de diferencia femenina, de pensar, tomen cuerpo en el ensayo. A lo largo de la historia, se ha visto como al negárseles su posición de sujeto y por relegarlas estrictamente al quehacer doméstico se les ha dado un papel social subordinado. Este rompimiento con esa tendencia ha hecho que Gómez de Avellaneda, Borrero de Luján, Ureña de Henríquez, Henríquez Ureña, Rodríguez de Tió y Capetillo proyecten dicho sometimiento. He ahí la causa de la relación de poder. Las mujeres son el Otro en la historia. Son aquello invisible o, en muchas ocasiones, lo absorbido por la figura masculina. Ante esto es importante señalar que siempre ha habido mujeres que han dejado su huella en la historia de sus respectivos países. Lo cierto es que no se le ha reconocido como se debe. Cabe destacar que fue durante el siglo XIX y principios del XX que las mujeres se dieron más a representar su autenticidad, su sentir y sus ganas de seguir adelante ante el mundo patriarcal.

Por medio del análisis de los ensayos estudiados se manifiesta que las escritoras han extraído de entre el silencio las memorias olvidadas de la historia, las mujeres. A partir de su discusión sobre cuáles son los roles y la realidad femenina, las autoras proponen la libertad a través de su participación en los espacios públicos de la política y la educación. Para lograrlo, todas las mujeres deben tener el valor, o mejor tener la iniciativa, de tomar sus propias decisiones dentro de la sociedad. De una manera u otra, todas las autoras, Gómez de Avellaneda, Borrero de Luján, Ureña de Henríquez, Henríquez Ureña, Rodríguez de Tió y Capetillo, coinciden en unas estrategias para que las mujeres sobresalgan dentro de la sociedad patriarcal del Caribe hispano. Entre las posibilidades expuestas está desarrollar su intelecto, no sólo para criar a sus hijos sino también para llevar a cabo funciones intelectuales; el trabajar y compartir las mismas experiencias de los hombres; y, si fuese necesario, terminar con las funciones de esposa y madre para que tengan una mayor libertad para pensar y participar libremente en la política.

Otro punto interesante es que las autoras les piden a las mujeres que su escritura no se limite a las reglas impuestas a partir de la escritura masculina. Por lo que apuntan, que las mujeres deben tener sus ojos abiertos ante la naturaleza del lenguaje para que utilicen una voz activa y prescindan de subjetividades. Pero sobre todo que utilicen su experiencia caribeña la cual está matizada por aspectos tan distintivos del resto de América. Advierten de igual manera la utilización de la conciencia como medio de comunicación. A través de los ensayos las escritoras, como mujeres, se autodefinen como sujeto textual y cuentan su realidad, su experiencia, su historia, autónomamente de la vivida por los hombres.

Junto a esta realidad, las escritoras enlazan una relación no estrictamente con las mujeres sino con la tierra, la nación. Este enlace con la tierra es una imagen arquetípica del cuerpo femenino dominado desde la conquista y colonización de las Américas, y que aún en esos siglos, XIX y XX, continúa asaltado por los hombres. Entonces, al cambiar el cuerpo femenino en ese locus de la escritura, hay una conexión nueva con el ausente que da paso a la identidad femenina escindida. Se privilegia la escritura con la integración de la historia no escrita.

Por medio del discurso, las escritoras como mujeres son sujetos de lo que rechazan y, a un mismo tiempo, son el Otro. A través de este binomio concurren en la formación de la historia silenciada. En otras palabras, son una autorepresentación porque codifican sus experiencias junto a las de las otras mujeres. Como una denuncia de su negación histórica, la escritura resguarda en las mujeres un acto de identidad e incorpora a las mujeres dentro una experiencia colectiva dentro de la cultura caribeña. Y es gracias a esta experiencia colectiva que las escritoras y las mujeres se unen a través del tiempo y el espacio.

Es por ello que la literatura ha adquirido autonomía tras dar origen a obras escritas por mujeres. El estudio de estos ensayos ha demostrado que el valor de la escritura de estas autoras no se concreta únicamente al contenido, a la realidad vivida sino que ayuda del mismo modo en la elaboración del valor exclusivo del mensaje. Junto a esta realidad se añade el análisis del mensaje a las realidades mostradas en la escritura de las autoras con las circunstancias personales de la existencia femenina. También, estos ensayos constituyen un desafío a los estereotipos temáticos y formales

a los que se habían impuesto a las mujeres. Perturba todas las convenciones establecidas por los hombres, ya fuesen éstas lingüísticas, sintácticas, entre otras. Y reconocen la totalidad de la experiencia femenina, desde los ámbitos privados del hogar para que denuncien su ausencia en los espacios públicos sean estos sociopolíticos y educativos. Hay un reclamo del vacío, de la ausencia femenina y se señala una necesidad de un autoexamen colectivo para que puedan construir un mejor futuro al reevaluar la alteridad del sujeto dominante.

Por esta razón, las escritoras, Gómez de Avellaneda, Borrero de Luján, Ureña de Henríquez, Henríquez Ureña, Rodríguez de Tió y Capetillo, hacen una crítica dura tanto de ellas mismas, como mujeres, como de las relaciones que imperaban entre mujeres y hombres durante el siglo XIX y principios del XX. La búsqueda de una respuesta ante esta crítica antepone el hecho de cómo las mujeres se colocan a sí mismas dentro de las relaciones sociales. Pero es dentro de la diferencia misma, que éstas se establecen a partir de su exclusión en el discurso patriarcal. De su experiencia surge una conciencia distintiva transmitida en las letras, que se da a conocer simultáneamente con la de los hombres.

A más de esto, los ensayos presentan las preocupaciones políticas y educativas de las autoras, denuncian opresiones sociales, y remiten otros textos y a sí mismas. Por medio de las palabras evidencian y conversan sobre la realidad de las mujeres, y se interrelacionan con otras áreas fuera del espacio privado del hogar, no permitidas a las mujeres, como el arte, la música, la literatura, las ciencias. Su escritura es producto de una tradición tanto social como literaria. Teniendo en cuenta esta premisa, estos ensayos son una expresión personal en el que se representa la totalidad de las mujeres en general. Asimismo, las define fuera de cualquier atribución masculina. Recordemos a Gómez de Avellaneda en "Luisa Molina" cuando dice, "No, Luisa, no estudies en los pobres libros de los hombres, tú que tienes abierto ante tus ojos el libro inmenso de la naturaleza" (369). Este reconocimiento de algo más puro, sin ataduras, como lo es la naturaleza es sin duda el conocimiento innato de esta joven poeta de nombre Luisa. Sin embargo, no aplaude las facultades de los hombres sino que las menosprecia. Esta diferencia es lo que hace particular la experiencia femenina dentro de la escritura. La autora refleja una preocupación que la motiva a expresarse en contra de los hombres

para que las mujeres tengan el valor de interrogarse a sí mismas y aprendan de otras cosas alternas. Pero eso sí, sin alterarla. Así lo expone Luisa Capetillo al decir que “La naturaleza nos indica el verdadero camino del bien, pero queremos ser más sabios que ella, y he ahí el origen de todos nuestros errores, en querer modificar las leyes naturales, que es donde está la belleza, la salud, la armonía, la verdad” (160). Por lo que no se debe actuar de forma radical, ni destruir lo natural, sino que hay que saber adquirir el conocimiento de las cosas desde su simpleza.

Las escritoras han dado una voz narrativa que va más allá de igualarse a la de los hombres; es una distinta. Ésta incluye su conciencia, su realidad histórica, sus experiencias y cómo se autorrelaciona consigo misma en su condición de mujer por medio de la escritura. Igualmente, suscitan a las mujeres a expresarse, a manifestarse y a eliminar toda atadura patriarcal. Estas aseveraciones no son nuevas, pero comprueban que las mujeres piensan, desean recibir una educación y participar en el campo de la política para ayudar en el desarrollo de la sociedad del Caribe.

Al ilustrar los temas de investigación antes mencionados vemos que Gómez de Avellaneda dentro del escenario social del siglo XIX en Cuba intentó resolver el problema de la educación y la participación de las mujeres en la política. Para ello, en su ensayo “La mujer” confronta a los hombres de su época al decirles que las mujeres están capacitadas para pensar y ejercer otros cargos públicos sin la necesidad de estar circunscritas al espacio doméstico. En un efusivo reclamo, la autora fustiga las normas religiosas y sociales por no permitir a las mujeres su superación e igualmente se conforma al mismo discurso que la subvierte.

Aunque somos deudoras al cristianismo de la proclamación solemne de la dignidad de la mujer, cuyos derechos de compañera del hombre y su cohabitante del cielo quedaron para siempre consignados; y aunque sea cierto también que a pesar de ello—y en deplorable muestra de la resistencia que opusieron las tinieblas de la razón humana al luminoso espíritu del Evangelio—todavía fue objeto de visibles debates la singular cuestión de si debía ser considerado nuestro sexo como parte integrante de la especie racional. (259)

Con esto se percibe que la autora está consciente de la imagen que tienen los hombres respecto a las mujeres, pero es a través de esa “conformidad” que defiende las

capacidades de las mujeres y las exhorta a idear otra imagen, a pensar, a querer ser parte de los espacios públicos.

Estas instancias demuestran hay una historia de la mujer más allá de la que se cuenta en la historia oficial. Por lo que es necesaria una reivindicación de la figura de las mujeres para que éstas puedan abordar otros derechos como sujetos. Continuando esta línea, insiste en la capacidad de las mujeres para gobernar, pero desde “la potencia afectiva” (227). En “Luisa Molina” la autora utiliza la presencia de Luisa para autentificar la imagen de las otras mujeres. Aspira sacar a las mujeres de la ignorancia a través de la adquisición de conocimiento desde la naturaleza. En dicha adquisición, Gómez de Avellaneda interpela otras formas, la contemplación, que permite el reconocimiento, la asimilación, que es nutrirse, y la creación como un proceso de engendrar. Estos valores del conocimiento no tienen límites y permiten que Luisa alcance la realidad desde lo absoluto de la verdad. Esa relación le permite a Luisa además la experiencia. Esta unión estratégica entre la experiencia y el conocimiento es lo que conforma en Luisa su identidad. El descubrimiento de los espacios singulares de la naturaleza a lo largo del devenir histórico permite la comunicación, el desarrollo de las capacidades dormidas.

Indistintamente, a principios del siglo XX Dulce María Borrero de Luján continuó con la misma batalla emprendida por Gómez de Avellaneda y por otras tantas mujeres, el de inscribir nuevas relaciones sociales entre mujeres y hombres en el que las mujeres tengan derecho tanto en la educación como a la participación en la política. Dispuestas al cambio, “En medio del silencio y de la indiferencia colectivos, la mujer ha dado ritmo definitivo al gran dolor de nuestra [...] experiencia poniéndose a soñar y a construir” (“La fiesta intelectual” 31). Ante la inestabilidad y variabilidad de las personas en la sociedad, las mujeres constituyen la esperanza del pueblo. Instituye que por medio del corazón las mujeres pueden fortalecer la conciencia y ayudar a los demás al cambio. Por lo que es de suma importancia que se eduque a las mujeres para hagan frente a la historia silenciada. En última, habla de la unión del pueblo como salvación de la conciencia humana dentro de los espacios infundados por las construcciones socio-políticas.

En su segundo ensayo, “El magisterio y el porvenir en Cuba,” recoge la misma idea de favorecer el derecho a la educación, pero sin entrar en el tema de la política. Por otra parte, no presenta una defensa directa de la educación de las mujeres sino que reclama los mismos derechos a todos por igual para que estos sean los promotores sociales conscientes del mañana. Continúa favoreciendo la unidad del pueblo como método de resguardo de la historia y como confirmación de la reivindicación del carácter histórico.

Al hojear la distinción de estos temas en la República Dominicana vemos durante el siglo XIX que Salomé Ureña de Henríquez igualmente indica que hay que educar a las mujeres para que afirmen su conciencia y se superen como individuos en la sociedad. En ambos ensayos titulados “Palabras” no presentan una defensa respecto a si las mujeres deben tomar parte o no en la política. Su punto primordial de defensa es la educación. Igual a Gómez de Avellaneda, critica a la religión y a aquellos que mantienen en niveles de inferioridad a las mujeres.

Su hija Camila Henríquez Ureña, por su parte, durante el siglo XX consagra su defensa respecto a los derechos de las mujeres desde la perspectiva del feminismo. Desde su ensayo titulado “Feminismo” denuncia las injusticias cometidas contra las mujeres. Exige que se les permita a las mujeres gobernar porque ellas pueden contrarrestar las malas administraciones de los hombres. Inscritas las mujeres en el marco histórico pueden éstas obtener el espacio que por siempre se les ha negado en la historia. Así lo manifiesta en su ensayo “La mujer y la cultura” al decir que las mujeres han estado adscritas a espacios oscuros, silenciosos de la historia. Pero para liberarse de esas normas político-culturales, las mujeres deben recibir una educación conforme a sus necesidades y adquirir su libertad de la servidumbre doméstica.

En la tercera isla del Caribe hispano, Puerto Rico, Lola Rodríguez de Tió durante el siglo XIX luchó equivalentemente por el derecho de las mujeres a la educación y a poder participar de lleno en la política como su contraparte masculina. Aunque ella estuvo envuelta en la independencia de Puerto Rico y Cuba, vivió y estuvo consciente de la naturaleza pública que rechazaba a las mujeres por ser denominadas inferiores. Con la idea de que por medio del corazón las mujeres son más capaces en el proceso de la transformación de los pueblos, en “La influencia de la mujer en la

civilización” apremia un espacio para éstas en el gobierno. Esta idea permite mostrar que los que estaban en el gobierno de ese entonces sólo utilizaban la política como un instrumento de hipocresía, de mentiras. Al esbozar esta idea, Rodríguez de Tió libera a las mujeres de sus confines para que muestren su capacidad de participar en el espacio político.

En cuanto a la educación, en “La educación de la mujer” expone la importancia de una educación para las mujeres por medio de una celebración a una mujer Albéniz de Ruiz. La educación es un privilegio que según la autora debe ser otorgado igualmente a las mujeres para que puedan conocer la realidad en la que viven. Asimismo, las mujeres pueden socorrer a la sociedad para que prospere y engendrar ciudadanos loables e insignes.

De igual manera, su compatriota Luisa Capetillo durante el siglo trabajó a favor de los derechos humanos, de mujeres y hombres. Capetillo se destacó por su servicio social y laboral de los menos favorecidos por el sistema patriarcal, los sujetos subalternos. Ambos de sus ensayos, “La mujer en el hogar, en la familia, en el gobierno” y “La mujer en la época primitiva,” son una muestra indiscutible de su demanda y denuncia por los cambios político-sociales y educativos. Desde un nivel de inferioridad que la misma autora representa tanto de obrera como de mujer se entrometió en los esquemas sociales de la política y la educación. Sus palabras desafiantes retan a las autoridades del espacio público y se articula dentro de la historia de los hombres. Por medio de su actitud y de su activismo político-educativo, Capetillo estimula e incita a las mujeres a que sigan su ejemplo. Afirma que el sistema social dominante exige a las mujeres cosas que ni siquiera les permite ostentar por lo que considera que éstas deben recibir derechos para propiciar beneficios a la sociedad. Por ende, cree que una buena educación y una participación en los espacios de poder políticos les dará a las mujeres una mejor valorización de ellas mismas como personas dentro de la historia y de su espacio en el que viven.

Desde los márgenes de la supremacía patriarcal, la denuncia de estas autoras durante el siglo XIX y principios del XX no tuvo un gran impacto como tantas otras mujeres. Esto se debe a una subordinación que vivieron éstas como grupos subalternos. La ruptura creada por el poder entre los sujetos dominantes y los

subordinados se repite tanto a niveles de raza y de cultura. Esto les da a las mujeres como sujetos subordinados una consciencia ideológica de porqué son tratadas como inferiores y cómo hacerle frente al sujeto dominante.

Es necesario recordar que desde siempre se han creado diferencias entre los hombres y las mujeres con el único propósito de subordinar al último grupo antes mencionado. En el texto fundamental de la cultura occidental, la Biblia, las mujeres son vistas como añadidura de los hombres. Las mismas por ser originadas de una costilla deben obediencia, respeto y sumisión a los hombres. Esta modalidad es la que se vislumbra en la sociedad patriarcal. Pero, curiosamente, toda esta subordinación aparece bajo la figura de la Virgen María. Ésta es considerada como la imagen, la figura ideal que todas las mujeres deben seguir y profesar. Desde una postura abnegada, las mujeres, igual que su antecesora, deben cuidar y educar los hijos, y llenar de alegrías a su esposo dentro del espacio limitado del hogar.

Por medio de la figura de la Virgen María, las autoras recorren los enajenamientos que se han creado respecto a las mujeres. Ellas utilizan provechosamente la figura de la Virgen María, como madre y esposa, para transgredir las fronteras impuestas por la sociedad patriarcal. Por tanto, estas autoras lo que hacen es revelar las virtudes de las féminas y explotarlas para que éstas tomen conciencia de sus respectivas vidas. Por eso en algunos casos las autoras aluden a la fuerza del corazón como un recurso que desestabiliza a aquellos que ejercen el poder, pero, que a la vez, enfatiza e influye a las mujeres para que den a conocer su experiencia y su verdad. Después de todo lo afectivo era ejemplo de inferioridad, dado por el poder ejercido tanto de la iglesia como de la sociedad para que los hombres controlaran las masas y tuvieran poder.

Al utilizar el contexto social aprendido, los temas de la política y la educación son una gran propuesta que estas seis escritoras caribeñas, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Dulce María Borrero de Luján, Salomé Ureña de Henríquez, Camila Henríquez Ureña, Lola Rodríguez de Tió y Luisa Capetillo, formularon para que las mujeres tuviesen una mayor participación en la historia de sus respectivas islas. Con la participación en la política y la adquisición de una educación, las mujeres pueden ostentar derechos, conquistar espacios negados y salir de la historia olvidada.

Diferentemente a que éstas hayan soportado las indiferencias de su contraparte masculina e insuficiencias de derechos civiles, las mujeres han sabido trascender su experiencia y han creado nuevos espacios de enunciación.

Ha sido a través de la escritura y, sobre todo, por apropiarse del género ensayístico que las mujeres, representadas por las escritoras, han plasmado sus interioridades, sus deseos más ínfimos. A más de esto, han descubierto áreas inhóspitas que los hombres no les habían permitido anteriormente. En otras palabras, sus palabras en estos ensayos son una ruptura con el “equilibrio” eurocéntrico que ha conquistado las fronteras del Caribe, proporcionando nuevas posibilidades de pensamiento.

Es con estos ensayos que las mujeres se definen como una construcción sociopolítica colectiva; afrontan y se liberan de los significados antes prescritos por la sociedad patriarcal. Es ahora que asumen un lugar de sujeto por que se estudia a sí misma. Esto es lo que trae como consecuencia la interrupción del discurso nacional, que en otras palabras son el producto de otras formas de narración silenciadas en la nación naciente. De entre esa narración surge la autenticidad, la historia coherente. Pero, ¿cómo se puede cuestionar el discurso ya antes establecido? Se puede a través de la escritura al postular distintas formas, nuevas alternativas a la comunidad. Si se logra entonces la comunidad puede exceder el espacio circunscrito y trascender en el tiempo. Es así como las autoras, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Dulce María Borrero de Luján, Salomé Ureña de Henríquez, Camila Henríquez Ureña, Lola Rodríguez de Tió y Luisa Capetillo trascendieron respectivamente en la literatura caribeña. Ellas utilizaron la lengua del opresor, para revelar el sujeto subordinado, independizarse y ser algo más que una imitación, fueron ellas mismas por su experiencia.

En suma, el decir femenino de estos ensayos ha superado la protesta y ha obligado a tornar los ojos y los oídos a lo que dicen o hacen las mujeres. Estos ensayos constituyen una nueva enunciación del contexto escrito por estas autoras. Hay una introducción de dominios y experiencias sin descubrir ni descritas. Esto permite una liberación del discurso patriarcal y un cambio en la historia. No obstante, estos ensayos son un compromiso infundado por las autoras para modificar los espacios de poder tanto político como educativo. Son, por demás, un examen juicioso de la

sociedad caribeña para que los ciudadanos, las mujeres en este caso reconquisten su ser y desafíen a su realidad. En otras palabras, la literatura caribeña se enriquece con el estudio de los ensayos de Gómez de Avellaneda, Borrero de Luján, Ureña de Henríquez, Henríquez Ureña, Rodríguez de Tió y Capetillo al reconstruir los estereotipos del sistema patriarcal y desafiar la reprensión impuesta por ésta a las mujeres.

Se espera que este trabajo de investigación contribuya a los escasos estudios sobre la literatura escrita por mujeres durante el siglo XIX y principios del XX, y las saque del silencio de esos siglos. Igualmente, tomando en cuenta las limitaciones particulares de las mujeres como individuos dentro del Caribe hispano, se da testimonio de su escritura sólo a través de algunos ensayos escogidos. Con los mismos se espera que se reconozca su valor como literatura y como documento. Hay que tener en cuenta que por cuestión de tradición se ha canonizado toda situación social, las artes, la literatura, entre otras cosas, a través del pensamiento masculino, no porque haya ausencia de escritoras o de mujeres capaces de ocupar lugares de liderazgo sino porque a las mujeres en conjunto no se les permitía conquistar los espacios públicos de la sociedad en la que vivían. Sin embargo, a pesar de esta exclusión, algunas mujeres, la mayoría de las clases privilegiadas del Caribe hispano antillano, escribieron cartas, diarios, poemas, entre otras narrativas, en los que repercutían un mundo cultural aunado a la experiencia. Igualmente, las mujeres menos privilegiadas (mujeres negras, campesinas y pobres) levantaron conciencia de clase y cohesionaron su pensar a la experiencia de la explotación económica y sexual de la cual eran víctimas. La falta de atención por parte de la crítica y la transmisión del pensar de estas mujeres en conjunto (mujeres adineradas, burguesas, pobres, negras y campesinas) se deben tomar en consideración como parte del desarrollo social y cultural que fundamentó el Caribe hispano antillano durante el siglo XIX y principios del XX. Todas ellas trataron temas personales, representaron sus sentimientos y experiencias, y afirmaron un espacio y visibilidad de su figura como sujetos de la sociedad en la que vivían. Por tanto es de suma importancia que se estudie la producción literaria femenina del Caribe hispano antillano para descubrir la historia oculta y silenciada con sus puntos atemporales,

políticos y estéticos, los cuales son los espacios desde donde las mujeres tomaron el discurso y se expresaron.

En otras palabras hay que reconocer las condiciones que las mujeres de esa época se hallaban y qué intentaban realizar en el espacio público de la política y la educación a través de la palabra y de la acción. Sobre todo, hay que rescatar no sólo a estas escritoras, sino a todas, para comprender sus obras. Por medio de sus textos se puede revisar la historia social del siglo XIX y principios del XX. Esta revisión permite que se hagan valiosos estudios sobre las circunstancias vividas por las caribeñas de varias clases sociales y económicas. También se debe mostrar cómo las escritoras manifiestan su experiencia, su intimismo para defender sus derechos e igualdades de participar en los espacios públicos de la sociedad hispano caribeña.

Otras vías que quedan a explorar sería un análisis más profundo de los aspectos sociales del Caribe hispano como el racismo, los ritos y celebraciones de la religiosidad popular, la angustiosa existencia de las mujeres negras y de las mujeres campesinas que se expresaron y fueron parte del desarrollo del Caribe. Estas mujeres de las clases menos privilegiadas marginadas históricamente, socioeconómica y culturalmente construyeron la producción y la economía de la sociedad. Por ello se les debe recuperar y revalorizar como parte de la memoria colectiva. Otro aspecto que se puede argüir sería la voz femenina de las contemporáneas caribeñas con aquellas otras que vivieron en siglos anteriores. Con dicho estudio se podría rescatar y reconocer la sucesión histórica en las escritoras para establecer un enlace de la historia no oficial formada con un discurso propio desde la otredad.

En fin, este trabajo de investigación y rescate de estas seis escritoras refleja a su vez un aporte a la investigación histórica del Caribe desde dos perspectivas: desde los que generalizan sobre la vida de las mujeres antes, durante y después del siglo XIX y principios del XX, y los estudios de los ciudadanos dentro de la historia y cultura caribeña. Y se recomienda el rescate de otras figuras femeninas, como María Luisa Dolz, Ana Betancourt y Carolina Poncet (cubanas); Ercilia Pepín, Petronila Angélica Gómez y Socorro Sánchez (dominicanas); Margot Arce, María Cadilla, Mariana Bracetti, Julia de Burgos (puertorriqueñas), entre muchas otras, de entre la historia silenciada para reorganizar y transformar el mundo literario.

NOTAS

¹ Para una mayor relación sobre cómo ha sido esta mezcla de sangre y de cultura en el Caribe véase *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna* de Antonio Benítez Rojo, *The Cultures of the Hispanic Caribbean* de los editores Conrad James y John Perivolaris, y *Torn between Empires. Economy, Society, and Patterns of Political Thought in the Hispanic Caribbean* de Luis Martínez-Fernández.

² Refiérase a los ensayos, “El ensayo como forma” de Theodor Adorno, “El ensayo como discurso” de Luis Muñoz, “Nuestra América es un ensayo” de Germán Arciniegas, y los libros *Teoría del ensayo* de José Luis Gómez Martínez, *Del ensayo americano* de Medardo Vitier, *Del ensayo hispanoamericano del siglo XIX* de Antonio Sacoto, e *Identidad y cultura en el ensayo latinoamericano: antología* bajo la coordinación de Belén Lagos para un mayor estudio sobre el origen, el análisis y características del ensayo como género literario.

³ La información de la que se habla aquí sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda es de las siguientes fuentes: *Vida de la Avellaneda* de Mercedes Ballesteros, *Gertrudis Gómez de Avellaneda* de Hugh Harter y *Autobiografía y epistolarios de amor* de la misma autora.

⁴ Las citas sacadas de este ensayo son del ensayo original de Gómez de Avellaneda publicado en el *Álbum cubano de lo bueno y lo bello* de 1860.

⁵ En el caso del ensayo “Luisa Molina” no se encontró copia de la publicación original. Las citas aquí escritas pertenecen a una edición de Florinda Álzaga que aparece en esta bibliografía bajo autoría de Gómez de Avellaneda titulada *La Avellaneda: intensidad y vanguardia*.

⁶ Sobre la vida de Ureña de Henríquez se estudiaron las siguientes fuentes: *Salomé Ureña* de Ventura Castro, *Salomé Ureña. Mujer total* de Roberto Cassá, *Salomé Ureña de Henríquez* de Silveria R. de Rodríguez DeMorizi y *Evas terrenales: biobibliografías de 150 autoras dominicanas* de Franklin Gutiérrez. En cuanto a la importancia de la autora en la pedagogía y su relación a Eugenio María de Hostos vea *Salomé Ureña y el Instituto de señoritas. Para la historia de la espiritualidad dominicana* de Emilio Rodríguez DeMorizi, *Salomé Ureña y Hostos* de Diógenes Céspedes.

⁷ Ambos discursos ensayísticos (uno de 1888 y el otro de 1893) de Salomé Ureña de Henríquez pertenecen al libro compilado por Daisy Cocco-De Filippis titulado *Madres, maestras y militantes dominicanas (fundadoras): Ensayos selectos*.

⁸ Para investigar sobre la vida y obra de Lola Rodríguez de Tió se utilizaron las siguientes fuentes: *Del centro a la periferia: En el discurso de Lola Rodríguez de Tió* de Elba D. Birmingham-Pokorny, *Apuntes para una biografía, Lola Rodríguez de Tió* de Carlos F. Mendoza Tió y el artículo escrito por Luis Negrón Hernández “Lola Rodríguez de Tió una vida dedicada a la patria.”

⁹ Los dos ensayos seleccionados de la escritora, “La influencia de la mujer en la civilización” y “La educación de la mujer” pertenecen a la edición de sus *Trabajos inéditos en prosa*.

¹⁰ Sobre la autora cubana Dulce María Borrero de Luján no se han muchos estudios sobre obra poética ni ensayística. Se le conoce más como pedagoga. Por otro lado, K. Lynn Stoner señala que Borrero de Luján fue partidaria del movimiento feminista cubano de principios del siglo XX y defendió los derechos de las mujeres embarazadas. Entre las peticiones estaban:

(1) Create special establishments, half clinic and half school, for poor and exhausted mothers who worked and whose salaries were always small. These women should receive medical care for a reasonable period around birthing time to restore their physical health as well as improve their spirits, which are so important during a time when the morality and physical health of a new life unfolds. (2) Punish adults and minors alike who insult the sacred name of motherhood in public. (3) Influence the Cuban press to take interest in the social condition of mothers, who are also citizens of the country. (4) Expand women’s education intended to develop their characters from an early age and put them in contact with their rights and responsibilities so that they can defend themselves. (Stoner 176-77)

Lo que aquí postula Borrero de Luján es base primordial de las virtudes femeninas que más adelante se hablan en la investigación. Por otro lado, sería importantísimo investigar otros discursos de la autora en los que se postule más su ideario feminista

que fue parte de la construcción de la ciudadanía cubana a principios del siglo XX y compararlos con el ideario de la puertorriqueña Luisa Capetillo. Espero que el lector me excuse por no ofrecerle una comparación de ambas como feministas debido a que ha sido difícil encontrar los otros discursos de Borrero de Luján para su análisis. Por ello en esta investigación sólo aparece un recurso que analiza la obra de la autora, *Nueva visión de Dulce María Borrero* de Yolanda Rocado y referencias a su labor feminista en *From the House to the Streets. The Cuban Woman's Movement for Legal Reform, 1898-1940* de K. Lyn Stoner.

¹¹ Ambos discursos aparecen en una misma publicación titulada *Dos discursos. El magisterio y el porvenir de Cuba; La fiesta intelectual de la mujer: su actual significado; su misión ulterior*, de la cual son todas las citas.

¹² La información biográfica de Camila Henríquez Ureña proviene de los libros *Evas terrenales: biobibliografías de 150 autoras dominicanas* de Franklin Gutiérrez, *Literatura dominicana en los Estados Unidos. Presencia temprana 1900-1950* editado por Daisy Cocco De Filippis y Franklin Gutiérrez y de un artículo publicado por Daisy Cocco De Filippis, "Camila Henríquez Ureña" de *Para que no se olviden: The Lives of Women in Dominican History: A Selection*. En cuanto a los ensayos aquí discutidos provienen de *Feminismo y otros temas sobre la mujer en la sociedad y Literatura dominicana en los Estados Unidos. Presencia temprana 1900-1950* editado por Daisy Cocco De Filippis y Franklin Gutiérrez.

¹³ Sobre la autora puertorriqueña Capetillo, se investigaron "Luisa Capetillo y Salvadora Medina Onrubia de Botana: Dos íconos anarquistas. Una comparación" de Cristina Guzzo, "Luisa Capetillo: Radical Proletarian Social Reformer" de María Sabat Meruelo, *Puerto Rican Women's History. New Perspectives* editado por Félix V. Matos Rodríguez y Linda C. Delgado y *Luisa Capetillo, Pioneer Puerto Rican Feminist* de Norma Valle Ferrer. Los dos discursos seleccionados pertenecen a la edición bilingüe de Félix V. Matos Rodríguez, *A Nation of Women. An Early Feminist Speaks Out. Mi opinión sobre las libertades, derechos y deberes de las mujeres*.

¹⁴ Según José Luis Gómez Martínez en *Teoría del ensayo*, el ensayo permite que el autor inserte sus preocupaciones y tenga un diálogo con el lector por medio de

una comunión de pensamientos (24). Por tanto, a través de esta comunicación entre el autor (ensayista) y el lector se intercambian ideas y problemas para que surjan comentarios significativos de algo en particular. Es por esta razón, que las mujeres se incorporan en este género para así informar al público, a las otras mujeres de su época, las condiciones que éstas viven dentro de su experiencia histórica. En fin, “el enunciante no sólo representa algo, sino que él mismo se enuncia en el proceso de la escritura” (Muñoz 85).

¹⁵ Otto Olivera nos dice que el nombre de Santo Domingo cambió después de la independencia de la isla y he de aquí que adquiere el nombre de la República Dominicana a partir de 1844 (63). Por tanto, al referirme a Santo Domingo, optaré por mencionarle con el último nombre.

¹⁶ Entre los escritores que fueron desterrados estaban José María Rojas, José Núñez de Cáceres, Felipe Dávila Fernández de Castro, Andrés López de Medrano, Bartolomé Segura y Mieses, Domingo Enrique Díaz Páez, José María Morillas, Manuel de Monteverde y Bello, José Florentino Montolío, Juan Bautista de Mena, Tomás de Arredondo, Manuel Carmona Aguirre, el arzobispo Pedro Valera y Jiménez, el presbítero Bernardo Correa y Cidrón, Juan Vicente Moscoso, Francisco Javier Foxá, Manuel Garay Heredia, Antonio Angulo y Heredia, Natividad Garay, y Manuel Miura y Caballero (Balaguer 99).

¹⁷ Éste es el seudónimo de Amelia Francisca Marchena de Leyba (Gutiérrez 110).

¹⁸ La insurrección o revuelta de los esclavos en Haití fue el hecho histórico que dio paso a la independencia de esa parte de la isla de La Española. En aquel entonces, Napoleón quiso restablecer la esclavitud en Haití, pero esto provocó un mayor levantamiento de los esclavos. Esta guerra contra el ejército del general LeClerc se convirtió en una guerra de independencia que duró unos doce años. En 1804 se llevó a cabo la Declaración de Independencia y dieron por nombre a esa parte de la isla como Haití. Pero esta situación trajo consigo el aislamiento y el descrédito internacional de los haitianos provocando un sinnúmero de guerras civiles, cambios de gobierno de

república a monarquía y viceversa, e invasiones tanto en la parte oeste como este de La Española (Barros Arana, 380-86).

¹⁹ Igualmente los Estados Unidos intervinieron en la República Dominicana a finales del siglo XIX. Durante esa época la situación económica de la República Dominicana era muy grave. Debido a su endeudamiento con varios países europeos y a que algunos de ellos habían intentado intervenir militarmente en el país, el gobierno dominicano firmó en 1905 un tratado con los Estados Unidos en el que le concedía el control de los aranceles aduaneros dominicanos, con el pretexto de saldar las deudas contraídas con la compañía estadounidense Santo Domingo Improvement. Los disturbios internos durante la siguiente década culminaron finalmente con el establecimiento de un gobierno militar por parte de la Marina estadounidense que, bajo la presidencia de Francisco Henríquez Carvajal, ocupó el país el 29 de noviembre de 1916. Durante ese tiempo se estableció un gobierno militar y se tomaron muchas medidas. Entre las mismas se encuentran: la creación de la guardia nacional, desarrollo de un programa de obras públicas, organización de la administración pública, la creación de una ley de enseñanza, entre otras. La intervención estadounidense también tuvo medidas negativas, las cuales conllevaron la desocupación. Al marcharse las tropas del territorio dominicano, dejan el planteamiento de ese nuevo esquema de poder a través de la institución militar, y en marzo de 1924 el general Horacio Vázquez asumió el poder. Ese mismo año finalizó la ocupación estadounidense.

²⁰ Estos dos escritores cubanos, José Martí y Julián del Casal, junto a otros dos escritores, Manuel Gutiérrez Nájera (mexicano) y José Asunción Silva (colombiano), son considerados por algunos críticos como precursores del modernismo tanto en el Caribe hispano antillano e Hispanoamérica. Este enunciado es todo lo contrario a un sinnúmero de textos y críticos que manifiestan y afirman que el iniciador del modernismo fue Rubén Darío. Entre los críticos que apoyan el renombre de estos cuatro escritores como precursores del modernismo se encuentran Ivan A. Schulman y Arturo Torres Ríoseco. El crítico Schulman comenta al respecto que

A posteriori, y por una dialéctica absurda, Rubén [Darío] se convirtió en el iniciador y la figura prototípica y cumbre del modernismo. En menosprecio

flagrante de la verdad histórica, los artistas coetáneos que integran lo que, con razón histórica, podría denominarse la primera generación modernista – Martí, Nájera, Silva, Casal – se convirtieron, en el concepto de los tradicionalistas, en los “precursores” del modernismo. (25)

Y para afirmar lo antes dicho, Schulman alude a otro crítico, Torres Ríoseco, y cita de él, “los cuatro hicieron sentir las nuevas palpitaciones y abrieron el camino a Darío” (25). Distinto a éstos, Manuel Pedro González difiere y señala lo siguiente “Ignoro cuándo ni quién fue el primero que clasificó a José Asunción Silva, Julián del Casal, Manuel Gutiérrez Nájera y José Martí como precursores del modernismo” (159). Y añade que “El que les colgó el sambenito que los reduce al simple rango de ‘precursores’ de Darío, no obstante que varios de ellos eran tan grandes como Darío [...] no tuvo en cuenta la cronología y calificó de ‘precursores’ formas poéticas que se escribieron años después de la fecha en que generalmente se fija la génesis del modernismo” (160). Más adelante González asevera que no hay duda de que el modernismo tuvo precursores, “órganos, diarios y revistas de espíritu innovador” (160). “Pero éstos no fueron los cuatro bardos que como tales se citan, sino otros poetas y prosistas que desde hacía muchos años venían fecundando el terreno y propiciando con su prédica regeneradora el surgimiento de lo que luego se llamaría modernismo” (160-61). Por ende, el concepto de quién o quiénes son los iniciadores o precursores del modernismo es polémico pese a las investigaciones literarias debido a la inexactitud de las fechas sobre cuándo o no inició el movimiento modernista en Hispanoamérica.

²¹ El movimiento de la poesía sorpresiva se inició como influencia del surrealismo y por la posición antidictatorial del gobierno del dictador Rafael Trujillo. Entre los escritores que formaron este grupo se encuentran Franklin Mieses Burgos, Freddy Gatón Arce, Aida Cartagena Portalatín, entre otros (Dorisanliterat).

²² Estas escritoras utilizan el ejemplo supremo de la virtud femenina, la Virgen María. Como imagen de la moral religiosa, ella es portadora de amor, es maestra y dadora de paz, virtudes esperadas en las mujeres. Igualmente, es ejemplo de abnegación y devoción, porque a través de su figura las mujeres se apoyan en la intercesión maternal. Con la ayuda de sus oraciones, las mujeres son testimonio para

los que las escuchen. Es por ello que durante este tiempo, siglo XIX y principios del XX, las mujeres seguían atadas al arquetipo de la Virgen María y su virtud residía en su corazón. Esto cambió cuando las mujeres rompen con el silencio, crean su propio discurso y reclaman su derecho de igualdad como parte de la sociedad en la que viven. Esto no quiere decir que dejen de ser o sean menos virtuosas, todo lo contrario en el momento en que las mujeres reclaman su espacio y participación en el espacio público es que recuperan su feminidad y demuestran su capacidad como seres pensantes.

²³ A mediados del siglo XX se inicia la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo en la cual la mujer fue el apoyo moral para los hombres que lucharon en contra del gobierno. Es aquí que aparecen las hermanas Mirabal (Patria, María Teresa “Dedé” y Minerva) (Geneao). Después de la muerte de las hermanas, la mujer dominicana participa más dentro de la sociedad. Las hermanas Mirabal, Patria, Minerva y María Teresa, fueron tres mujeres dominicanas que “tuvieron la valentía de luchar por la libertad política de su país, oponiéndose firmemente contra una de las tiranías más férreas que ha tenido Latinoamérica, la de Rafael Leonidas Trujillo”. Debido a su activismo político “fueron perseguidas, encarceladas varias veces y finalmente brutalmente asesinadas el 25 de noviembre de 1960”. Se les conocía como las “Mariposas” y debido a este nombre secreto Pedro Mir publicó un poema dedicado a ellas, “Amén de Mariposas” y Julia Álvarez tituló su novela *En el tiempo de las mariposas*, conocida en inglés como *In the Time of the Butterflies* (Vázquez).

²⁴ Esta idea sobrevino gracias a la intervención del puertorriqueño Eugenio María de Hostos. Su discurso, publicado como ensayo bajo el título de *La educación científica de la mujer* (1873) elaboró ideas en las que promovía la formación del pensamiento de las mujeres por medio de la razón y las ciencias, y presentaba una idea de defensa de la dignidad de las mujeres. De igual manera presentaba los principios de “lo bello,” “lo bueno” y “lo verdadero” ideas fundamentales que Gertrudis Gómez de Avellaneda utilizó en su revista quincenal *Álbum de lo bueno y lo bello*. Con estas ideas, Hostos dogmatizaba que “Se ama lo que se conoce bello, bueno, verdadero; el universo, el mundo, el hombre, la sociedad, la ciencia, el arte, la moral,

todo es bello, bueno y verdadero en sí mismo” (48). Apoyado en esto, afirma que se debe educar a las mujeres,

devolvamos [...] el derecho de vivir racionalmente; hagámosle conocer este derecho, instruyámosl[es] en todos sus deberes, eduquemos su conciencia para que ella[s] sepa[n] educar su corazón. Educada[s] en su conciencia, será[n] una personalidad responsable: educada[s] en su corazón, responderá[n] de su[s] vida[s] con las amables virtudes que hacen del vivir una satisfacción moral y corporal tanto como una resignación intelectual. (45)

Estas ideas fueron la base de la educación que Salomé Ureña de Henríquez propuso en la República Dominicana, de la cuál hablaremos más adelante.

Por otro lado, esta idea fue vista durante la segunda mitad del siglo XVII por Sor Juana Inés de la Cruz en su ensayo autobiográfico “Respuesta a Sor Filotea de la Cruz”, quien “fue precursora en abogar por la educación científica de la mujer, exigiendo que se respetara su ‘natural impulso’, su pasión de estudiar, de investigar, de ser una mujer conocedora” (“Mujeres latinoamericanas y educación en el fin del siglo” n.pag.).

²⁵ De entre las seis escritoras seleccionadas para esta investigación, Luisa Capetillo no pertenecía a una clase social privilegiada. Aunque sus padres eran extranjeros y obtuvo una educación por parte de su madre, ella pertenecía a la clase obrera de Puerto Rico que estaba surgiendo a principios del siglo XX. Reivindicando el derecho de las mujeres para que tengan igualdad de oportunidades, construyó un discurso emancipador en el que revalorizaba la memoria colectiva de todas las mujeres sin distinción de razas y clases sociales. Abogó por el voto y denunció las injusticias sociales. Así lo afirma Edna Acosta Belén en *La mujer en la sociedad puertorriqueña* cuando menciona que Luisa Capetillo “En su obra dio cohesión ideológica a la experiencia de explotación económica y sexual de la cual era víctima la mujer obrera” (31). Y “condena[ba] la hipocresía y el fanatismo religioso de estos sectores [entiéndase de las clases privilegiadas], la doble moral para el hombre y para la mujer, la esclavitud de la mujer en el matrimonio y su explotación en las fábricas” (31-32). No obstante, para el momento histórico de esta investigación, esa desigualdad de la que

Capetillo se defiende a sí misma y a las demás mujeres menos privilegiadas es el resultado histórico de la organización de la sociedad patriarcal en la que se concreta la supremacía social de unos sobre otros, situación que con el transcurso de los años mejorará.

BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, Ramón L. *Del silencio al estallido: narrativa femenina puertorriqueña*. Río Piedras: Cultural, 1991.
- Acosta-Belén, Edna. "Beyond Island Boundaries: Ethnicity, Gender, and Cultural Revitalization in Nuyurican Literature." *Callaloo* 15.4 (1992): 979-98. JSTOR. Web. 15 Mar. 2008.
- . *La mujer en la sociedad puertorriqueña*. Río Piedras: Huracán, 1980.
- . "Lola Rodríguez de Tió and the Puerto Rican Struggle for Freedom." *Latina Legacies: Identity, Biography, and Community*. Eds. Vicki L. Ruiz and Virginia Sánchez Korrol. New York: Oxford UP, 2005. 84-96.
- , ed. *The Puerto Rican Woman*. New York: Praeger, 1979.
- , ed. *The Puerto Rican Woman. Perspectives on Culture, History, and Society*. 2nd ed. New York: Praeger, 1986.
- Adorno, Theodor. "El ensayo como forma." *Notas de literatura*. Barcelona: Ariel, 1962. 11-36.
- Aguirre, Mirta. "Gertrudis Gómez de Avellaneda." *Influencia de la mujer en Iberoamérica, Servicio Femenino para la Defensa Civil*. La Habana: n.p., 1948. 20-26.
- Aguirre, Mirta. "Una página de la Avellaneda." *El romanticismo de Rousseau a Víctor Hugo, ICL*. La Habana: n.p., 1973.
- Albin, María C. "El genio femenino y la autoridad literaria: 'Luisa Molina' de Gertrudis Gómez de Avellaneda." *Atenea* 490 (2004): 115-30.
- . *Género, poesía y esfera pública. Gertrudis Gómez de Avellaneda y la tradición romántica*. Madrid: Trotta, 2002.
- Álvarez Pitaluga, Antonio. "24 de febrero de 1895: Cultura mambisa y revolución." [Weblog entry]. *Cuba coraje*. 24 Feb. 2009. (<http://cubacoraje.blogspot.com/2009/02/24-de-febrero-de-1895-cultura-mambisa-y.html>) 20 Mar. 2009.
- Apodaca, Sylvia P. "Luisa Capetillo." *Notable Hispanic Women*. Eds. Diane Telgen y Jim Kamp. Detroit: Gale Research, 1993. 72-73.
- Arciniegas, Germán. "Nuestra América es un ensayo." *Cuaderno* 73 (1963): 9-16.

- Arias, Salvador. "Algunas notas sobre la poesía lírica de la Avellaneda." *Islas* 44 (1983): 43-90.
- Aristotle. *Politics*. Trans. Ernest Barker. Oxford: Oxford UP, 1995.
- . *The Politics of Aristotle. Books I-V*. Eds. Franz Susemihl y Robert D[rew] Hicks. New York: Arno P, 1976.
- Atkins, G. Pope y Larman C. Wilson, eds. *The Dominican Republic and the United States: From Imperialism to Transnationalism*. Athens: U of Georgia P, 1998.
- Augier, Ángel: "De cuando Tula no fue admitida en la Academia Española." *Última hora* 2.7 (1952): 4-5.
- Azize Vargas, Yamila. *La mujer en la lucha*. N.p.: Cultural, 1985.
- . *Luchas de la mujer en Puerto Rico, 1898-1919*. N.p.: Litografía Metropolitana, 1979.
- , ed. *La mujer en Puerto Rico. Ensayos de investigación*. Río Piedras: Huracán, 1987.
- Babin, María Teresa y Stan Steiner. *Borinquen: An Anthology of Puerto Rican Literature*. N.p.: Vintage Books, 1974.
- Báez Díaz, Tomás. *Trilogía: La mujer aborigen, la mujer en la colonia y la mujer dominicana*. 2da ed. Santo Domingo: Colores, 1998.
- Bakhtin, Mikhail M. *The Dialogic Imagination: Four Essays*. Ed. Michael Holquist. Trans. Caryl Emerson and Holquist. Austin: U of Texas P, 1981.
- Balaguer, Joaquín. *Historia de la literatura dominicana*. 2da ed. Ciudad Trujillo: Librería Dominicana, 1958.
- Balcácer, Juan D. y Manuel A. García, eds. *La independencia dominicana*. Madrid: Mapfre, 1992.
- Balderston, Daniel, ed. *Sexualidad y nación*. Pittsburgh, PA: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana; U de Pittsburgh, 2000.
- Ballesteros, Mercedes. *Vida de la Avellaneda*. Madrid: Cultura Hispánica, 1949.
- Baquero Gastón. "Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873). La Mariposa del romanticismo." *Mundo hispánico* 26.299 (1973): 52-55.

Barbero, Jesús Martín. *Procesos de comunicación y matrices de cultura*. México: G. Gili, 1987.

Barceló Miller, María F. "La mujer en la literatura histórica puertorriqueña de Brau a la generación del 40." *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña* 97 (1987): 12-18.

Barreda Tomás, Pedro. "Abolicionismo y feminismo en la Avellaneda: lo negro como artificio narrativo en Sab." Ed. Salvador Aria. *Esclavitud y narrativa en el siglo XX cubano. Enfoques recientes*. La Habana: Academia, 1995. 84-97.

Barros Arana, Diego. *Compendio elemental de historia de América*. 3ra ed. Buenos Aires: Jacobsen, 1891.

Barzuna, Guillermo. "Introducción." *Identidad y cultura en el ensayo latinoamericano*. Ed. Belén Lagos. San José, Costa Rica: Nueva Década, 1989.

Benítez Rojo, Antonio. *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Del Norte, 1989.

Berenguer, Carmen, et al., eds. *Escribir en los bordes*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 1990.

Berson, Robin Kadison. *Marching to a Different Drummer: Unrecognized Heroes of American History*. Westport, Conn.: Greenwood P, 1994.

Betancourt, José Ramón. "Discurso leído por el señor director general del Liceo." *Coronación de la Sra. Da. Gertrudis Gómez de Avellaneda, acordada por el Liceo de la Habana, que tuvo efecto en la noche del 27 de enero de 1969*. La Habana: Imprenta militar, 1860.

Bird-Soto, Nancy. *Escritoras puertorriqueñas de la transición del siglo XIX al XX. Carmela Eulate Sanjurjo, Ana Roqué y Luisa Capetillo*. Lewiston: The Edwin Mellen P, 2009.

Birkenmaier, Anke y Roberto González Echevarría, coords. *Cuba: Un siglo de literatura (1902-2002)*. Madrid: Colibrí, 2004.

Birmingham-Pokorny, Elba D. *Del centro a la periferia: En el discurso de Lola Rodríguez de Tió*. Costa Rica: U de Costa Rica, 1999.

Black, Naomi. *Social Feminism*. London: Cornell UP, 1989.

- Borrero de Luján, Dulce María. "El magisterio y el porvenir de Cuba." *Dos discursos. El magisterio y el porvenir de Cuba; La fiesta intelectual de la mujer: su actual significado; su misión ulterior*. Habana, Cultural, 1935. 5-21.
- . "La fiesta intelectual de la mujer: su actual significado; su misión ulterior." *Dos discursos. El magisterio y el porvenir de Cuba; La fiesta intelectual de la mujer: su actual significado; su misión ulterior*. Habana, Cultural, 1935. 23-34.
- Boti, Regino. "La Avellaneda como metrificadora." *Cuba Contemporánea* 3.4 (1913): 373-90.
- Bretz, Mary Lee. "Margarita Nelken's *La condición social de la mujer en España: Between the Pedagogic and the Performative*." *Spanish Women Writers and the Essay: Gender, Politics, and the Self*. Eds. Kathleen M. Gleen y Mercedes Mazquiarán de Rodríguez. London: U of Missouri P, 1998. 100-26.
- Brunt, Rosalind y Caroline Rowan, eds. *Feminism, Culture and Politics*. London: Lawrence and Wishart, 1982.
- Bueno, Salvador. "Gertrudis Gómez de Avellaneda, gran poetisa." *Figuras Cubanas. Breves biografías de grandes cubanos del siglo XIX*. La Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1964. 363-68.
- Burgos Sasscer, Ruth. *La mujer marginada por la historia: ensayo*. San Juan: Edil, 1978.
- Bush, Andrew. *The Routes of Modernity: Spanish American Poetry from the Early Eighteenth to the Mid-Nineteenth Century*. Lewisburg: Bucknell UP, 2002.
- Cabrera, Raimundo. *Cuba and the Cubans*. Ed. Louis Edward Levy. Philadelphia: Levytype, 1896.
- Cabrera, Rosa M. y Gladys B. Zaldívar, eds. *Homenaje a Gertrudis Gómez de Avellaneda. Memorias del simposio en el centenario de su muerte*. Miami: Universal, 1981.
- Campuzano, Luisa. *Las muchachas de La Habana no tienen temor de Dios... Escritoras cubanas (s. XVIII – XXI)*. Ed. Zuzel López Baquez. Colombia: Unión, 2004.
- . *Mujeres latinoamericanas: Historia y cultura. Siglos XVI al XIX*. Tomo 1. Ciudad de la Habana: Casa de las Américas, 1997.
- Cancel, Mario R, comp. *Historia y género. Vidas y relatos de mujeres en el Caribe*. San Juan: Asociación Puertorriqueña de Historiadores, 1997.

- Caner Román, Acela. "Mujeres cubanas y el largo camino hacia la libertad...: Apuntes para la conferencia magistral dictada por la autora en el Aula Magna de la Universidad Venecia." *Cuba Socialista. Revista Teórica y política*. 2004. Web. 20 Mar. 2009.
- Capetillo, Luisa. *Ensayos libertarios: Dedicado a los trabajadores de ambos sexos*. Arecibo, P.R.: Imp. Unión Obrera, 1907.
- . *Influencias de las ideas modernas*. San Juan, P.R.: Tip. Negrón Flores, 1916.
- . "La mujer en la época primitiva." *A Nation of Women. An Early Feminist Speaks Out. Mi opinión sobre las libertades, derechos y deberes de las mujeres*. Ed. Félix V. Matos Rodríguez. Trans. Alan West-Durán. Houston: Arte Público P, 2004. 277-82.
- . "La mujer en el hogar, en la familia, en el gobierno." *A Nation of Women. An Early Feminist Speaks Out. Mi opinión sobre las libertades, derechos y deberes de las mujeres*. Ed. Félix V. Matos Rodríguez. Trans. Alan West-Durán. Houston: Arte Público P, 2004. 134-70.
- . *Mi opinión sobre las libertades, derechos y deberes de la mujer como compañera, madre y ser independiente*. San Juan, P.R.: Times Pub, 1911.
- "Características generales de la educación en Cuba." *Conexión cubana*, 19 Nov. 2005. Web. 25 Abr. 2009.
- Carlos, Alberto J. "Un error de Gertrudis Gómez de Avellaneda." *Boletín Biblioteca Menéndez Pelayo* (1970): 329-30.
- Cassá, Roberto. *Salomé Ureña. Mujer total*. Santo Domingo: Tobogán, 2002.
- Castillo, Debra. "Figuring Feminisms in Latin American Contexts." *Dispositio/n. American Journal of Cultural Histories and Theories*. XXII. 49 (1997): 155-73.
- Castillo de González, Aurelia. *Biografía de Gertrudis Gómez de Avellaneda y juicio crítico de sus obras*. La Habana: Imprenta de Soler Álvarez, 1887.
- Castro Ventura, Santiago. *Salomé Ureña. Jornada fecunda*. Santo Domingo: Editora de Colores, 1998.
- Centeno Añeses, Carmen. *Modernidad y resistencia: Literatura obrera en Puerto Rico (1898-1910)*. San Juan: Callejón, 2005.
- Céspedes, Diógenes. *Salomé Ureña y Hostos*. Santo Domingo: Secretaría de Estado de Cultura; Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña, 2002.

- Chacón y Calvo, José María. *Gertrudis Gómez de Avellaneda. Las influencias castellanas: examen negativo*. La Habana: Siglo XX, 1914.
- Cobb, Martha K. "Bibliographical Essay: An Appraisal of Latin American Slavery through Literature." *The Journal of Negro History*. 58.4 (1973): 460-69. JSTOR. Web. 15 Mar. 2008.
- Cocco De Filippis, Daisy. "Camila Henríquez Ureña." *Para que no se olviden: The Lives of Women in Dominican History: A Selection*. New York: Alcance, 2000.
- . "Camila Henríquez Ureña (1894-1973). 'Feminism'." *Documents of Dissidence: Selected Writings of Dominican Women*. New York: CUNY Dominican Studies Institute, 2000. 63-77.
- . *Hija de Camila: Selección bilingüe de ensayos feministas*. Trad. Daisy Cocco-DeFilippis. Santo Domingo: Secretaría de Estado de Cultura; Editorial Nacional. 2007.
- . "Introduction." *Documents of Dissidence: Selected Writings of Dominican Women*. New York: CUNY Dominican Studies Institute, 2000. vii-xv.
- . *La literatura dominicana al final del siglo: Diálogo entre la tierra natal y la diáspora*. New York: CUNY Dominican Studies Institute, 1999.
- . *La mujer dominicana y el quehacer literario*. República Dominicana: Universitaria, 1988.
- . "Salomé Ureña de Henríquez (1850-1897). Selections from 'Discursos' and 'Epistolario'." *Documents of Dissidence: Selected Writings of Dominican Women*. New York: CUNY Dominican Studies Institute, 2000. 15-21.
- Colberg, Carmen Elisa. "Esquema histórico-biográfico de la literatura antillana femenina en el siglo XIX." Diss. U of North Carolina, 1989. Print.
- Colón Olivieri, Rafael. *La prosa modernista en Puerto Rico*. San Juan: Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1991.
- "Contribución la Bibliografía de Gertrudis Gómez de Avellaneda." *Anuario L/L 3-4* (1972-1973): 25-39.
- Coronación de la Sra. Da. Gertrudis Gómez de Avellaneda, acordada por el Liceo de la Habana, que tuvo efecto en la noche del 27 de enero de 1969*. La Habana: Imprenta Militar, 1860.

- Cottó, Ruth Amarilis. *La mujer puertorriqueña en su contexto literario y social*. Madrid: Verbum, 2002.
- Craske, Nikki. *Women and Politics in Latin America*. New Brunswick: Rutgers UP, 1999.
- Cross Beras, Julio. *Sociedad y desarrollo en República Dominicana, 1844-1899*. Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1984.
- Cruz, Mary. "Gertrudis Gómez de Avellaneda y su novela Sab." *Unión* 12.1 (1973): 116-49.
- Cuevas, Carmen Leila. *Lola de América*. Hato Rey, P.R.: Ramallo Bros., 1969.
- Davies, Catherine. *A Place in The Sun? Women Writers in Twentieth-Century Cuba*. London: Zed Books, 1997.
- Delgado, Luisa-Elena. "Gertrudis Gómez de Avellaneda: escritura, feminidad y reconocimiento." *La mujer de letras o la letraherida. Discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*. Eds. Pura Fernández y Marie-Linda Ortega. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008. 201-20.
- Delorme Salto, Rafael. *Los aborígenes de América: Disquisiciones acerca del asiento, origen, historia y adelanto en la esfera científica de las sociedades precolombinas*. Madrid: La Propaganda Literaria de la Habana; E. Rubiños, 1897.
- Díaz, Óscar A. *El ensayo hispanoamericano del siglo XIX: Discurso hegemónico masculino*. Madrid: Pliegos, 2001.
- Dilla Alfonso, Haroldo y Sobeida de Jesús Cedano, coords. *Frontera en transición: Diagnóstico multidisciplinario de la frontera dominico/haitiana*. Santo Domingo: Yan Impresos, 2007.
- Domínguez, Lourdes S. "La mujer aborígen al inicio del siglo XVI en el Caribe." *Gabinete de Arqueología. Boletín* 1.1 (2001): 88-91.
- . "La mujer aborígen al inicio del siglo XVI en el Caribe." *La Fogata Online*. n.d. Web. 20 Mar. 2009.
- Dorisanliterat. "El postumismo y la poesía sorprendida movimientos de las vanguardias dominicanas." [Weblog entry]. *Ensayos de crítica literaria*. 24 Ago. 2009. (<http://dorismelo53.blogspot.com/2009/08/el-postumismo-y-la-poesia-sorprendida.html>) 20 Ene. 2010.

- Durán, Diony. "Escritura femenina en Cuba más allá de los cercos." *Lectora* 5-6 (1999-2000): vi-viii.
- "El centenario de la Avellaneda." *Orto* 3.11 (1914): 2.
- Eltit, Diamela. "Cultura, poder y frontera." *La época: Literatura y libros* III.113 (1990): 1-2.
- Enríquez Seiders, Sandra A. *Ricarda López de Ramos Casellas. Tizas, conciencia y sufragio*. Bogotá: Callejón, 2006.
- "Expediente donde se decreta la retención y reembarque de dos obras de Gertrudis Gómez de Avellaneda por contener doctrinas subversivas y contrarias la moral." *Boletín del Archivo Nacional* 40.1-6 (1941): 103-08.
- Fagg, John Edwin. *Cuba, Haiti, & the Dominican Republic*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1965.
- Feliú Matilla, Fernando. *200 años de literatura y periodismo, 1803-2003*. San Juan, P. R.: Huracán, 2004.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Sumario de la natural historia de las Indias*. Ed. Juan Bautista Avalle-Arce. Salamanca: Anaya, 1963.
- Fiallo Billini, José Antinoe y Alejandrina Germán de Sosa, eds. *La formación de maestros y maestras en República Dominicana: una reflexión sobre los saberes en una perspectiva histórica, 1844-1992*. Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1999.
- Figarola Caneda, Domingo y Emilia Boxhorn, eds. Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Biografía, bibliografía e iconografía, incluyendo muchas cartas, inéditas o publicadas, escritas por la gran poetisa o dirigidas a ella y sus memorias*. Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1929.
- Fletcher Johnson, Willis. *The History of Cuba*. New York: B.F. Buck & Company, 1920.
- Fox-Lockert, Lucía. *Women novelists in Spain and Spanish America*. Metuchen, N.J.: Scarecrow P, 1979.
- Franco, Jean. "Si me permiten hablar: La lucha por el poder interpretativo." *Casa de las Américas* 171 (1988): 88-94.
- Freedman, Estelle B. *The Essential Feminist-Reader*. New York: Modern Library, 2007.

- Freire Ashbaugh, Anne. "El ensayo de la mujer en Puerto Rico. Introducción." *Mujeres ensayistas del Caribe hispano. Hilvanando el silencio: Antología*. Eds. Freire Ashbaugh, Anne, Rojas, Lourdes y Raquel Romeu. Madrid: Verbum, 2007. 135-36.
- Frye, Marilyn. *The Politics of Reality: Essays in Feminist Theory*. California: The Crossing P, 1983.
- García Carranza, Araceli. "Esquema bibliográfico de la Avellaneda en su centenario [1814-1873]." *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* 64.3 (1973): 15.
- García-Pérez, Gladys Marel. "Género historia y sociología. Cuba. Siglo XX: mujer y Revolución. Algunos apuntes sobre estudios de casos y familias a partir de la perspectiva de la Nación y la emigración." *Santiago* 86 (1999): 114-34.
- Gelpí, Juan G. *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*. San Juan: La Editorial U de Puerto Rico, 1993.
- Ghiraldo, Alberto. "Gertrudis Gómez de Avellaneda y su diario de amor." Prólogo de Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Diario de amor*. Madrid: Aguilar, n.d.
- Goic, Cedomil. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Vol. 2. Barcelona: Crítica, 1988.
- Gold, Janet N. "The Feminine Bond: Victimization and Beyond in the Novels of Gertrudis Gómez de Avellaneda". *Spanish American Literature: From Romanticism to "Modernismo" in Latin America*. Eds. David William Foster y Daniel Altamiranda. New York: Garland Publishing Company, 1997. 91-98.
- Golden, Kristen y Barbara Findlen, eds. *Remarkable Women of the Twentieth Century: 100 Portraits of Achievement*. New York: Friedman/Fairfax Publishers, 1998.
- Gómez de Avellaneda, Gertrudis. *Autobiografía y epistolarios de amor*. Ed. Alexander Roselló Selimov. Newark: Juan de la Cuesta. 1999.
- . "La mujer." *Álbum cubano de lo bueno y de lo bello: Revista quincenal, de moral, literatura, bellas artes y modas* (1860): 226-29, 259-62.
- . "Lo bueno y lo bello." *Álbum cubano de lo bueno y de lo bello: Revista quincenal, de moral, literatura, bellas artes y modas* (1860): 3-4.
- . "Luisa Molina." *La América* 1.6, 24 Mayo 1857: 9-10.
- . "Luisa Molina." *La Avellaneda: intensidad y vanguardia*. Ed. Florinda Álzaga. Miami: Universal, 1997. 365-70.

- Gómez Martínez, José Luis. *Teoría del ensayo*. México, D.F.: UNAM, 1992.
- Guardiola Ortiz, Dagmar, ed. *El trabajo social en el Caribe hispano antillano*. 2 vols. Río Piedras: La Editorial U de Puerto Rico, 2006.
- Guerra, Armando. *Martí y la mujer*. La Habana: El Pueblo, 1933.
- Guerrero Espejo, Inés. *Mujer y modernidad en las crónicas de José Martí*. Madrid: Verbum, 2005.
- Gutiérrez, Franklin. "El modernismo en la literatura dominicana." *Escritores dominicanos*. n.d. Web. 20 Mar. 2009.
- . *Evas terrenales: biobibliografías de 150 autoras dominicanas*. Santo Domingo: Ferilibro, 2000.
- Guzzo, Cristina. "Luisa Capetillo y Salvadora Medina Onrubia de Botana: Dos íconos anarquistas. Una comparación." *Alpha 20* (2004): 165-80.
- Halstead, Murat. *The Story of Cuba: Her Struggles for Liberty... The Cause, Crisis and Destiny of the Pearl of the Antilles*. 6ta ed. Akron, Ohio: Werner, 1895.
- Hart, Stephen M. "Is Women's Writing in Spanish America Gender-Specific?" *MLN* 110.2 (1995): 335-352. *JSTOR*. Web. 15 Mar. 2008.
- Harter, Hugh A. *Gertrudis Gómez de Avellaneda*. Boston: Twayne, 1981.
- Hernández, Ángela, ed. *Libertad, creación e identidad. Selección del encuentro mujer y escritura*. Santo Domingo: Centro de Solidaridad para el Desarrollo de la Mujer; U Autónoma de Santo Domingo, 1991.
- Henríquez Ureña, Camila. "Feminismo." *Feminismo y otros temas sobre la mujer en la sociedad*. Santo Domingo: Taller, 1985. 7-35. (leído en 1939; publicado en 1982)
- . "Feminismo." *Madres, maestras y militantes dominicanas (fundadoras): Ensayos selectos*. Ed. Daisy Cocco De Filippis. Santo Domingo: Búho, 2001. 89-15.
- . *Invitación a la lectura (Notas sobre apreciación literaria)*. Santo Domingo: Taller, 1985.
- . "La mujer y la cultura." *Madres, maestras y militantes dominicanas (fundadoras): Ensayos selectos*. Ed. Daisy Cocco De Filippis. Santo Domingo: Búho, 2001. 116-25. (leído en 1939; publicado en 1985).

- . "La mujer y la cultura." *Literatura dominicana en los Estados Unidos. Presencia temprana 1900-1950*. Eds. Daisy Cocco De Filippis y Franklin Gutiérrez. Santo Domingo: Búho, 2001. 101-10.
- Henríquez Ureña, Max. *Panorama histórico de la literatura cubana*. New York: Las Américas, 1963.
- Henríquez Ureña, Pedro. *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*. Buenos Aires: U de Buenos Aires, 1936.
- Hernández, Pablo María. *Historia del pensamiento pedagógico en la República Dominicana*. Santo Domingo: Búho, 1986.
- Hernández, Rafael y Rafael Rojas, eds. *Ensayo cubano del siglo XX. Antología*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Hewitt, Nancy A. "Luisa Capetillo. Feminist of the Working Class." *Latina Legacies: Identity, Biography, and Community*. Eds. Vicki L. Ruiz y Virginia Sánchez Korrol. New York: Oxford UP, 2005. 120-34.
- Hogeland, Luisa María y Mary Klages, eds. *The Aunt Lute Anthology of U.S. Women Writers*. San Francisco: Aunt Lute Books, 2004.
- Holmstrom, Nancy. "The Socialist Feminist Project." *Monthly Review* 54.10 (2003). *Monthly Review*. 14 Jul. 2008 <<http://www.monthlyreview.org/index.php>>. Path: Home Page; Back Issues; [V.54].
- Hostos, Eugenio María de. *La educación científica de la mujer*. Ed. Gabriela Mora. Río Piedras, P.R.: Instituto de Estudios Hostosianos; Editorial de la U de PR, 1993.
- James, Conrad y John Perivolaris, eds. *The Cultures of the Hispanic Caribbean*. Gainesville: UP of Florida, 2000.
- Jiménez, Luis A. *La voz de la mujer en la literatura hispanoamericana fin de siglo*. San José, Costa Rica: Editorial de la U de Costa Rica, 1999.
- Jiménez de Wagenheim, Olga. "Mujer y sociedad en el Puerto Rico del siglo XIX." *Centro de Estudios Puertorriqueños Bulletin* 2.7 (1989-1990): 11-17.
- Jiménez González, Antonio. *Salomé Ureña de Henríquez: mujer que supera a su época*. Santo Domingo: PUCMM-RSTA, 1990.
- Onilda A. Jiménez. *La mujer en Martí. En su pensamiento, obra y vida*. Miami: Universal, 1999.

- Kallendorf, Hilaire. "A Myth Rejected: The Noble Savage in Dominican Dystopia." *Journal of Latin American Studies* 27.2 (1995): 449-70. JSTOR. Web. 15 Mar. 2008.
- Kasson, Frank H. y Frank H. Palmer, eds. *Education. A Monthly Magazine Devoted to the Science, Art, Philosophy and Literature of Education. Volume XIX September, 1898 – June, 1899*. Boston: Kasson & Palmer, 1899.
- Kelly, Edith L. *La Avellaneda's Sab and the Political Situation in Cuba*. Washington D. C.: n.p., 1945.
- Knight, Diana. *Barthes and Utopia: Space, Travel, Writing*. Oxford: Clarendon P, 1997.
- Lagos, Belén, coord. *Identidad y cultura en el ensayo latinoamericano: antología*. San José: Nueva Década, 1989.
- Lazo, Raimundo. *Gertrudis Gómez de Avellaneda: la mujer y la poetisa lírica*. México: Porrúa, 1972.
- . *Historia de la literatura cubana*. México: U Nacional Autónoma de México, 1974.
- Leal, Rine. *El teatro de Gertrudis Gómez de Avellaneda*. La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1973.
- Lezama Lima José. "Gertrudis Gómez de Avellaneda." *Antología de la poesía cubana*. 2. La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1965. 69-77.
- Lizama, Jaime. *Los nuevos espacios de la política*. Santiago: Ediciones Documentas, 1991.
- Lizaso, Félix. *Ensayistas contemporáneos 1900-1920*. La Habana: Trópico, 1938.
- Logan, Rayford Whittingham. *Haiti and the Dominican Republic*. New York: Oxford UP, 1968.
- Lora Hugí, Quisqueya. "Las mujeres anónimas de inicios del siglo XIX dominicano." *Clío* 77.176 (2008): 81-122.
- López Antonetty, Evelina. *Luisa Capetillo*. N.p.: Centro de Estudios Puertorriqueños (Hunter College), 1986.
- Loynaz, Dulce María. *La Avellaneda, una cubana universal*. Camagüey: n.p., 1953.
- "Luisa Capetillo (1879-1922). 'To Put It into Practice'." *Women Image Change. A Global Anthology of Women's Resistance From 600 B.C.E. to Present*. Eds. Eugenia C.

- DeLamotte, Natania Meeker, y Jean F. O'Barr. New York: Routledge, 1997. 497-01.
- Marín González, José. "Las 'razas' biogenéticamente, no existen, pero el racismo sí, como ideología." *Revista Diálogo Educativo, Curitiba* 4.9 (2003): 107-13.
- Marqués, René. *The Docile Puerto Rican*. N.p.: Temple UP, 1976.
- Martí, José. "Tres Libros. *Poetisas Americanas*. Carolina Freyre. Luisa Pérez. La Avellaneda. Las mexicanas en el libro. Tarea aplazada." *Obras Completas*. 8. La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1963. 309-13.
- Martínez-Fernández, Luis. *Torn between Empires. Economy, Society, and Patterns of Political Thought in the Hispanic Caribbean, 1840-1878*. Athens: U of Georgia P, 1994.
- Martínez Masdeu, Edgar. *La crítica puertorriqueña y el modernismo en Puerto Rico*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1977.
- Massaiah, Joycelin. *Women as Heads of Households in the Caribbean: Family Structure and Feminine Status*. United Kingdom: Unesco, 1983.
- Mateo Palmer, Ana Margarita y Luis Álvarez Álvarez, eds. *El Caribe en su discurso literario*. México: Siglo XXI Editores, 2004.
- Matos Rodríguez, Félix V. y Linda C. Delgado, eds. *Puerto Rican Women's History. New Perspectives*. Armonk, N.Y.: M.E. Sharpe, 1998.
- Mayo Santana, Raúl, Mariano Negrón Portillo y Manuel Mayo López, eds. *Cadenas de esclavitud... y de solidaridad. Esclavos y libertos en San Juan, siglo XIX*. Río Piedras: Centro de Investigaciones sociales; U de Puerto Rico Recinto de Río Piedras, 1997.
- Meléndez, Mariselle. "Obreras del pensamiento y educadoras de la nación: El sujeto femenino en la ensayística femenina decimonónica de transición." *Revista Iberoamericana* 54.184-85 (1998): 573-86.
- Méndez-Méndez, Serafín y Gail A. Cueto. *Notable Caribbeans and Caribbean Americans: A Biographical Dictionary*. Westport, CT: Greenwood, 2003.
- Méndez Rodenas, Adriana. *Cuba en su imagen: Historia e identidad en la literatura cubana*. Madrid: Verbum, 2002.
- Mendoza Tió, Carlos F. *Apuntes para una biografía, Lola Rodríguez de Tió*. San Juan: Colección Hipatia, 1979.

- . *Contribución al estudio de la obra poética de Lola Rodríguez de Tió, 1843-1924*. San Juan: n.p., 1974.
- . *Hostos y Lola Tió. Dos incomprendidos*. San Juan: n.p., 1989.
- Meruelo, María Sabat. "Luisa Capetillo: Radical Proletarian Social Reformer." Thesis. Sarah Lawrence College, 2007. Print.
- Meyer, Doris, ed. *Reinterpreting the Spanish American Essay: Women Writers of the 19th and 20th Centuries*. Austin: U of Texas P, 1995.
- . *Rereading the Spanish American Essay: Translations of 19th and 20th Century Women's Essays*. Austin: U of Texas P, 1995.
- Millán de Benavides, Carmen y Ángela María Estrada Mesa, eds. *Pensar (en) género. Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*. Bogotá: Pensar, Instituto de Estudios Sociales y Culturales; Pontificia U Javeriana, 2004.
- Miranda, Julio E. *Nueva literatura cubana*. Madrid: Taurus, 1971.
- Morales Cales, Alexis. "La educación en XIX." *PRFROGUI*, 9 Dic. 2001. Web. 25 Abr. 2009.
- Morfi, Angelina. *Historia crítica de un siglo de teatro puertorriqueño*. N.p.: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1980.
- Montero, Susana. *La Avellaneda bajo sospecha*. Bogotá: Letras Cubanas, 2005.
- Morrison, Ramón. *Historia de la educación en la República Dominicana. Desde sus más remotos orígenes hasta 1900*. Santo Domingo: Taller, 1985.
- Muñoz, Luis. "El ensayo como discurso. Algunos rasgos formales." *Acta Literaria* 3-4 (1978): 85.
- Navarro, Marysa, Virginia Sánchez Korrol y Kecia Ali, eds. *Women in Latin America and the Caribbean. Restoring Women to History*. Bloomington: Indiana UP, 1999.
- Negrón Hernández, Luis R. "Lola Rodríguez de Tió una vida dedicada a la patria." *PReb Nuestra trayectoria histórica y cultural*. 1990-2009. Web. 20 Mar. 2009.
- Olivera, Otto. *Breve historia de la literatura antillana*. México: Andrea, 1957.
- Ortega, Julio y José Amor y Vázquez, eds. *Conquista y contraconquista: La escritura del nuevo mundo (Actas del XXVIII Congreso del Instituto Internacional de*

- Literatura Iberoamericana*). México: Colegio de México; Providence: Brown U, 1994.
- Ostolaza Bey, Margarita. *Política sexual en Puerto Rico*. Río Piedras: Huracán, 1989.
- Pastor, Brígida. *El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda: Identidad femenina y otredad*. Alicante: U de Alicante; América sin nombre, 2002.
- Peffler, Randall. *Puerto Rico*. 2da ed. Victoria, Australia: Lonely Planet, 2002.
- Picó, Isabel. "Apuntes preliminares para el estudio de la mujer puertorriqueña y su participación en las luchas sociales de principios del siglo XX." *La mujer en la sociedad puertorriqueña*. Ed. Edna Acosta Belén. Río Piedras, P.R.: Huracán, 1980. 23-40.
- Picón Garfield, Evelyn. *Poder y sexualidad: El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda*. Amsterdam: Radopi, 1993.
- Portuondo, José Antonio. *Capítulos de literatura cubana*. Ciudad de la Habana: Letras Cubanas, 1981.
- . "La dramática neutralidad de la Avellaneda." *Revolución y Cultura* 11 (1973): 2-16.
- Prados Torreira, Teresa. "'Desatando las alas'. La mujer cubana en la Guerra de Independencia." *Santiago* 84-85 (1998): 249-75.
- Quesada, Gonzalo de. *Cuba*. Washington: Government Printing Office, 1905.
- Ramos, Alejandro Paulino. "Eugenio María de Hostos acusado de imperialista, de promover el socialismo y ser partidario de una educación sin Dios." [Weblog entry]. *Historia dominicana*. 17 May. 2008. (<http://historiadominicana.blogspot.com/2008/05/eugenio-mara-de-hostos.html>) 15 Ago. 2009.
- Ramos, Julio, ed. *Amor y anarquía: Los escritos de Luisa Capetillo*. Río Piedras, P.R.: Ediciones Huracán, 1992.
- Randall, Margaret. *Women in Cuba: Twenty Years Later*. New York: Smyrna, 1981.
- Regazzoni, Susanna, ed. *Cuba: una literatura sin fronteras*. Madrid: Vervuert; Iberoamericana, 2001.
- Remos y Rubio, Juan J. *Resumen de historia de la literatura cubana*. 2da ed. Habana: n.p., 1945.

- Ricardo, Yolanda. *La resistencia en las Antillas tiene rostro de mujer (Transgresiones, emancipaciones)*. Ed. Virgilio López Lemus. República Dominicana: Academia de Ciencias de la República Dominicana, 2004.
- . *Nueva visión de Dulce María Borrero*. Ciudad de La Habana: Letras Cubanas, 1983.
- Richard, Nelly. "Feminismo, experiencia y representación." *Revista Iberoamericana* 62.176-77 (1996): 733-44.
- . *The Insubordination of Signs. Political Change, Cultural Transformation, and Poetics of the Crisis*. Durham: Duke UP, 2004.
- . *Masculine / Feminine: Practices of Difference(s)*. London: Duke UP, 2004.
- Rivera de Álvarez, Josefina. *Diccionario de la literatura puertorriqueña*. Río Piedras: La Torre, 1967.
- . *Historia de la literatura puertorriqueña*. Santurce: Departamento de Instrucción Pública; Estado Libre Asociado de Puerto Rico, 1969.
- Rivera Quintero, Marcia. *Working Class Feminism in Puerto Rico (1900-1920)*. New York: Women's International Resource Exchange Service, 1981.
- Rodríguez DeMorizi, Emilio. *Salomé Ureña y el Instituto de señoritas. Para la historia de la espiritualidad dominicana*. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1960.
- Rodríguez DeMorizi, Silveria R de. *Salomé Ureña de Henríquez*. Santo Domingo: Taller, 1984.
- Rodríguez de Tió, Lola. "El Libro de Salomé Ureña." *Obras completas*. Tomo IV, Trabajos inéditos en prosa. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1968. 146-62.
- . "La educación de la mujer." *Trabajos inéditos en prosa*. Barcelona: Rumbos, 1968. 134-37.
- . "La influencia de la mujer en la civilización." *Trabajos inéditos en prosa*. Barcelona: Rumbos, 1968. 81-84.
- . *Obras completas*. Tomo IV, Trabajos inéditos en prosa. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1968.
- Rodríguez Miranda, Sonia. "Ensayos de Luisa Capetillo fuente para la enseñanza y aplicación del pensamiento crítico." Thesis. U of Puerto Rico, 1993. Print.

- Rojas, Lourdes. "El ensayo de la mujer en la República Dominicana. Introducción." *Mujeres ensayistas del Caribe hispano. Hilvanando el silencio: Antología*. Eds. Freire Ashbaugh, Anne, Rojas, Lourdes y Raquel Romeu. Madrid: Verbum, 2007. 205.
- Romero-Cesareo, Ivette. "Whose Legacy? Voicing Women's Rights from the 1870s to the 1930s." *Callaloo* 17.3 (1994): 770-89.
- Romeu, Raquel. "El ensayo de la mujer en Cuba. Introducción." *Mujeres ensayistas del Caribe hispano. Hilvanando el silencio: Antología*. Eds. Freire Ashbaugh, Anne, Rojas, Lourdes y Raquel Romeu. Madrid: Verbum, 2007. 15-18.
- Rosario Rivera, Raquel. "María de las Mercedes Barbudo. Primera mujer independentista de Puerto Rico." *Claridad. En Rojo* 2-8 dic. 1994: 19.
- . *María de las Mercedes Barbudo: Primera mujer independentista de Puerto Rico, 1773-1849*. San Juan: R. Rosario Rivera (Edición Especial), 1997.
- Roselló-Selimov, Alexander. "La verdad vence apariencias: Hacia la ética de Gertrudis Gómez de Avellaneda a través de su prosa." *Hispanic Review* 67.2 (1999): 215-41.
- Sacoto, Antonio. *Del ensayo hispanoamericano del siglo XIX*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1988.
- Safa, Helen I. *The Myth of the Male Breadwinner. Women and Industrialization in the Caribbean*. Boulder: Westview P, 1995.
- Sánchez-González, Lisa. "For the Sake of Love: Luisa Capetillo, Anarchy, and Boricua Literary History." *Writing off the Hyphen. New Perspectives on the Literature of the Puerto Rican Diaspora*. Eds. José L. Torres Padilla y Carmen Haydée Rivera. Seattle: U of Washington P, 2008. 52-80.
- . *Boricua Literature: A Literary History of the Puerto Rican Diaspora*. New York: New York UP, 2001.
- Santos, Nelly E. "Las ideas feministas de Gertrudis Gómez de Avellaneda." *From Romanticism to "Modernismo" in Latin America*. Eds. David William Foster y Daniel Altamiranda. New York: Garland Publishing Company, 1997. 100-05.
- Schlau, Stacey. *Spanish American Women's Use of the Word: Colonial through Contemporary Narratives*. Tucson: U of Arizona P, 2001.
- Schmidt, Aileen. *Mujeres excéntricas. La escritura autobiográfica femenina en Puerto Rico y Cuba*. San Juan: Callejón, 2003.

- Schulman, Ivan A. *Génesis del modernismo. Martí, Nájera, Silva, Casal*. México: Colegio de México; Washington UP, 1966.
- . *Relecturas martianas: Narración y nación*. Amsterdam; Atlanta: Rodopi, 1994.
- y Manuel Pedro González, eds. *Martí, Darío y el modernismo*. Madrid: Gredos, 1974.
- Scott, Nina M. *Madres del verbo; Mothers of the Word: Early Spanish-American Women Writers: a Bilingual Anthology*. Albuquerque: U of New Mexico P, 1999.
- Serra Deliz, Wenceslao, ed. *Participación de la mujer en la historia de Puerto Rico (las primeras décadas del siglo veinte)*. New Brunswick, NJ: Centro de Investigaciones Sociales, U de Puerto Rico, Centro Coordinador de Estudios, Recursos y Servicios a la Mujer (CERES), 1986.
- Sierra, Jimmy. "Las letras en Santo Domingo." *ArribaSantoDomingo.com*. N.p. Mundo cultural. Web. 2 Mar 2009.
- Silva Gotay, Samuel. *Protestantismo y política en Puerto Rico 1898-1930. Hacia una historia del protestantismo evangélico en Puerto Rico*. Río Piedras: La Editorial U de Puerto Rico, 1997.
- Smith, Verity, ed. "Puerto Rico." *Encyclopedia of Latin American Literature*. N.p.: Fitzroy Dearborn, 1997.
- Stoner, K. Lynn. *From the House to the Streets. The Cuban Woman's Movement for Legal Reform, 1898-1940*. Durham: Duke UP, 1991.
- . "Militant Heroines and the Consecration of the Patriarchal State: The Glorification of Loyalty, Combat, and National Suicide in the Making of Cuban National Identity." *Cuban Studies* 34(2003): 71-96. *Project Muse*. Web. 18 Nov. 2009.
- Suárez Briones, Beatriz, María Belén Martín Lucas y María Jesús Fariña Busto, eds. *Escribir en femenino. Poéticas y políticas*. Barcelona: Icaria, 2000.
- Suárez León, Carmen. *Gravitación cubana en la Revista Azul*. México: U Autónoma de México, 2000.
- Sued Badillo, Jalil. *Los caribes: Realidad o fábula. Ensayo de rectificación histórica*. Río Piedras, Antillana, 1978.
- Tió, Carlos, y F. Mendoza. *Contribución al estudio de la obra poética de Lola Rodríguez de Tió*. N.p.: n.p., 1974.
- . "Lola Rodríguez de Tió." *Investigaciones Literarias*. N.p.: n.p., 1974.

- Tirado, Amilcar, Nélida Pérez y Rina Benmayor, eds. *Luisa Capetillo, 1879-1922*. New York: Centro de Estudios Puertorriqueños, 1986.
- Tovar, Federico Ribes. "Lola Rodríguez de Tió." *Enciclopedia Puertorriqueña Ilustrada*. N.p.: Plus Ultra Educational Publications, 1970.
- Trías Monge, José. *Historia constitucional de Puerto Rico*. Río Piedras: Universitaria, 1980.
- . *Puerto Rico: The Trials of the Oldest Colony in the World*. New Haven: Yale UP, 1997.
- Ureña de Henríquez, Salomé. "Palabras (1888)." *Madres, maestras y militantes dominicanas (fundadoras): Ensayos selectos*. Comp. Daisy Cocco De Filippis. Santo Domingo: Búho, 2001. 198-99.
- . "Palabras (1893)." *Madres, maestras y militantes dominicanas (fundadoras): Ensayos selectos*. Comp. Daisy Cocco De Filippis. Santo Domingo: Búho, 2001. 199-01.
- Valis, Noël Maureen y Carol Maier. *In the Feminine Mode: Essays on Hispanic Women Writers*. Lewisburg: Bucknell UP, 1990.
- Valle Ferrer, Norma. *Luisa Capetillo: Historia de una mujer proscrita*. Río Piedras: Cultural, 1990.
- . *Luisa Capetillo: Obra completa 'Mi patria es la libertad'*. San Juan: Departamento del Trabajo y Recursos Humanos y del Proyecto de Estudios de las Mujeres; U de Puerto Rico en Cayey, 2008.
- . *Luisa Capetillo, Pioneer Puerto Rican Feminist*. New York: Peter Lang, 2006.
- . "Una adelantada a su tiempo: Luisa Capetillo feminista, anarquista y sindicalista, vivió según sus principios." *Proyecto de estudios de las mujeres*. U de Puerto Rico en Cayey. n.d. Web. 30 Mar. 2009.
- Vallejo, Catharina. *Las madres de la patria y las bellas mentiras: Imágenes de la mujer en el discurso literario nacional de la República Dominicana, 1844-1899*. Miami: Universal, 1999.
- Varona, Enrique José. "Discurso en acto conmemorativo del centenario de la Avellaneda." *Cuba Contemporánea* 2.1 (1914): 99-105.
- Varona-Lacey, Gladys. *Introducción a la literatura hispanoamericana: de la conquista al siglo XX*. Lincolnwood, Ill: National Textbook, 1997.

- Vázquez, Cristian. "Un legado para la historia." *27febrero.com* n.d. Web. 15 Ene. 2010.
- Vélez Camacho, Myrna I. *Grupos feministas en Puerto Rico. Luchas y logros en busca de la equidad del género (1971-2006)*. Hato Rey: Publicaciones Puertorriqueñas, 2008.
- Vicioso, Sherezada. *Salomé Ureña de Henríquez (1850-1897): a cien años de un magisterio*. Santo Domingo: Comisión Permanente de la Feria Nacional del Libro, 1997.
- Vitier, Cintio. "[Gertrudis Gómez de Avellaneda]." *Lo cubano en la poesía*. La Habana: Instituto del Libro, 1970. 127-30.
- Vitier, Medardo. *Del ensayo americano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1945.

BIOGRAPHICAL SKETCH

Ivelisse Collazo was born in Puerto Rico on October 13, 1977. She earned a Bachelor of Arts degree in Hispanic Studies at the University of Puerto Rico, Mayagüez Campus, in 2000. She then completed a Master of Arts degree in Hispanic Studies at the University of Puerto Rico, Mayagüez Campus, and a Master of Library and Information Studies at Florida State University both in 2004. Six years later, Ivelisse earned her Doctor of Philosophy degree in Latin American and Caribbean Literatures and Cultures at Florida State University.